

# REFLEXIONES DE UN CRISTIANO DE A PIE

## ÁNGEL GUTIÉRREZ SANZ

### viveLibro

Título original: *Reflexiones de un cristiano de a pie*  
Primera edición, 2014

© De esta edición: **viveLibro**

© Ángel Gutiérrez Sanz

© Imagen de la cubierta Fachada del palacio episcopal en Ávila

Diseño e ilustración de la cubierta: Editorial

Depósito legal: M. 1499-2014

ISBN: 978-84-16097-18-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Vivelibro agradece cualquier sugerencia por parte de sus lectores para mejorar sus publicaciones en la dirección [info@vivelibro.com](mailto:info@vivelibro.com)

Imprime: Safekat, S. L.

Laguna del Marquesado, 32 - Naves J, K y L

Complejo Neural - 28021 Madrid

Realizado en España (UE)

Vivelibro® es una marca registrada por Zasbook, S. L.

[www.vivelibro.com](http://www.vivelibro.com)

## ÍNDICE

### EL HOMBRE ANTE DIOS

El pueblo que creyó y puso en Dios su confianza .....	7
El hombre es un ser necesitado de Dios .....	10
No es verdad que Dios haya muerto .....	12

Los acusadores de Dios. ....	15
Dios, ni enemigo del hombre, ni justiciero .....	19
Un Dios que se hace hombre como cualquiera de nosotros .....	21
El escándalo de un Dios doliente .....	23

### **EL MISTERIO DE DIOS MANIFESTADO EN CRISTO**

La persona de Jesucristo .....	29
Su naturaleza divina .....	31
Su semblanza humana .....	35
Siguiendo las huellas de la presencia física de Jesús .....	45
La revolución espiritual de un rebelde que cambió al mundo ...	52
Los elegidos de Jesucristo .....	55
La gloria de Dios manifestada en Cristo Rey .....	62
Ángel Gutiérrez Sanz	

### **EL CRISTIANISMO ES HUMANISMO**

El Cristianismo no ha dejado de ser un humanismo ilustrado ...	65
El humanismo cristiano abierto a la esperanza .....	68
Por un humanismo solidario con los más necesitados .....	71
La falta de trascendencia se traduce en falta de compromiso con el hombre .....	77
El hombre es un ser enigmático abierto a la trascendencia .....	80
Las inquietudes humanas a la luz de la fe .....	82
El hombre hecho de naturaleza y gracia .....	84
La divisa del cristianismo .....	87
Para ser cristiano hay que comenzar por ser hombre. ....	89
Se llega a ser persona a través de una educación responsable.	92
El ideal cristiano de libertad .....	100
La vida del cristiano en sintonía con la fe que se profesa .....	103

### **CRISTIANOS EN EL MUNDO**

Rápida visión de 2000 años de Cristianismo .....	107
El cristianismo en situación crítica .....	113
Compromiso cristiano de la hora presente .....	119
Id por el mundo a predicar el evangelio .....	120
El papel de los laicos en la Nueva Evangelización .....	125
Jóvenes para el cristianismo .....	126
Cristianos firmes; pero tolerantes .....	130
Los cristianos abiertos al dialogo interreligioso .....	134
Se puede ser político sin dejar de ser cristianos .....	137
Controversia entre cristianos y laicistas .....	144

## EL HOMBRE ANTE DIOS

### **El pueblo que creyó y puso en Dios su confianza**

La franja de terreno del Oriente Medio situada entre el mar Mediterráneo y el río Jordán, fronteriza con Egipto, Líbano, Siria y Jordania es una pequeña porción de terreno, que no rebasa los 27.000 Km. cuadrados de extensión. Aún así su importancia estratégica es grande, toda vez que se constituye en bisagra de tres continentes como son África, Europa y Asia.

En esta pequeña porción de terreno aparecen superpuestas tres entidades territoriales bastante diferentes entre sí. El Estado de Israel, el Estado Palestino, y un emplazamiento territorial conocido con el nombre de Tierra Santa, que no es Estado, ni entidad política alguna, sino el escenario donde tuvieron lugar los acontecimientos religiosos más importantes de toda la Historia de la Humanidad. Cada una de estas entidades territoriales superpuestas, puede constituirse por sí misma en objetivo atractivo para el viajero. Naturalmente para el creyente, el interés de esta tierra está en que fue la elegida por Dios para sellar con el hombre su alianza. Se trata de lugares emblemáticos, en los que acontecieron hechos portentosos. Tierra de Abraham, tierra de los patriarcas y profetas y sobre todo tierra de Jesús y de María, donde se hunden las raíces de la fe y esperanzas cristianas.

Según el punto de vista que se tome, la imagen que se ofrece de estos lugares puede ser diferente, sin que se agote nunca su rico potencial.

Para mí es la Tierra Santa, que tuve la suerte de visitar emocionado, para mí venía a ser algo así como la proclamación de la esperanza humana a través de muchos siglos.

Al poner los pies en esta Sagrada Tierra, uno siente la necesidad de remontarse hasta sus orígenes, que van apareciendo en los capítulos del Génesis, escritos bajo el signo de la promesa. Uno no puede por menos de pensar que se encuentra en la Tierra de Promisión, polo magnético, centro de una religiosidad universal, lugar donde Yahvé en tono cercano y familiar dejó oír su voz, para conversar y establecer su pacto con los hombres.

Estamos hablando de Canáan tierra prometida por Yahvé, la elegida como morada de su pueblo, para que en ella brillara la luz del cielo que habría de iluminar a un mundo en tinieblas. Ésta fue la tierra de Abraham, que supo ser fi el a su Dios, esperando contra toda esperanza en sus promesas, al que hoy veneramos como padre de los creyentes y modelo de la esperanza en Dios. Con él se inicia el régimen de la promesa divina, que habrá de alentar a un pueblo en su larga historia de esperas y esperanzas. La fi gura de Abraham ascendiendo hacia el monte Moira, le producía admiración y temblor al filósofo danés Kierkegaard.

La situación trágica en la que se encuentra el patriarca hebreo, cuando ya no hay lugar para ninguna conjetura humana, resulta francamente aterradora; a pesar de todo él supo mantenerse firme y seguir creyendo en la promesa que provenía de lo alto. Cuando el peregrino contempla el monte Moira, siente que un extraño escalofrío le sacude el cuerpo, imaginando la escena de un padre dispuesto a sacrifici car a su propio hijo, por mandato divino y no puede por menos que decir «credo, quia abasurdum est.».

A lo largo de los años las situaciones en que Dios va poniendo a prueba la confianza de su pueblo, va a ser una constante de su historia.

Durante cuarenta años estaría Moisés vagando con sus gentes por el desierto, en espera de que se cumpliera la promesa divina de tener un lugar propio para vivir, de un refugio que les pusiera a salvo de sus enemigos. Una buena tierra para poder morar a la sombra del Altísimo, el mismo que con fortaleza y mano fuerte les había sacado de Egipto. Cuarenta años errando por el desierto, muchos años de ilusiones y desengaños, de esperanzas y desesperanzas. Tiempos duros en los que Yahvé como guardián celoso va guiando a su pueblo y cuidándole como la niña de sus ojos, cual águila que revolotea y extiende sus alas sobre su nidada. Días difíciles en los que lentamente transcurren las horas. Largas noches silenciosas en el desierto en las que Moisés rumiaba la promesa divina, capaz de alimentar sus sueños de esperanza, cuando todo se le ponía en contra. Hermosa visión idílica de esa tierra prometida bajo la bendición de Dios, que hacía imaginar a Moisés un segundo Edén, que él nunca habría de conocer y lo sabía. A las puertas, se habría de quedar, de una tierra de tantas ansias y deseos, siempre lejana siempre remota, la misma a la que llegan viajeros de todo el mundo después de un corto y cómodo viaje en avión,

Lo que primero aparece a la vista del peregrino es algo bien distinto de la visión idílica de Moisés. Lo que aquí se ve es una tierra pedregosa y calcinada, cuyos rastros hacían suponer los escasos frutos de la última cosecha; pero como aquí todo hay que interpretarlo bajo el signo de la esperanza, se puede vislumbrar en lejanía prometedores vergeles, en forma de plantaciones frondosas, hurtados al desierto. Tal es el milagro que frecuentemente se produce, cuando las lanzas y las espadas se transforman en arados y podaderas.

David Ben Gurión hace tiempo que había dejado sentenciado que en Israel para ser realista se debe creer en los milagros. A mí me gustaría decir algo que viene a ser muy parecido. Para poder entender la historia milenaria de esta tierra, hay que saber lo que ha supuesto para el pueblo de Israel un tipo de esperanza al borde de lo imposible. La esperanza que permite seguir creyendo en lo que humanamente es absurdo. Esta esperanza ha sido la actitud fundamental del hombre bíblico. A diferencia de otros pueblos, la historia de Israel es una historia abierta a un futuro henchido de promesas. El secreto para poder entender al hombre bíblico hay que buscarle en el Dios de la esperanza. Una esperanza fundada en la fe que permite seguir soñando en unos tiempos nuevos en los que «el lobo cohabite pacíficamente con el cordero, el leopardo se acueste con el cabrito, el león coma con el becerro y que un niño les pastoree». Ese Dios de la esperanza que ayuda y que protege es temido y respetado, porque a veces se enfurece y amenaza con enviar su ángel exterminador. El Dios de Abraham, Isaac y Jacob es enigmático y terrible, a quien no se le puede nombrar, un juez que juzga y que condena que gobierna con mano poderosa a un pueblo duro de cerviz; con quien está relacionado estrechamente. Un Ser trascendente por encima del mundo; pero a la vez guiando el destino de unos hombres libres con los que mantiene un trato personal y directo. Ese Dios enigmático del A. T. se va revelando a lo largo de los tiempos hasta que aparece el Dios de Jesucristo con rostro amable y bondadoso, perdonador de hijos pródigos, convertido en nuestro gran valedor de largos brazos, que siempre permanecen abiertos para estrecharnos.

## El hombre es un ser necesitado de Dios

Cuando nos sentimos desposeídos de todo, sólo nos queda el consuelo de poder llegar a poseer a Dios, fuerza para nuestra debilidad, riqueza colmada para nuestra pobreza. El hombre en su soberbia ha creído poder prescindir de Dios, actualmente ya no le necesita para nada y vive de espaldas a Él. El resultado del olvido de Dios no ha podido ser más nefasto. Ante tanta frustración y desesperanza, nos preguntamos ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí?

Refiriéndose a la barbarie del 11 de Septiembre de 2001 a Anne Graham se le preguntó en una ocasión ¿Cómo Dios pudo consentir esto? Y esta mujer dio una respuesta que a mi me pareció muy sensata. «durante años, dijo, hemos estado diciéndole a Dios que se salga de nuestras escuelas, que se salga de nuestro gobierno y que se salga de nuestras vidas... creo que todo comenzó cuando Madeleine Murria O'Hare se quejó, porque no quería que se rezara en nuestras escuelas, y dijimos que estaba bien. Luego alguien dijo que mejor no se leyera la Biblia en las escuelas... la Biblia dice no matarás, no robarás, amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y dijimos que estaba bien...

Luego alguien dijo, dejemos que nuestras hijas aborten si quieren, y ni siquiera tienen que decírselo a sus padres. **Y dijimos que estaba bien y** ya que los muchachos siempre van a ser muchachos y de todos modos lo van a hacer, démosle a nuestros hijos todos los condones que quieran para que puedan divertirse al máximo, y no tenemos que decirle a sus padres que se los dimos en la escuela **Y dijimos que estaba bien. ...**

Luego alguien dijo vamos a imprimir revistas con fotografías de mujeres desnudas y decir que esto es una apreciación sana y realista de la belleza del cuerpo femenino **Y dijimos que estaba bien.** Luego la industria de las diversiones dijo, hagamos shows por televisión y películas que promuevan lo profano, la violencia y el sexo ilícito. (que para algo está la libertad de expresión)....

Ahora nos preguntamos: ¿por qué nuestros niños no tienen conciencia, por qué no saben distinguir entre el bien y el mal, y por qué no les preocupa matar a desconocidos, a sus compañeros de escuela, o a ellos mismos?

Probablemente, si lo pensamos bien y despacio, encontraremos la respuesta. Todo tiene que ver con que **lo que sembramos es lo que recogemos».**

No nos engañemos, después de haber prescindido de Dios cualquier cosa es ya posible en nuestra sociedad. Como fruto de anteriores siembras, estamos recogiendo fracasos en nuestras aspiraciones más íntimas y profundas. Tendremos que acabar por darnos cuenta que, el hombre no puede ser expropiado de su yo y de su conciencia religiosa más íntima. Es preciso que de una vez por todas nos rebellemos contra el progresismo ateo, para decir con rotundidad que el peligro de la humanidad no es otro que la enfermedad espiritual. Ha pasado el tiempo

suficiente como para poder afirmar que se equivocaron quienes asociaron el eclipse de Dios con doradas auroras del resurgir del hombre. Lo que ha sucedido ha sido todo lo contrario. El proceso que comenzara con la muerte de Dios, está acabando con la destrucción del hombre. Los optimismos infundados de entonces han dado paso a la frustración de un presente triste; pero real. Una vez más queda bien de manifiesto que cuando los humanismos pierden de vista la dimensión religiosa y trascendente les acecha el fracaso. Clarividente se mostró al respecto

Juan Pablo II, al decir ««Un mundo sin Dios, se convierte tarde o temprano contra el hombre»».

Siempre que la ciencia ha intentado hacer valer la hipótesis de una imagen del hombre como hijo del azar, ha fracasado en su intento. Siempre que nos ha presentado al ser humano como producto de unas ciegas leyes biológicas, mecánicamente encadenadas en un proceso fortuito, el resultado ha sido que la ciencia ha salido malparada con notable pérdida de su credibilidad. Ciertamente sería injusto pedir a la ciencia que diera respuesta a unas preguntas que la trascienden, pero para eso está la experiencia religiosa, que en este orden de cosas es más solvente que la experiencia científica. Desde esta experiencia profunda que brota de nuestro ser, en algún momento de nuestra vida palpamos la certeza de que no estamos solos en un universo gélido impersonal y automática. Cuando nos preguntamos por el sentido de nuestra existencia, ¿por qué morimos, por qué y para qué vivimos? La respuesta religiosa resulta inevitable, sólo ella.

### **No es verdad que Dios haya muerto**

Si nos fijamos en el entorno que nos rodea, podría dar la impresión de que Dios ha desaparecido de nuestro horizonte humano, de que Dios es ya una palabra vacía; pero esto es pura apariencia, lo cierto es que Dios sigue vivo en la conciencia de los hombres, incluso de los más alejados. En todos los hombres hay momentos de sinceridad, en los que se piensa en Él y en que preguntan angustiosamente ¿Existirá Dios? Ésta es la pregunta con la que quisiéramos arrancar en un momento como el presente en el que tantas dudas hay al respecto Dios intangible, invisible, silencioso y mudo aunque oculto entre las sombras, siempre está ahí a la espera y puede aparecer en nuestra vida en el momento más inesperado. La conciencia religiosa, inserta en la esencia de lo humano, ha impulsado a los hombres y mujeres de todos los tiempos a buscar a Dios por las vías del conocimiento. Es así como el Dios del más allá se ha hecho presente en todos los rincones de la tierra y desde los tiempos más remotos viene satisfaciendo las aspiraciones más profundas, que anidan en interior del corazón humano. De mil formas diferentes, según el desarrollo y capacidades de cada pueblos. Dios se nos muestra como la razón suficiente de todo lo que existe. Su existencia es la única alternativa que nos saca del absurdo, por eso creer en Él siempre resulta ser lo más sensato para el hombre. Siempre lo ha sido y ha de seguir siéndolo Se pueden contar por miles los hechos sacados del mundo de la experiencia, que sólo tienen una explicación congruente en Dios y desde Dios. La creación entera sólo puede ser obra de su mano poderosa. Así lo han visto los más cualificados filósofos de la historia, así lo ha visto el gran científico de nuestro tiempo Einstein. Sólo un Dios-Creador puede estar por encima de nuestro mundo; para comprender esto no hace falta ser filósofo o científico; basta con estar atento a los guiños que Dios nos hace desde la inmensidad de los espacios siderales poblados de soles y de estrellas; basta con abrir los ojos para quedar sobrecogidos ante la gigantesca maquinaria del universo. Nos asombramos de las creaciones humanas, nos emocionamos ante las obras de los pintores y escultores y todo ello es un pálido reflejo de las bellezas naturales que están por encima de las posibilidades humanas La grandeza de la creación nos abruma y cuando nos asomamos a ella, nos quedamos sin palabras. Lo que los hombres hemos llegado a

conocer no es más que una gota de este inmenso océano. Desde la filosofía y la ciencia se puede llegar a la última conclusión que es la que Wittgenstein dejó expresada con estas palabras. «El significado del universo no está en el universo. El mensaje de todo lo que tenemos delante es que detrás de la grandiosa creación, tiene que haber un Dios- Creador no puede ser otro. A quien tiene los ojos abiertos, no le es fácil prescindir de Dios, porque Él se hace presente en todo lo que vemos, tocamos y experimentamos. Quien tome el camino de prescindir de Él, es seguro que en el trascurso de la vida lo echará de menos. En el momento más inesperado de nuestra existencia, surgen inevitablemente del subconsciente gritos de lamento por el Dios perdido, porque tal como dice Simone de Beauvoir dejar morir a Dios es precipitarse en los abismos de la nada. Dios nunca se ha ido, ni se irá de nuestro mundo, seguirá ahí por siempre sosteniéndole en sus manos.

Los creyentes debiéramos felicitarnos, porque la ciencia y la filosofía están ayudando cada vez más, a hacer palpable la presencia de Dios en este mundo nuestro plagado de misterios inexplicables para el hombre; de mil formas nos están insinuando que Él está ahí, cerca de nosotros. Siempre he pensado que la mejor noticia que hoy podíamos dar a los hermanos, que codo a codo trabajan con nosotros en la construcción de nuestro mundo, es la de que **no es verdad que Dios haya muerto**, decirles que no estamos solos, perdidos en un universo desértico y vacío. Éste es precisamente el mensaje que traté de transmitir en mi libro **«Citados para un encuentro: Dios llama y espera»**. Dios no ha muerto, ni siquiera está en crisis, aunque mucho se haya hablado de la crisis de Dios. No es Él quien ha muerto, en todo caso, quien ha muerto es el hombre.

El tiempo ha ido pasando y atrás han ido quedado aquellos años del Mayo de París, donde el barrio Latino estaba poblado por universitarios contestatarios; atrás quedó la moda de portar una camiseta donde se podía leer: «Dios ha muerto», pero lo cierto es que seguimos hablando de Él. »Se ha querido enterrar a un Dios que estaba vivo y esto es algo que la ciencia y la filosofía nos lo están recriminando cada vez con más claridad. Nos consuela pensar en Dios como la única razón suficiente de todo lo que existe; pero aún nos consuela más, ese Dios que colma nuestras ansias y anhelos humanos, ese Dios que no sólo puede llegar a convencernos, sino también a apasionarnos, ese Dios que nos acompaña en todo lo que hacemos, que siempre está disponible cuando le llamamos, que nos echa una mano cuando más lo necesitamos, un Dios que es vida de nuestra vida. El Dios que sacia las ansias del corazón humano, una vez que ha sido interiormente vivenciado es imposible olvidarlo. Es la lógica del corazón la que al modo de S. Agustín nos colocan frente al Dios afectuoso e íntimo. Este Dios amoroso es precisamente el Dios que una vez experimentado, no deja indiferente a nadie

### **Los acusadores de Dios.**

Existe en el ser humano una propensión generalizada, seguramente innata, a atribuirse como propios aciertos ajenos y responsabilizar a los demás de fallos propios. Cuando sale la cosa bien el mérito es nuestro, pero cuando sale mal, la culpa la tienen los demás. Exculpaciones e inculpaciones que repartimos según nos conviene. Nos cuesta reconocer los favores que nos hacen y que por tanto nunca agradeceremos; en cambio encontramos con prontitud las víctimas propiciatorias sobre quienes descargamos nuestras acusaciones. Esto se da en las relaciones

humanas; pero también sucede en nuestro trato con Dios.

La falta de gratitud para con Dios es cosa que practicamos con demasiada frecuencia; pero no somos muy conscientes de ello. ¿Por qué al levantarnos cada mañana no dedicamos los primeros minutos a darle gracias? Razones para hacerlo no nos faltarían. Cada mañana al levantarnos nos encontramos con una cesta enorme de regalos. Cada día que amanece veo reflejado en mi vida el favor divino que me otorga el don de la vida para vivirla, el de la libertad para realizarme, el del amor para disfrutarlo. Me obsequia con un universo espléndido que a cada instante se renueva y engalana para mí, criatura insignificante. Las montañas, los ríos, los valles, las costas, los mares están ahí para que yo les contemple. El sol permanece doce horas alumbrándome para que mis ojos se bañen de luz, la música de los pájaros y el viento no cesa para deleite de mis oídos, el agua cristalina que fluye de las fuentes para poder apagar mi sed, los alimentos brotan de la tierra para saciar mi apetito. El gozo llega a mi corazón: “cuando contempla el cielo obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, las aves del cielo los peces del mar”. Un universo entero puesto a mi servicio. Por eso y por muchas cosas más, no cesaré de repetir «Señor, Dios nuestro que admirable es tu nombre en toda la tierra».

La ingratitud para con Dios suele ir acompañada por la injusta acusación de todo lo malo que ocurre en el mundo, de todas las desgracias que acaecen a los humanos. No deja de ser curioso el hecho de que, esos hombres y mujeres que más olvidados viven de Dios, que prescinden de Él, que le niegan incluso, cuando ocurre una catástrofe se acuerden de Él para culparle y convertirle en chivo expiatorio de lo que se le supone culpable. Acusadores implacables que condenan a un Dios, que hasta entonces no había existido para ellos. ¿No estaremos como decía Oretaga y Gasset en una etapa de la historia caracterizada por el «Odium Dei»? Se están aprovechando intencionadamente los cataclismos naturales para llevar a Dios al banquillo de los acusados y argumentar contra Él. ¿Para qué queremos a un Dios que no nos pone a salvo de tanta catástrofe? ¿Qué sentido tiene un Dios así? ¿Cómo puedo seguir llamando Dios a alguien que queriendo evitar las desgracias, no puede hacerlo, o que pudiendo no quiere?

Eran las doce de la noche, de 2010 justamente a pocas horas de haberse producido el terremoto Haití, cuando desde una emisora de radio pude escuchar la voz indignada de un comentarista que nunca le oí la menor referencia a Dios, pero que esta noche, sí se acordaba de Él para preguntarse ¿Cómo es posible que un Dios todopoderoso consienta un desastre semejante? No encontraba justificación posible. Me imaginé que millones de personas en el mundo participaban de estos mismos sentimientos y se hacían las mismas preguntas.

¿Por qué les ha tocado a ellos, los haitianos, ni mejores, ni peores que los demás, sólo lo más pobres y abandonados? ¿Por qué han tenido que sucumbir más de un centenar de miles de víctimas, entre las que se encontraban niños, ancianos y mujeres inocentes?

¿Qué habían hecho ellos para merecer esto? Recuerdo que me entristecí profundamente y me dispuse a enviar al citado periodista una nota, con algunas reflexiones y preguntas, a la que nunca se dignó contestarme. Pasador unos años la tragedia ha vuelto a repetirse esta vez en Filipinas, como consecuencia de la misma han vuelto a surgir las mismas preguntas, los mismos interrogantes. Nuevamente pudimos ver por la televisión el rostro afligido de una humanidad abatida por la catástrofe. Niños, ancianos despavoridos, hombres y mujeres cuyo sólo



delito era el de ser pobres sufriendo un castigo inmerecido. ¿Por qué?  
 ¿Quien es el culpable? Las palabras que un día pronunciara Dostoiewski martillean nuestros oídos: «Si la felicidad de los hombres hubiera de lograrse al precio del dolor inmerecido de un niño, lo digno sería rechazarlo» El llanto de una humanidad hundida, hace que nos preguntemos.

¿Por qué ha tenido que suceder?

Nadie ha encontrado una respuesta convincente a esta pregunta; pero también he de decir, que si los hombres tuviéramos respuesta a los misterios de Dios, seríamos como Él. Es evidente que en la mente humana no nos cabe su infinitud. No podemos comprender ni sus espacios, ni sus tiempos, ni sus medidas, ni sus designios. Cuando yo entro en diálogo con Dios, he de hacerlo, sabiendo de ante mano que sus caminos no son mis caminos, que sus pensamientos no son mis pensamientos y que entre unos y otros hay una distancia abismal. Nuestro lenguaje humano no se corresponde con el lenguaje de Dios. Cien mil millones de euros son para Él un céntimo. Cien mil millones de años son para Él un instante y si le pido algo corro el riesgo de que Él me responda, espérate un instante. Las medidas, los tiempos, los planes, los designios divinos son inescrutables, como lo es el enigma del dolor y la muerte. Humildemente todo lo que podemos decir es que nos encontramos ante un misterio que nos rebasa.

De una cosa podemos estar seguros y es de que nuestro Dios bueno está siempre al lado de las víctimas, sufriendo con el que sufre, llorando con el que llora. Nada más injusto que acusar a Dios. Sus detractores debieran saber, que en el plan originario de Dios, el primer hombre y la primera mujer no fueron creados para morir, ni para sufrir, sino para ser eternamente felices. Lo que sucedió es que, el hombre creado libre con capacidad para decidir su destino se equivocó y eso fue lo que trastocó el orden querido por Dios. El tema de la libertad del hombre deja entreabierto un tenue resquicio, que nos permite vislumbrar alguna tenue sombra del misterio. Veamos.

Dios entregó al hombre un mundo, para que en libertad, acabara de organizarlo; pero bien sabemos que la libertad, ese don tan maravilloso, al que nadie estaría dispuesto a renunciar, conlleva riesgos y responsabilidades, ya lo hemos visto en el caso de Adán y Eva y ahora sucede lo mismo. Dios nos ha constituido en guardianes de este mundo, que habitamos y no podemos sustraernos de esta responsabilidad, por eso antes de pedir cuentas a Dios, deberíamos responder a unas preguntas que nos interpelan a nosotros mismos .

¿Quien es el responsable de que millones de personas mueran víctimas de la guerra o del hambre? y hablando de las catástrofes naturales ¿por qué el dinero que se dedica a armamento no se destina a prever estos desastres y a paliar sus efectos? ¿Quien está rompiendo el equilibrio de los ecosistema, alterando así el normal comportamiento de la naturaleza? ¿por qué en estos casos son los pobres y desamparados los afectados y no los ricos y poderosos? ¿Quien es el culpable de que el mundo esté tan mal administrado? ¿Por qué culpar a Dios de lo que es responsabilidad del hombre? ¿Como vamos a esperar su ayuda después de haberle expulsado de nuestro mundo? Y esto no es todo, hay más.

Los detractores de Dios debieran saber que la historia del drama humano tiene dos partes, la primera es la que conocemos los hombres, la segunda, en la que se va a resolver el desenlace final, únicamente la conoce Dios. A nosotros sólo nos ha dicho que llegará el día en que los pobres serán los ricos, los desafortunados serán bienaventurados y los

que ahora lloran reirán

### **Dios, ni enemigo del hombre, ni justiciero**

Cuando el materialismo dialéctico nos presentaba a Dios como enemigo del hombre, estaba pensando en una especie de vampiro que se alimentaba de sangre humana. Se trataba de un ser egoísta que sólo pensaba en él, justiciero y cruel que quería hacerse rico, empobreciendo al hombre. Dios vendría a ser el rival del hombre, que le disputa la hegemonía en un territorio de su pertenencia. Naturalmente a un Dios así había que declararle la guerra, que es lo que ha hecho el materialismo ateo; pero el Dios de Jesucristo no es ése, sino otro bien distinto. Cuando lees a estos autores imbuídos de semejantes prejuicios, te queda la impresión de que no saben que la palabra que define al Dios cristiano es la del amor, como bien reflejado queda en la parábola del hijo pródigo, en la que Dios se nos revela, no ya como enemigo sino como padre con corazón de madre.

El cristianismo es precisamente la religión que nos introduce en el misterio sublime de la paternidad divina, la que eleva al hombre al más alto grado. Es inútil buscar en otras religiones o humanismos bases más firmes para proclamar la dignidad humana. Después de haberse producido este milagro, de convertirnos en seres de Dios y para Dios, nuestros intereses son ya los suyos y los suyos son los nuestros. Estamos hablando de una paternidad no al modo como la entiende Freud, como una sublimación religiosa, motivada por el desamparo de unos hombres que tienen la necesidad de que alguien les acoja, tal como lo sintiera Unamuno, quien nunca pudo desvincularse de la imagen paternal o mejor maternal de un Dios que le daba cobijo. ¿Qué no hubiera dado él para que este maravilloso sueño suyo se convirtiera en realidad; pero le faltó la fe, que es la única que nos da seguridad de que Dios es nuestro Padre real, bueno y amoroso que a todos acoge como a hijos.

El amor de nuestro Padre- Dios, supera infinitamente el amor de todas las madres juntas, que se nos manifiesta con una entrega generosa sin cálculo, ni medida, aunque no sea correspondido, un amor que a los hombres, que estamos habituados a comercializarlo todo, nos descoloca. A lo que nosotros estamos acostumbrados es, a ir por el mundo en busca de ofertas y oportunidades, tratando en todo y siempre de hacer un negocio rentable, incluso nos asalta la tentación de convertir nuestra religión en una operación de change en la que Dios es el jefe y nosotros tratamos de sacarle todo lo que podamos al menor precio posible.

En una ocasión cayó en mis manos una página inserta en los libros de pequeños escolares, en la que se ponía de relieve el comportamiento justiciero del pequeño Carlos con su madre. Carlos era un niño de diez años que había visto como sus padres pagaban las facturas a sus proveedores por los servicios prestados y un día a él se le ocurrió hacer la misma operación y colocó sobre la servilleta de la mesa la siguiente nota, para que fuese leída por su mamá a la hora de la comida. Mamá debe a su hijo Carlos 20 Euros por los recados hechos, 10 por ir con ella a la compra, 50 por sus buenas notas, 50 por haberse portado bien, 20 por cuidar de su hermanito pequeño y acompañarle al cole. Total 150 euros.

A la hora de la cena, Carlos encontró los 150 euros debajo de su

servilleta, acompañados de una nota de su mamá que decía: Carlos debe a su mamá por más de cien noches junto a él sin dormir, nada. Por diez años de atenciones, trabajos, inquietudes, sufrimientos, nada. Por vestirle alimentarle educarle ayudarle a hacer los deberes, nada. Por sacarle de paseo y llevarle a los viajes, nada. TOTAL, nada

Carlos al leer esto, se puso rojo y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y entregando el dinero se echó en brazos de su madre y le dijo: toma este dinero. Una madre nunca debe nada a su hijo.

Tampoco nuestro Padre-Dios nos debe nada a nosotros, somos nosotros los que le debemos todo a Él. No puedo exigirle nada, sólo puedo suplicarle. Me quiere sin que yo lo merezca, me quiere porque es padre y madre a la vez y no porque yo haya sido justo y haya hecho algo para merecerlo. Su amor es desinteresado, su perdón gratuito. Lo mejor que podemos hacer es amarle y dejarnos amar por Él. Aspiramos a ser hijos pródigos que confiamos ciegamente en Él y eso nos basta. Si llegamos a comprender que Dios es nuestro padre, habremos comprendido que Él está en nuestro corazón y nosotros en el suyo. Los que siguen pensando que tenemos que deshacernos de Dios porque es el más peligroso enemigo del hombre, deberían primero aclararnos de que dios están hablando. Los cristianos somos consciente de que Dios es padre para nosotros al que nunca podremos amar como merece, pero nos reconforta saber, que Él no dejará de querernos a pesar de nuestra miseria

### **Un Dios que se hace hombre como cualquiera de nosotros**

A los hombres que se consumen en la pasión inútil de llegar a ser Dios, les vino el gozoso anuncio desde lo alto, de que era Dios quien se había hecho hombre. Nunca nos hubiéramos atrevido a pedir tanto, ni siquiera hubiéramos sido capaces de imaginar que esto pudiera suceder. No lo entendemos, ni lo entenderemos nunca, es misterio incomprensible, es una locura de Dios; pero es tan sublime y hermosa...Dios se hizo presente entre nosotros y su presencia ha llenado de luz la faz de la tierra. Dios hecho carne de mujer es ya uno de los nuestros y sabemos que siempre le vamos a tener de nuestro lado. Ante este acontecimiento tan prodigioso, los demás sucesos de la historia de los hombres palidecen. Iba a decir más, si se pudiera hablar de historia en Dios, éste sería también uno de sus acontecimientos más maravilloso.

A partir de este acontecimiento prodigioso, la grandeza de Dios será la grandeza del hombre y lo que nos suceda a nosotros le sucederá también a Él. El Dios inconmensurable a quien cielos y tierra no pueden contener, se nos muestra confinado en un lugar minúsculo, dentro de un punto perdido en la inmensidad del Universo. Siempre que se acerca la Navidad veo el cielo y la tierra converger en un pesebre y a Dios metido en esta carne nuestra y cuando digo Dios, me parece estar nombrando al hombre y cuando hablo al hombre me parece que es Dios el que me escucha. ¿Qué más se puede decir de un Dios que ya nunca puede dejar de ser hombre también? A Ti que has querido hacer esta mezcla tan extraña, quisiera preguntarte ¿A qué te sabe este barro nuestro? ¿Cómo te encuentras revestido de nuestra pobre condición humana? Es duro ser hombre; pero también es apasionante.

Quisiera preguntarte también ¿por qué lo hiciste? Pero esto ya nos la has dicho muchas veces. No puede haber otro motivo que no sea el del amor. Sólo un amor apasionado puede explicar locuras como ésta. Cada año por Navidad llega a este convulsionado mundo nuestro

un mensaje cargado de esperanza, para que en todos los corazones, incluso en los que ya están cansados de vivir, renazcan las ansias de volver a ser ese niño, que todos llevamos dentro y que hemos ido perdiendo con el paso del tiempo. Nos hemos hecho adultos con muchas adherencias de egoísmo a nuestras espaldas, de recelos, de envidias, de ansias de poder. Nuestra sangre se ha ido envenenando con impurezas y muchos miligramos de colesterol del malo. Queremos tenerlo todo, poseerlo todo, consumirlo todo. Hemos llegado a pensar que la alegría de vivir está en saciar nuestras ansias insaciables. Hemos perdido la inocencia, y nuestros ojos han dejado de ver el resplandor de la estrella que anunciaba el misterio en aquella Noche Santa, en que los hombres dormían, mientras la tierra se convertía en el epicentro de todas las galaxias y se preparaba para dar cobijo al Rey del Universo.

Todo estaba en calma, María agotaba los últimos momentos de su ansiada espera, José expectante, permanecía en silencio sumergido en el misterio que no acababa de descifrar. Jesús iba a nacer. Todo estaba dispuesto: el pesebre preparado, el heno extendido, los pañales limpios, el inconmensurable amor maternal de una Virgen y la disponibilidad incondicional de un Varón justo, hasta el jumento, fiel acompañante de la pareja, se deja contagiar de esa paz y silencio densos que se respiraba en el ambiente. Ellos estaban destinados a ser los testigos mudos, del más elocuente y grandioso acontecimiento de los siglos. ¿Como sería el niño que iba a nacer? ¿Cómo sería la primera sonrisa de un Dios con rostro humano?... Había llegado el momento en que la Palabra se hiciera carne de hombre. Es Lucas quien nos lo cuenta. «Cumplido el tiempo del parto, María dio a luz a su hijo, lo envolvió en pañales y lo reclinó en un pesebre». Los cielos se rasgaron por no poder contener el alborozo celestial de un ejército de ángeles que entre las nubes «alababan a Dios diciendo: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra». Y nada volvió a ser lo mismo. La suprema aspiración humana se había hecho realidad, Dios sería ya uno de los nuestros y su gloria inundaría de luz este mundo nuestro, sumido en las tinieblas. Esto es lo que sucedió hace más de dos mil años en nuestra tierra, aunque los hombres parece como que lo hubiéramos olvidado.

Cuando pensamos que Dios mismo se nos da en forma de regalo, nuestros corazones comienzan a latir a otro ritmo; porque sentimos la alegría de tocar con nuestra manos el amor y la ternura de Dios. Éste y no otro fue el motivo de la alegría de los primeros cristianos, ésta y no otra fue la razón de un gozo que no les cabía en el pecho. Contentos de saber que Dios se había hecho presente entre nosotros y que su presencia llenaba de esperanza el corazón humano, contentos de saber que no estamos solos y que Dios y hombre iban a ser, a partir de ahora, una misma cosa. Algo que hoy no acabamos de comprender, porque no nos cabe en la cabeza un acontecimiento tan hermoso y sublime.

### **El escándalo de un Dios doliente**

La imagen de un Dios crucificado, retorciéndose de dolor no es la que corresponde al vencedor, sino al vencido. El Dios que en la persona de Cristo sufre y muere en la cruz, ha sido motivo de escándalo para muchos a lo largo de la historia. En el rostro lacerado de Cristo doliente cuesta ver la imagen del Dios todopoderoso, dueño y Señor de cielos y tierra. Si ante la catástrofe la gente se pregunta ¿donde está el Dios bueno?, ante la imagen de Cristo doliente, se pregunta ¿donde está el

Padre omnipotente que no libra a su hijo del suplicio? ¿Por qué no le escucha cuando angustiosamente le súplica para no tener que beber el amargo cáliz? ¿Por qué no contesta al grito desgarrado del «¡Padre! ¡Padre! ¿por qué me has abandonado?».

Despreciado, deshecho de la humanidad, nos dice Isaías, varón de dolores, hecho al sufrimiento... herido por Dios; humillado... ha sido maltratado y doblegado sin que abriera la boca; como cordero llevado al matadero.... De su causa ¿quien se cuida?... Se le preparó una tumba entre los impíos, en su muerte se juntó con los malhechores, siendo así que el jamás cometió injusticia, ni hubo engaño en su boca.» (53). Si algún vislumbre de omnipotencia hay en todo este cuadro descrito por el profeta, es la forma majestuosa y serena con que Cristo soporta tanta ignominia. Locura de amor para unos y que otros prefieren traducir en términos de debilidad.

La divinidad de Jesucristo escarnecido ha sido durante siglos y seguirá siendo piedra de escándalo. El Dios de la Cruz nos sorprende, nos descoloca, nos desorienta, aunque también, todo hay que decirlo, nos atrae de forma irresistible, hasta el punto de que hace falta tener el corazón de piedra, para mirar la imagen sangrante de Cristo en la cruz y no compadecer con Él. Tal vez por eso, millones de hombres y mujeres que viven olvidados de Dios, no han podido olvidarse de la cruz y todos los años por Semana Santa abarrotan las calles y las plazas de sus pueblos o ciudades para ver pasar al Nazareno camino del Calvario, sin poder reprimir las lágrimas.

El misterio del Dios ultrajado y humillado ha sido siempre objeto de un especial fervor popular, seguramente porque el Dios de los fracasados, los torturados y los mártires no deja a nadie indiferente. La gran mayoría de creyentes hemos acertado a ver en la impotencia de Cristo en la cruz la prueba inequívoca de su cercanía a los hombres, de manera especial a los que más sufren; a éstos más que a nadie le interesa saber si Dios estuvo con Cristo crucificado, porque si así fue, en ello no verán ya una debilidad de Dios, sino la expresión suprema de su solidaridad con ellos, el más alto grado de complicidad que cabía imaginar.

En la cercanía de Dios con los hombres y mujeres de todos los tiempos, en la solidaridad con ellos, llevada hasta las últimas consecuencias, está la BUENA NUEVA. Si los desdichados de la tierra han acertado a comprender que su destino es compartido con Dios, no les faltará ya nunca jamás razones para la esperanza. En esta complicidad de Dios con el hombre se vislumbra el fundamento de una esperanza sobrenatural. La clave como siempre la encontramos en el amor, ella es la palabra mágica que pone al descubierto el misterio de un Dios todopoderoso colgado de la cruz. A partir de aquí ya nos resulta más fácil poder conciliar la verdad de la omnipotencia divina con esta otra de la debilidad de Jesús colgado del madero. Por una parte el Hijo de Dios ajusticiado que nos hace llorar y por otra el Padre Todopoderoso, dueño de la creación a quien reverenciamos. Se trata del mismo Dios que asume todo el dolor de la historia. No dudemos ya más del poder de Dios, todo se explica desde su total entrega hacia los hombres.

A veces las preguntas que se hacen tienen una mala formulación y cuando esto sucede es difícil dar una respuesta correcta. Imaginemos que, yo preguntara ahora ¿Pudo hacer Dios un mundo tan inmenso que ni el mismo pudiera abarcar? La pregunta es capciosa, pues respóndase lo que se responda, su omnipotencia resulta comprometida.

En mi opinión también hay algo de capcioso cuando preguntamos

¿Pudo el Dios omnipotente liberar a su Hijo del suplicio? Claro está que pudo hacerlo; nos lo dice el propio Jesús: «si yo se lo pidiera al Padre, un ejercito de ángeles me sacarían de aquí». Dios pudo impedir el suplicio de su Hijo, naturalmente. Entonces ¿por qué no lo hizo? y nos volvemos a quedar sin respuesta, porque la pregunta está mal formulada. La pregunta que procede es, si convenía o no convenía hacerlo y la respuesta a esta pregunta nos la dan los propios evangelios.

La respuesta es tajante. Ciertamente, convenía que el Justo muriera para que así de esta forma comprendiéramos hasta que punto Dios ama a los hombres. La cruz es la mejor señal para mostrar a los hombres hasta dónde puede llegar el amor de Dios. Convenía que Dios pusiera de manifiesto su misericordia infinita y no encontró forma mejor, ni más creíble, porque el amor se prueba en el dolor y la capacidad de entrega. Cuanto mayor es el dolor, mejor queda expresado el amor que se esconde detrás y la tragedia de un Dios crucificado no pudo ser mayor. «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Juan 3, 6) y Dios estaba dispuesto a no dejarse ganar por nadie. Es en la cruz y por la cruz donde el amor de Dios adquiere una forma sublime y además se hace creíble. «Así demostró Dios su amor al mundo, dándole su Hijo Único» (Juan 3,6). La cruz y no otra, habría de ser la prueba terrible que correspondía al amor más exigente y aún así los hombres no acabamos de creérselo.

Con el dolor y la muerte de Cristo crucificado quedaban para siempre al descubierto las entrañas del Dios de la misericordia. A la iniquidad de los hombres, Dios responde perdonando a todos, del todo y en todo. Que no suene a escándalo esto que voy a decir: bien mirado, los desdichados de la tierra, que somos todos, nunca podremos ver a Dios tan Dios como en la cruz, nunca tan sublime y poderoso para nosotros como cuando le vemos revestido de nuestro propio ropaje ¿Qué otra forma mejor hubiera tenido Dios de manifestarnos que es uno de los nuestros y que asumía hasta las últimas consecuencias la condición humana? El misterio del Dios doliente lo que nos muestra es que no hay límites para su poder, pues lo que parecía impensable para el hombre Él lo hace realidad. Este Dios capaz de padecer con el hombre lo puede todo, hasta hacerse uno con el hombre débil e indigente ¿no es esto la muestra definitiva de su gran poder? Ante este misterio inescrutable sólo cabe decir: ¡Que grande es Dios!... No, la cruz no es expresión de impotencia divina; puede serlo, eso sí de la clemencia infinita de Dios. El misterio de Cristo muerto en la cruz adquiere su pleno sentido a la luz del Cristo triunfante y así como no hay resurrección sin muerte, tampoco la muerte de Cristo tiene sentido sin resurrección. Por ello el misterio de la Pascua ha de ser visto como la prolongación del misterio de la Pasión.

Volviendo la mirada al Cristo doliente colgado de la cruz con los brazos extendidos vemos al Cristo de todos y para todos, reconciliador del hombre con el hombre y ¿como no? reconciliador de Dios con el hombre y del hombre con un Dios, que llegó a experimentar lo duro que resulta vivir en medio de nosotros; que supo lo difícil que es llevar la cruz de cada día; pero también lo hermoso que ello es cuando se hace con amor y por amor.

¡Cristo Doliente! Déjanos decirte, lo orgullosos que nos sentimos de ser hombre como tú y de poder sufrir contigo. Deja que te digamos que a pesar de nuestras debilidades estamos contentos con el regalo de tu perdón, ése que no regateaste ni siquiera a los que te escarnecían. Déjanos agradecerte la esperanza que nos diste y que tan alto precio te costó.

Después de haber pagado cumplidamente por nosotros, seguimos siendo débiles y andamos necesitados de muchas cosas, bien lo sabes; por eso vamos a pedirte que nos ayudes a sentirnos pecadores; porque pecados sigue habiendo en nuestras vidas; aunque hayamos aprendido el arte de esconderlos o les hayamos cambiado de nombre y ya no les llamemos pecados. Conversión y arrepentimiento eso es lo que te pedimos.

## **EL MISTERIO DE DIOS MANIFESTADO EN CRISTO**

### **La persona de Jesucristo**

Hablar de Jesucristo es siempre difícil y comprometido; porque las palabras se nos quedan cortas. Cuando esto ocurre uno recuerda la advertencia de Wittgenstein cuando decía, que de aquello que no se puede hablar mejor es callar. Seguramente quien mejor habló de Jesucristo fue María con su elocuente silencio. Hablar de Jesucristo es difícil, no ya sólo porque requiere un máximo de respeto y veneración hacia su persona, sino porque exige también una humilde disposición de apertura ante el misterio que, nunca acabamos de comprender y aún con todo y a pesar de todo, hablar de Jesús es una necesidad que brota del corazón. Hay que hablar de Él para conocerle más y mejor y así tener más motivos para estar unidos a él.

A Jesucristo, desde fuera del cristianismo, se le ve como un hombre singular, que ha tenido una gran influencia en la humanidad, en cuanto que es fundador de una de las tres religiones más extendidas en el mundo. En tal sentido se le reconoce un lugar privilegiado en la historia, compartido con otros hombres como pueden ser Buda o Mahoma. En los libros de Historia de las Religiones se le considera un hombre de vida sencilla, que impresiona por su ejemplaridad. Si nos quedáramos aquí, pensando que Jesucristo es un «gran hombre», como lo han sido otros muchos, estaríamos dando de Él una imagen inexacta, pues Jesucristo no es uno más entre los hombres importantes, que han existido a lo largo de la historia. Los fundadores de las grandes religiones como fueron Confucio, Buda o Mahoma, se nos presentan cual presuntos enviados de Dios a predicar un mensaje de salvación a los hombres. Se consideran a si mismos enviados, con una misión específica que cumplir, la cual les viene confiada desde lo alto. En el caso de Jesucristo es otra cosa bien distinta. Él no es un mero mensajero de la Buena Nueva, es mucho más; Él mismo es la Buena Nueva. Jesucristo en palabras de Juan Pablo II «es el cumplimiento del anhelo de todas las religiones del mundo y por ello mismo es su única y definitiva culminación» En su caso el enviado es el mismo Dios revestido de hombre. Naturalmente esto es lo que hace de Jesucristo un ser único, absoluta y abismalmente excepcional e irrepetible, sin parangón posible.

Jesucristo se nos presenta rompiendo todos los moldes humanos y rebasando los límites pensables, cuando exige fe en Él, al igual que en Yahvé, por ello el judaísmo considera al cristianismo como una secta herética. Ya desde el comienzo, al hablar de Jesucristo, conviene dejar claro que en su persona confluyen dos naturalezas, la divina y la humana, lo que quiere decir que estamos hablando de un hombre que a la vez es Dios, o si se quiere, estamos hablando del mismo Verbo de Dios, que en un momento determinado de la historia se encarnó, haciéndose como nosotros, excepto en el pecado, sin dejar de ser lo que siempre fue desde toda la eternidad. Esto es precisamente lo que significa la palabra

«Jesucristo», compuesta de Jesús y Cristo. Jesús es un nombre propio de persona que fue bastante corriente en su tiempo, igual que lo es ahora, y Cristo, que es un término griego que significa salvador, traducción de la palabra hebrea Mesías. En su acepción terminológica el nombre de Jesucristo quiere significar por tanto la revelación a los hombres de la divinidad, al tiempo que se ofrece como revelación y ofrenda de los hombres al Padre. Representa así un punto de confluencia entre Dios, que viene a nosotros, y los hombres que quieren ir a Dios. Es en Jesucristo donde encontramos la revelación plena de Dios a los hombres y al tiempo la revelación plena de lo que los hombres estamos llamados a ser en relación a Dios. Por una parte a través de Cristo, Dios habla a la humanidad; pero por otra es la humanidad entera la que habla a Dios por medio de Cristo.

Esta doble dimensión de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es el núcleo fundamental de la Cristología. Divinidad y humanidad son las dos dimensiones inseparables de Jesucristo. Cualquier otra interpretación que se haga de su persona es caer en el error, es precipitarse en la herejía. Ateniéndonos a esta verdad fundamental de nuestra fe hablaremos de Jesucristo en cuanto que es Dios y después lo haremos en cuanto a que es hombre.

### **Su naturaleza divina**

La revelación de Jesucristo como Dios, ha sido, es y seguirá siendo una de las verdades más incomprensibles para el entendimiento humano, como lo fue para los judíos contemporáneos de Jesucristo, los cuales habían establecido una línea divisoria entre Dios y los hombres, tanto que Dios, aunque cercano a los hombres, era el inaccesible. El respeto reverencial que le tenían, les impedía mirarle cara a cara, ni siquiera podían nombrarle. Yahvé o Elohim como se le invocaba según las tradiciones, no es ningún nombre propio, es un tratamiento mayestático que hace referencia a Dios. Digamos que para ellos Dios era lo totalmente Otro, que estaba por encima de todo lo humano, ya que todo lo que se pudiera decir de Él se quedaba corto. Así por ejemplo, Maimónides en la Guía de Perplejos nos dirá: «Dios existe pero no por la existencia, es sabio, pero no por la sabiduría, puede pero no por el poder etc.», queriéndonos decir que estaba por encima de todas las categorías humanas.

Desde este contexto cultural judío resultaba difícil humanamente establecer la unión de la humanidad y la divinidad en un solo sujeto. Imaginémonos lo que supondría para ellos, oír decir a un hombre aparentemente como los demás que era Dios. Les parecería una falta gravísima de respeto a Yahvé, una blasfemia. Por ello se escandalizan y se rasgan las vestiduras cuando ante el Sanedrín Jesucristo manifiesta, de forma clara y explícita, su origen divino. Es cierto que los judíos esperaban al Mesías, creían incluso que su venida era inminente, más aún podía entrar dentro de sus cálculos que Jesús fuera ese Mesías que estaban esperando, pero la idea que ellos tenían del Mesías no se ajustaba a la realidad del plan divino. La idea más generalizada entre ellos era la de un enviado de Dios para salvar a su pueblo. En ocasiones se lo imaginaban como un rey temporal que había de traerles la liberación política. Otros le veían como Sumo Sacerdote destinado a liberar espiritualmente a su pueblo, pero en sus cabezas no cabía que un hombre pudiera ser Dios. El entusiasmo que Jesús despertó en ellos durante la primera parte de su vida pública, les llevó incluso a preguntarse, si Jesús podría ser el



Mesías que ellos estaban esperando de forma inminente. Así se demuestra claramente, en el caso de los enviados por Juan el Bautista, que le preguntan directamente a Jesús, si es Él el que tenía que venir. Más aún, hay momentos en que los judíos quieren proclamarlo Rey y en alguna ocasión, las gentes comienzan a sentir la alegría de su liberación. Pero no tardando mucho llega el desencanto y esto sucede cuando se percatan que Él no era ese rey guerrero que estaban esperando. Se van dando cuenta que Jesús no representa a ese libertador político y militar que de forma espectacular y al son de trompetas iba a proclamar su triunfo sobre los enemigos. Jesús les decepciona sobre todo cuando manifiesta su origen divino. Para ellos, esto era una osadía, propia sólo de un enajenado o de un farsante. Se ve que los judíos, especialmente los fariseos, no estaban preparados para recibir esta revelación, que exigía una gran dosis de humildad por su parte.

Al principio tampoco los discípulos tuvieron conciencia de la divinidad de Jesucristo. Algunos de ellos tuvieron el privilegio de ser testigos de excepción de episodios y acontecimientos, en los que se va revelando el origen divino de Jesús, pero ellos no acababan de entenderlo. Ya en el comienzo de su vida pública nos encontramos con el episodio con que Marcos abre su Evangelio. Tiene lugar en el río Jordán, donde estaba bautizando Juan el Bautista y es aquí donde nos encontramos con la siguiente escena: En el momento en que Jesús sale del agua, después de haber sido bautizado, se oye una voz en el Cielo que dice «Tú eres mi Hijo a quien yo quiero; mi predilecto». Es la primera vez en que comienza a revelarse el origen divino de Jesús, aunque no la única, pues durante la primera fase de su vida pública nos volvemos a encontrar a Jesús con sus discípulos en Cesarea de Filipo. Es entonces cuando Él les pregunta: «¿Qué piensa la gente sobre mí?». Pues que eres un gran hombre, dicen unos; que eres Juan Bautista, Elías o alguno de los Profetas, dicen otros. Como la respuesta no era satisfactoria les vuelve a preguntar: «¿Y vosotros, quién decís que soy yo?» Fue entonces cuando Pedro se adelanta a todos para decir lo que ya conocemos: «Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Aunque la respuesta de Pedro es todavía ambigua y desde luego no era comprendida en todo su alcance por los discípulos, nos da ya a entender que algunos de ellos empiezan a entrever una dimensión básica de salvación, si bien su profundo significado sólo vendría después de la muerte y resurrección.

Hay todavía un tercer episodio al final de la primera etapa de la vida pública de Jesús que tiene lugar en el Monte Tabor. A Jesús le acompañan Pedro, Santiago y Juan. Estos discípulos ven como Jesús se transfigura, manifestando al exterior su gloria y aunque fuera por un momento, Jesús aparece como el verdadero Hijo de Dios.

Todos estos son episodios en los que sucesivamente se va revelando la divinidad de Jesús, si bien esta revelación no es plena hasta que no llega el Misterio de la Pascua, que es la que va a permitir a sus discípulos tomar conciencia de la misma.

Es la Resurrección precisamente la que les hace caer en la cuenta de que Jesús es el Señor, la que confirma y corrobora no sólo su mensaje, sino también lo excelso de su persona. La fe en la persona de Jesús es inexplicable sin la Resurrección.

Cuando después de muerto se hace presente en el seno de la Comunidad, es el momento preciso en el que Jesucristo comienza a ser visto como Dios por sus discípulos.

Los teólogos se preguntan cómo, de qué forma y cuándo la Virgen María supo de la divinidad de su Hijo. Irán más lejos aún y seguirán

preguntándose cómo, de que forma y cuando el propio Jesús en cuanto hombre tuvo conciencia del misterio de su Divinidad. Pero esto es algo que dejamos para que sean ellos los que traten de desvelarlo en cuanto sea posible. Yo por el momento no voy a tratar esta delicada cuestión. En los comienzos del Cristianismo las primeras Comunidades Cristianas, como no podía ser por menos, encontraron serias dificultades en conciliar la humanidad y la divinidad en la Persona de Jesucristo. No fue fácil entonces, como no lo es ahora, tratar de armonizar lo que aparentemente es irreconciliable. Por ello, en estos primeros tiempos aparecen muchas herejías. Unos le ven a Jesucristo solamente como Dios. Para otros era solamente un hombre. Por otra parte se preguntaban: Si el Padre es Dios y Jesucristo es también Dios, ¿hemos de pensar entonces que hay dos Dioses? La confusión reinante sobre la cuestión amenazaba con dividir a los primeros cristianos.

Hubo que esperar hasta el siglo V para que en los Concilios de Éfeso y Calcedonia se llegara a una precisa formulación de la fe, que fuera capaz de superar las interpretaciones erróneas. Desde las respectivas culturas judía y griega, los primeros cristianos tuvieron que ir ajustando el misterio a sus respectivos esquemas y categorías mentales. Hoy, después de 20 siglos de cristianismo sigue siendo difícil acomodar nuestras formas de pensar a este sublime misterio de nuestra fe. Como en la Primera Iglesia estamos tratando de acercarnos a lo que es el misterio de los misterios y lo hacemos desde la limitación de nuestros supuestos culturales. Hemos establecido una relación entre Padre e Hijo, al tiempo que se han ido dando las condiciones para que emerja con fuerza y se haga presente entre nosotros la Vida y el Amor, representados por el Espíritu Santo. De este modo el misterio del Verbo Encarnado nos ha llegado unido inseparablemente al Padre y al Espíritu Santo.

Después de tantos siglos, hoy, el Señor Jesús nos vuelve a preguntar a nosotros, los cristianos de comienzos del siglo XXI ¿Quién decís vosotros que soy yo? y cada uno de nosotros sabemos ya la respuesta porque la llevamos grabada en el corazón. Creemos Señor Jesús, que Tú eres el Hijo de Dios, el Verbo Eterno del Padre nacido antes de todos los siglos. Sabemos que Tú eres consustancial al Padre, que Tú eres nuestro único Dios y Señor.

### **Su semblanza humana**

También sabemos que desde toda la eternidad nos has amado, que me has amado a mi hombre minúsculo e insignificante con un amor apasionado, para acabar siendo uno de los nuestros. Hemos aceptado por fin, aunque sin comprenderlo muy bien, que tu poder divino quedó asociada para siempre con la debilidad humana. Todo ello hace que a cada instante renazca entre nosotros la esperanza. Que Jesucristo siga siendo un hombre entre los hombres, ha sido lo más grande que ha podido sucederle a la Humanidad,

El hecho de que Jesús de Nazaret fue un hombre que existió hace 2000 años, es algo que nadie medianamente culto puede poner ya en duda. El fue un personaje histórico y no una fantasía inventada por un grupo de fanáticos.

Existen documentos acreditativos suficientes para no dudar de su existencia histórica. A parte de los libros de N. T. disponemos de testimonios de autores no cristianos, como son los de Suetonio, Tácito, Plinio el Joven y sobre todo es importante el testimonio del historiador

judío Flavio Josefo, quien refiriéndose a Jesús, dice de Él que fue un  
 Ángel Gutiérrez Sanz

36

hombre sabio, que hizo prodigios y arrastró a muchos de diversa procedencia incluidos los griegos. Disponemos también de los evangelios y demás libros del N. T.. cuyo criterio de fiabilidad es indiscutible. De ellos no podemos extraer la historia personal de Jesús, porque no son libros biográficos, pero sí constituyen un auténtico testimonio en el que podemos apoyarnos a la hora de tratar de conocer su misión en el mundo. Ellos han de ayudarnos a seguir de cerca a ese hombre irreplicable al que el progreso no ha empequeñecido y su memoria sigue y seguirá estando siempre viva entre los hombres.

Con la intención de presentar una imagen lo más auténtica posible del Jesús histórico, vamos a ir analizando las diferentes manifestaciones de su humanidad. Comenzamos preguntándonos por su semblante físico. Como es natural, nos gustaría disponer de videos de la época, proyecciones televisadas en directo, en donde se recogieran algunos momentos de su vida o cuando menos poder hacer uso de algunas cintas magnetofónicas, donde se recogieran su voz; pero nada... por no disponer, ni siquiera tenemos a mano ningún escrito suyo firmado de su puño y letra, ni fotografías, ni pinturas –retrato, nada... Nos podemos servir eso sí de los evangelios y de los escritos canónicos, aún sabiendo que en este tipo de documento no vamos a encontrar una descripción física de la persona de Jesús, dado que el carácter de estos escritos, vuelvo a repetir, que no es biográfico, y que incluso puede, como de hecho sucede, que nos ofrezcan visiones distintas aunque complementarias.

El interés por conocer algo sobre el aspecto físico de Jesús, justifica los esfuerzos que se están haciendo en este sentido. Diferente a lo que pasaba con los primeros cristianos que se mostraban reacios a representar físicamente a Jesús, posiblemente porque entre los cristianos procedentes del judaísmo, pesaba mucho todavía la prohibición de representar físicamente al «Invisible.» Ello era considerado como un sacrilegio. Por otra parte los cristianos procedentes del paganismo tenían cierto reparo en representar físicamente a Jesús para no confundirle con los dioses paganos.

Con el tiempo estas inhibiciones y miedos fueron perdiéndose poco a poco y en un momento determinado, aparecen las primeras representaciones, mostrándonos a Jesucristo bajo la imagen del Buen Pastor. A partir de aquí se fueron haciendo representaciones diferentes de Jesús según la sensibilidad de la Época. Durante el s. IV en Oriente aparece representado el rostro de Jesús, tomando como modelo la imagen impresa en el Santo Sudario. Occidente se ajustará también a este canon. En la iconografía de los primeros siglos aparece representado Jesús con rostro lampiño, con cabello rizado y no liso y largo como estamos acostumbrados a verle. Por su parte algunos Padres de Oriente de forma disparatada nos ofrecen la imagen de un Jesús renco. Para S. Justino era deforme. Según S. Clemente de Alejandría estaba falto de humano decoro. Tertuliano y Orígenes nos dicen que era pequeño, feo y desgarbado, seguramente estos testimonios se basaban en una mala interpretación del conocido texto de Isaías. «No tiene presencia, ni belleza» o en el otro del salmista. «Yo soy un gusano no hombre». Otros Santos Padres piensan en cambio de forma diferente, basándose también en un texto del salmista que nos habla de «el más hermoso de los hijos de los hombres»

Sobre esta curiosa polémica es digno de reseñar la extraña ocurrencia de quienes pensaron que Jesús podía haber sido cojo. Tal desvarío se funda en unas extrañas representaciones pictóricas en las que el Crucificado aparece con una pierna más larga que otra. En otros iconos antiguos se representa a María sosteniendo en brazos a un Jesús-Niño con las piernas y los pies deformes. Merece la pena que se haga mención también de una imagen conmovedora, encontrada en un antiguo monasterio, que nos muestra a la Virgen entristecida contemplando a su criatura, coja de nacimiento. Es difícil dar una explicación de estas chocantes representaciones de la iconografía religiosa oriental, mucho más si tenemos en cuenta que los iconos sagrados de este tiempo, que no se dejaban al arbitrio del monje pintor, sino que tenían que ajustarse a las prescripciones de la Iglesia. Lo más seguro es que todas estas representaciones pudieron estar inspiradas en el Santo Sudario, el cual observado desde su parte posterior, nos muestra la pierna derecha más larga que la izquierda, incluso aparecen deformaciones en el hombro dado el peso de la cruz. Los médicos que han estudiado la Sábana Santa, están de acuerdo en que primero fue clavado el pie derecho y luego el izquierdo, que fue retorcido y clavado más arriba y de lado, quedando todo el eje del cuerpo desequilibrado por los malos tratos. Cuando a Jesucristo se le descolgó de la cruz el «rigor mortis» habría dejado deformaciones en las piernas y en el hombro. De este modo el cuerpo yacente dejaría impresas en la Sábana Santa esas huellas que llevaron a engaño a los orientales, haciéndoles pensar en algún tipo de anormalidad congénita.

Hoy estamos en disposición de hacer una mejor interpretación de todos los documentos a nuestro alcance. En primer lugar podemos inferir del testimonio de los propios contemporáneos de Jesús, de que su persona era subyugadora y de gran majestuosidad, reflejo de sus cualidades excepcionales. De seductor es como le califican sus propios enemigos. Su atractiva mirada es puesta de manifiesto en diversos pasajes de los evangelios. Su fascinante y agraciada figura es objeto de encendido elogio, cuando una mujer sencilla del pueblo se dirige a Él con estas palabras, «bendito el vientre que te engendro y los pechos que te amamantaron». Nada hay en los libros del N.T. que nos impida pensar en la imagen fascinante de Jesús, de mirada penetrante, avalada también por el rostro que quedó impreso en la Sábana Santa, cuyo testimonio debe ser tomado en consideración, aunque hayamos de hacerlo con todos los cuidados y cautelas del mundo.

Sirviéndose de este preciado tesoro, investigadores actuales han tratado de reconstruir hasta donde ha sido posible el semblante físico de Jesús. Utilizando medios sofisticados de la informática moderna han llegado a reconstruir con fidelidad el supuesto rostro de Jesús impreso en la Sábana de Turín, que en la madrugada del pasado 12 de Abril de 1997 fue salvada casi milagrosamente de un incendio. Con todas prevenciones que el caso requiere, nada nos impide seguir pensando que posiblemente estemos ante el auténtico rostro de Jesús de Nazaret.

En cuanto a su atuendo podemos representárnosle como era lo normal en un rabino. No iría con la cabeza descubierta, pues ni la costumbre, ni el sol lo permitían. Una túnica talar recogida con un cíngulo cubriría su cuerpo y su aspecto externo sería el que corresponde a un hombre cuidadoso con su persona, tal como lo manifiesta el hecho de que se disgustara porque Simón el fariseo no le lavara los pies y en cambio agradeciera a la Magdalena que le perfumara.

En armonía perfecta con el cuerpo de Jesús estaba también su espíritu.

Disponemos de datos valiosísimos para poder reconstruir su perfil psicológico. La psicología de Jesús, se nos muestra rica y equilibrada. A través de ella queda reflejada la paz y profundidad de su alma. La gran personalidad de Jesús impresionó a unos y a otros, tanto a sus amigos como a sus enemigos. De su interior brotaba y se traslucía una majestuosa sencillez y una serena sensibilidad. Tierno y condescendiente, pero cuando la ocasión lo requiere sabe también ser un hombre de carácter, que no hace concesiones fácilmente. Sabe bien lo que quiere. Tiene convicciones propias y profundas, como corresponde a un hombre, interiormente libre que ha de cumplir su misión con autoridad. Tranquilo y seguro de sí mismo, sabe actuar teniendo en cuenta las circunstancias, afrontando con entereza las dificultades y obstáculos que encuentra en su camino. Podríamos seguir destacando aspectos y rasgos psicológicos positivos, pero aún así no agotaríamos la rica personalidad de Jesucristo. De muchos modos nos dicen los evangelios que la fuerza de su personalidad le venia de su unión con el Padre. Sin esta referencia a Dios sería imposible tratar de comprender su semblanza psicológica.

De forma un tanto literaria, Maurice Poix trata de mostrarnos el perfil psico-físico. Se trata de un hombre singular, que recorrió los caminos de Palestina, tratando con los hombres hasta confundirse con ellos. Fue un hombre robusto, nos dice, capaz de sufrir noches de vigilia y largas jornadas de camino bajo el sol»... Su presencia y su mirar seducen..... Penetra los pensamientos y los corazones de los que le rodean. Conoce el trabajo de los hombres porque lo ha practicado largo tiempo.....Es un artesano lleno de buen sentido y de una viva sensibilidad e imaginación. Comprende a las gentes, guardando en todo un equilibrio magnífico. Con todos es sencillo y acogedor. Hombre del pueblo y gran Señor a la vez.....Guarda una soberana independencia respecto a los que le solicitan. Ni sólo con unos, ni sólo con otros, sino con todos. No se mezcla en negocios, su empresa es mas alta. Nadie le asusta, pero le causan horror los hipócritas y orgullosos. Aunque de gran sensibilidad sabe permanecer insensible ante los halagos y entusiasmos de sus admiradores. Maurice Poix concluye diciendo: este hombre auténtico se llama Jesús.

Yo quisiera añadir que en este nombre de cinco letras se encierra lo mas admirable de la psicología humana. Cuanto más penetramos en la personalidad de Jesús lo sentimos más misteriosamente humano y vivo, como algo que nos pertenece y es nuestro para siempre. Puede decirse con todo fundamento que los tres tipos psicológicos de personalidad humana, la afectiva, la intelectual y la volitiva, se conjugan perfectamente en su persona. Equilibrio afectivo, lucidez de juicio y firmeza, inflexible de voluntad, es lo que constatan los evangelios.

Si esto es lo que cabe decir de Jesús en el plano psicológico, otro tanto podríamos decir en el plano intelectual, en el que, hay que seguir recalcando su carácter excepcional y singular. Él no es un intelectual al estilo académico, porque seguramente su formación no la adquirió frecuentando escuelas. Aún con todo, es poseedor como nadie de amplios y profundos conocimientos, que acabarán acreditándole como el Maestro (con mayúscula).

A Él recurren sus contemporáneos para preguntarle en situaciones comprometidas y Él siempre sabe muy bien en cada caso lo que tiene que decir, sin que le cojan en renuncio alguno. La agudeza de su ingenio se pone de manifiesto en las réplicas a sus adversarios y la profundidad de su pensamiento queda patente en el coloquio mantenido con Nicodemo,

con la Samaritana, o en el discurso de despedida de la Última Cena. Mateo (7, 29) nos dice que la gente estaba admirada de su enseñanza porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas. Dada su portentosa inteligencia Jesús hubiera podido sobresalir en cualquier rama de la ciencia, del saber, o del arte, pero lo suyo era la sabiduría sobre Dios y la religión, que trataba de transmitir de forma sencilla, adaptándose a la psicología y modo de expresión de sus oyentes. Aunque se supone que Él no tenía cursados los estudios oficiales (se supone, digo, porque hay quien sostiene, que Jesús pudo pasar algún tiempo formándose en la Comunidad que tenían constituida los monjes del Qumram en las proximidades del río Jordán, allí donde estaba predicando Juan el Bautista). Sea como fuere, lo cierto es que ya desde el principio aparece como un Rabbí o Maestro, que es como se llamaba respetuosamente a los Doctores de la Ley, y pronto deja de ser un maestro para convertirse en «el Maestro». El único que para justificar lo que dice no apela a Moisés, como hacían los demás doctores, sino que habla en nombre propio con potestad y con autoridad propia. Él mismo acaba definiéndose como la Verdad.

Otra faceta de la humanidad de Jesucristo es la que está representada a través de su dimensión moral. En este sentido Él se nos presenta como el gran Reformador.»Habeis oído que se dijo....pero yo os digo...». La rígida formulación del Decálogo se ve atemperada por el espíritu de la Nueva Ley, puesto bien de manifiesto en las Bienaventuranzas, que han venido a ser como la Carta Magna de los cristianos. El precepto del amor al prójimo estaba incluido en el Decálogo, como bien sabemos, pero el prójimo para los judíos no incluía a los enemigos. La gran novedad del mandato de Jesucristo está en la extensión del amor a todos los hombres sin excepción y en el modo cómo debemos amarle. Él nos lo dice muy claramente. «Amad a vuestros enemigos y amadlos del modo como yo os he amado».

En la nueva Ley del Reino de Dios ya no es suficiente el cumplimiento del Decálogo, sino que lo importante es cumplir la voluntad de Dios, si bien esto no se da sin aquello. Este nuevo estilo de moral que predica Jesús está inserta en lo religioso. De esta forma es como nosotros podemos llegar a saber cómo tenemos que comportarnos.

Con Jesucristo el estilo moral de vida va a estar marcado por las Bienaventuranzas, en cuanto que se constituyen como norma fundamental de la existencia cristiana. El mensaje que nos transmite es atrevido y sublime, de una elevación moral tal como nunca se había conocido.

En este mensaje cabe destacar la proclama solemne, que se hace a favor de los pobres y desgraciados, de los que sufren y los que lloran. A través del mismo se nos invita a todos a tener un alma de pobre, porque esto es lo primordial. Ahora bien, para vivir la bienaventuranza de la pobreza no se pueden dar normas que sirvan para todos, pues no es la cantidad de cosas, o la carencia de las mismas en lo que hay que poner el énfasis, sino que lo importante es el uso que se hace de ellas en libertad interior. Ligeros de equipaje, dispuestos siempre a dejarlo todo por seguir a Cristo. Se puede tener alma de rico también de muchas formas, esto sucede siempre que anteponeamos bienes, gustos personales, amores, consuelos, alegrías etc., a lo divino. Es Jesucristo quien se nos propone como modelo al decirnos: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»

El mensaje moral de Jesús implica exigencias radicales, cósmicas, viene a ser un revulsivo contra nuestra comodidad, nuestra pereza, falta de autenticidad y de compromiso. No se trata de cambiar un mandamiento por otro, lo que Jesús pretende es que los hombres orienten su

comportamiento según el criterio del amor, por ello lo que Él reprochará será confiar más en nuestros propios méritos que en el amor de Dios, pues, no es la ley la que salva sino el amor a Dios y el amor a todos los hombres, que sobrepasa ampliamente a la justicia. Jesús en el Sermón de la Montaña rompe con todo tipo de discriminación, lo que el anuncia es una igualdad que fundamenta la unidad de todos los hombres en el amor, lo que se nos viene a decir es que todos somos hijos del mismo Padre. Lo que se nos enseña es que hemos de confundirnos todos en el mismo Amor. «Llamé a la puerta del Bienamado. ¿Quién es? me preguntó. Soy yo, le dije. Aquí no hay lugar para dos replicó. Me retire al desierto, me llene de amor y volví. ¿Quién es? soy Tú, le dije y me abrió» Estas hermosas palabras de un poema anónimo, lo dicen todo. Jesús representó en su tiempo y sigue representando todavía una crisis del sistema social. No se acomodó a lo que querían los poderosos. El se enfrentó abiertamente a la forma farisaica de interpretar la ley. Los poderosos querían convertir a Dios en su prisionero y es Jesús quien se lo impide. De lo que se trata es de arrebatar a Dios de manos de los manipuladores para dejarle en libertad. Al quedar Dios en libertad, se produce también la liberación del hombre. Esto explica el conflicto con los influyentes y mandamases, este es el motivo por el que al final Jesús se va quedando sólo. El mensaje y la actitud moral de Jesús produjo y sigue produciendo un gran desconcierto; pero nadie podrá poner en duda su sublime grandeza.

Quisiera acabar esta breve reseña en torno al perfil humano de Jesús de Nazaret, hablando un poco de su dimensión espiritual. El evangelio constata el desarrollo armónico de su cuerpo y alma. Lucas (2, 40) nos dice que progresaba en espíritu, crecía en estatura y gracia ante Dios y ante los hombres.

Ante todo Jesús se nos muestra como modelo de santidad. Los que nosotros veneramos como santos, no son más que copias borrosas de ese Modelo Perfecto. Entre los santos encontramos tres tipos diferentes. a) Se da el tipo cerebral que se caracteriza por la santidad de servicio, por la observancia de la ley. Se trata de personas delicadas, sufridas y silenciosas. Por ejemplo S. Juan Berchmans quien pudo decir que se dejaría descuartizar por la más mínima observancia. b) Tipo activo que representa la santidad de conquista. Este tipo de santo llega a la perfección a través de la actividad, su lema sería ganar almas para Cristo. En ellos predominan las virtudes activas. Son valientes, osados, firmes. Como ejemplo podíamos poner a S. Francisco Javier (El Divino impaciente). c) Tipo contemplativo que representa la santidad de afecto. Es comprensivo, humano, dulce, suave. El ejemplo lo tenemos en S. Francisco de Sales. Pues bien Jesús es la síntesis perfecta de estos tres tipos de santidad. Sólo El es la santidad perfecta. Mientras que los demás destacan en algunas de las virtudes Él sobresale en todas.

En Jesucristo se da de modo perfecto la santidad de servicio, siendo riguroso en la observancia, sabiendo distinguir entre lo esencial y lo accidental, hasta realiza un milagro para poder cumplir con el tributo al César. De Él se puede decir «todo lo hizo bien. También es modelo de la santidad de conquista. El celo del Padre le devora y pasa duras jornadas con gran austeridad, sin comer, sin dormir, inmerso en la actividad apostólica. Se enfrenta a sus adversarios y monta en cólera contra los mercaderes del Templo.

Por fin es también modelo de la santidad de los contemplativos. Su unión afectiva con el Padre queda bien expresada a través del término «Abba». solamente en una ocasión, cuando se siente abandonado en la

Cruz, se dirige a Dios con la expresión «Elohim». Él es un contemplativo y como tal, los grandes momentos de su vida están presididos por la oración. Esta actitud suya contemplativa comienza ya en la vida oculta de Nazaret y se prolonga hasta el final de su vida. Su unión con el Padre fue continua en medio de la acción. El Padrenuestro viene a recoger sus enseñanzas sobre la oración y nuestros labios no la pueden pronunciar, si nuestro corazón no está abierto al amor de Dios como Padre. Es del Amor de lo que estaba lleno el espíritu de Jesús. Él es el Maestro bueno que ama a todos, en especial a los que más lo necesitan, al tiempo que se unía al Padre con amor pleno, haciendo en todo su voluntad. Siempre es bueno recordar que existe equivalencia entre la obediencia y el amor, de tal modo que no se puede decir que se ama, si no se acata la voluntad de Dios, expresada en su divina Ley. ¿Qué otra cosa es el amor sino la adhesión religiosa a esa voluntad? Jesús, con toda propiedad, es el Santo, el Justo con mayúscula.

Malamente expresado y a través de torpes palabras, hemos tratado de acercarnos al misterio de la persona de Jesucristo, divinamente humana y humanamente divina, ante quien nadie que le conozca puede quedar indiferente. No debiera extrañarnos que gentes no cristianas, como Gandhi o Tagore, digan de Él cosas preciosas y reconozcan en Él el símbolo del justo. Si aún los no creyentes se muestran orgullosos de Jesús ¿cómo no vamos a estarlo los que nos llamamos cristianos? Con razón se ha dicho que si llegase un día en que sobre la tierra nadie creyese ya en el misterio de la Santísima Trinidad, ni en ningún otro misterio de la fe, Jesús seguiría ahí como modelo para los hombres, siempre vivo, siempre actual, conservando intacto todo su interés para la humanidad entera. En un arranque de sinceridad, André Gide rompe su silencio con estas hermosas palabras que suenan a plegaria: «Yo vuelvo a Ti, Señor Jesús, como al Dios del cual Tú eres forma viva. Estoy cansado de mentir a mi corazón, por todas partes te encuentro cuando creía huir de Ti, divino amigo de mi infancia, sé que no existe nadie más que Tú, capaz de llenar mi corazón exigente. Sólo el demonio en mí, niega que tu enseñanza sea perfecta y que yo pueda renunciar a todo fuera de Ti».

En toda 1a historia de la Humanidad ha existido nadie con la fuerza y la fascinación de Jesús de Nazaret. Lo más grande que a alguien le puede suceder en su vida es encontrarse con Él. Cuando esto sucede todo cambia en la vida y ya nada importa. Todos los que le conocen le quieren para sí y tratan de hacer de Él el mejor argumento de su causa. Devolvednos a Jesucristo, se gritan unos a otros, como si Él fuera el punto de referencia, el centro del universo, pero ¿es que acaso no lo es? Los cristianos seguiremos viendo en Él al Jesús histórico, al Cristo de la fe, Dios y a la vez hombre. Para nosotros es y seguirá siendo el prodigio de los prodigios, la luz y la esperanza que el mundo anda buscando y no acaba de encontrar, el Canino, la Verdad y la Vida que todo hombre necesita. La crisis de civilización en Occidente, empobrecido espiritualmente, está pidiendo urgentemente que se tengan en cuenta esos valores universales y trascendentes que se manifiestan plenamente en Cristo, el gran regalo que los cristianos, podemos hacer a nuestro mundo, es ofrecerle nuestro mejor patrimonio, que no es otro que Jesucristo.

### **Siguiendo las huellas de la presencia física de Jesús**

La Tierra de Promisión que aparece ante los ojos del peregrino lejana y remota se torna cercana y entrañable cuando se piensa que es



también la tierra de Jesús. Ante la imposibilidad de ir rastreando las huellas de su presencia física por todos los santos lugares en los que Él estuvo, hemos de optar por hacer una selección, centrándonos en aquellos que tienen una especial significación. El primero de ellos no podía ser otro que Nazaret (La flor de Galilea) donde tuvo lugar el portentoso misterio del Verbo Encarnado. Algo que sobrepasa toda expectativa humana. Una estrella de mármol con la inscripción «Verbum caro hic factum est» rememora el lugar donde se produjo el más grande acontecimiento de los siglos, ante el cual todo lo sucedido o que esté por suceder en la historia de los hombres tiene sólo un relativo interés. Recuerdo que cuando entré en este sagrado lugar, me quedé durante unos minutos desconcertado repitiendo interiormente: fue aquí, fue aquí, en este mismo lugar que yo ahora puedo abarcar extendiendo mis brazos. Aquí fue donde el Dios inconmensurable a quien tierra y cielos no puede contener, tomó forma humana haciéndose uno con nosotros. Un lugar y una fecha para delimitar al Dios infinito. Era un hecho. Dios entraba en nuestra historia y se convertía en la esperanza de todos los hombres. Lo infinito se entremezclaba con lo finito, el cielo se unía a la tierra, el tiempo se juntaba con la eternidad. Imposible de comprender. Imposible de pensar. La emoción que aquí se siente queda sellada para siempre con un respetuoso y elocuente silencio, porque ante lo inefable el más expresivo lenguaje es el del corazón. La mejor actitud ante el misterio es caer de rodillas y dejarse inundar por él.

El Mesías largamente deseado y esperado era concebido aquí en el seno de una Virgen, con lo que se ponía fin al largo cautiverio de una humanidad caída. Había llegado la plenitud de los tiempos y se iniciaba la etapa de salvación. «Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su hijo nacido de mujer» y esta mujer resultó ser una sencilla doncella, que vivía en una humilde aldea de la baja Galilea, lugar insignificante, en ningún momento nombrado por la Biblia: pues bien en este lugar menospreciado y olvidado se encarnó el Verbo de Dios, en este lugar oscuro se manifestó la gloria divina. Aquí fue donde surgió la luz que habría de iluminar a un mundo sumido en las tinieblas. Aquí se hizo realidad la gran promesa de Dios.

Los evangelios no nos hablan mucho sobre Nazaret, pero el peregrino en este lugar percibe mensajes inéditos que hablan al corazón. Si es verdad como se dice, que Tierra Santa es el quinto evangelio, la gruta de la Anunciación, representa uno de sus capítulos más emotivos y hermosos. En esta humilde gruta ubicada en el interior de la basílica que lleva su nombre, uno ha de sentirse forzosamente cerca de Dios porque nunca Dios estuvo tan cerca de los hombres.

«Alégrate María porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo. Y ¿cómo será si no conozco varón? —El Espíritu santo vendrá sobre ti y la fuerza del altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios—.

**Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra.»**

Era la realización de la promesa mesiánica, que daba satisfacción cumplida a todas las esperas y esperanzas de la Humanidad. De forma sencilla se alcanzaba la plenitud de lo sublime. La esperanza cristiana es así; en su seno anida el rebasamiento que deja siempre cortas las expectativas humanas. La esperanza fuerte, como diría el filósofo Theodor Adorno, no respeta el culto a los límites. Vive fuera de las presiones de la inmanencia. Está habituada a saltar barreras y a empeñarse una y otra

vez frente al Absoluto. Palabras como redención, encarnación, resurrección, nos remiten a este carácter de rebasamiento de la esperanza. Siempre que hemos contemplado atónitos la escena de la anunciación en la gruta de Nazaret, nos sentimos desbordados por la generosidad de nuestro Dios.

Continuando nuestro viaje por tierra de Jesús y de María, nuestra ruta particular de la esperanza señala dirección al Monte de las Bienaventuranzas. Cerca de la gruta de la Anunciación, en el triángulo formado por Nazaret Cafarnaún y Tiberiades es donde está ubicada Tabga. Atravesando este pequeño rincón siempre verde, según dicen los que bien le conocen, y al otro lado de la carretera de Cafarnaún se llega a un rellano, que se extiende por una explanada balconada a la falda de una pequeña colina de unos 200 metros sobre el nivel del mar. Este lugar tiene para mí una especial predilección, a él me fui acercando conteniendo el aliento, como quien se acerca a un lugar sagrado, para mí lo era. Siempre me han seducido las cunas, donde han tenido su origen las grandes corrientes de pensamiento, ahora me encontraba en el lugar preciso, en el que se había producido la más grande revolución ético espiritual de todos los tiempos, una revolución que después de 2000 años sigue siéndolo. En este sitio, alguien se atrevió a decir que la felicidad hay que buscarla por los caminos de la desdicha, la pobreza y el dolor.

Jesús acababa de bajar de la cima del monte en el que había estado orando durante toda la noche y en el rellano se encuentra con una gran muchedumbre. No es difícil imaginarse el escenario y el auditorio. Sobre la hierba de un prado permanentemente verde, se han ido agrupando multitud de gentes venidas de Tiro, Sidón, de Galilea, de Jerusalén de Transjordania. Niños, mujeres cubiertas sus cabezas con pañuelos multicolores, hombres que habían abandonado momentáneamente sus faenas, para poder oír al Maestro o tal vez para acompañar a algún familiar paralítico, tarado, endemoniado, aquejado en fin de cualquier tipo de dolencia, en busca de que la ocasión fuera propicia y apareciera el milagro o al menos algún tipo de alivio para sus males, algo que les permitiera poder volver a sonreír. Jesús se interesa por sus vidas, les escucha, les mira fijamente a los ojos; pero no hay muestras de compasión en su rostro.

Después de un breve silencio comienzan a salir de su boca palabras nunca oídas, que según cuenta Mateo dejaban asombradas a estas gentes y no era para menos. Jesús les está hablando de una nueva forma de vida que no se acomodaba en nada a las formas de pensar de entonces, ni de ningún otro tiempo. Les va descubriendo a estas gentes el nuevo estilo de vida que corresponde al Reino en confrontación abierta con la vigente situación social establecida. Era el mensaje propio de un inconformista, de un rebelde que rompe con las falsas expectativas del mundo, para sustituirlas por un tipo de esperanza liberadora. Jamás se había oído cosa semejante. Es el momento que en el Monte de las Bienaventuranzas se está proclamando una radical transformación interior del hombre, paradójica, descarada, atrevida, inimaginable.

Desde aquel día en el que Jesús llamó dichosos a los desgraciados y desventurados y no a los ricos y poderosos, las cosas cambiaron tan radicalmente en el mundo, que bien pudiera hablarse de un antes y un después. Estas gentes que esperaban oír de boca de Jesús unas palabras de compasión, se encontraron con alguien que les decía que los afortunados no son los que triunfan y los que lo tienen todo, sino los desheredados de la fortuna, los humildes, los que tienen un corazón limpio

donde no cabe la violencia, el odio o la venganza. Según viene a decirnos Martín Descalzo, cuando acabó de hablar se hizo un gran silencio y hubo gente que pensó que esto era un desvarío; pero en muchos corazones de los allí presentes comenzaba a renacer la esperanza, pensando que aún sin ser todavía dichosos podían llegar a serlo. Habían adivinado que las bienaventuranzas en boca de quien les hablaba no eran unas mentiras piadosas, para animar y mantener en pie a los miserables y desdichados. Ni siquiera eran un bálsamo destinado a cicatrizar las heridas abiertas y sangrantes. Tampoco eran las virtudes de los débiles y derrotados, como en su momento llegó a pensar Nietzsche. No, las bienaventuranzas del Reino representan la liberación del hombre a la que solamente pueden llegar los esforzados y valerosos seguidores de Jesús, son la Carta Magna del cristiano, la gran proclama programática del reino de Dios; pero no sólo esto, para mí el Monte de las Bienaventuranzas es el lugar donde pueden ir a buscar esperanza los que carecen de ella. En este lugar es fácil comprender que la causa del oprimido es la causa de Dios. El eco de la voz de Jesús de Nazaret resuena todavía en este lugar, ella es la voz de los que no tienen voz, la esperanza de los que no tienen esperanza. Hacer realidad esta promesa va a ser la gozosa revelación de su evangelio.

En este Monte de las Bienaventuranzas como en el monte Moira, como en el Monte Calvario, se vuelve a hacer presente el rostro del Dios del consuelo, capaz de convertir el fracaso en triunfo. La esperanza que nos ha sido dada, no tiene su fundamento en las certezas y seguridades intramundanas, sino en la confianza divina. Las bienaventuranzas no son flores que adornan el carro de los vencedores, sus promesas van más allá del realismo pragmático al que estamos acostumbrado. Siempre que el hombre ha aceptado la oferta que le hacía el realismo desengañado, ha caído en un tedio y un aburrimiento insoportables. Ahora bien no es cuestión sólo de entender el mensaje que Jesús quiso transmitirnos en el Monte de las Bienaventuranzas, se trata de hacerle operativo, de llevarle a nuestra vida de cristianos, lo cual seguramente no va ser posible sin bajar a la palestra, sin mojarnos. La llamada que se nos hace para poder ilusionar a nuestro mundo, puede que nos exija abandonar nuestros refugios seguros y exponernos a dificultades y riesgos. El mensaje de las bienaventuranzas es de un calado profundo y más adelante habremos de volver sobre este asunto

El peregrino antes de abandonar este sagrado lugar tapizado por el brillante verdor de la esperanza, se siente impulsado a esparcir a bolea sus secretos deseos, que sólo Dios y él conocen, para que fructifiquen en este prado de eterna primavera.

Como fin y meta de nuestra ruta por tierras de Jesús, nos espera Jerusalén, foco magnético, donde se concentran las miradas religiosas de todo el mundo. La ciudad tres veces santa se levanta sobre unas colinas que ascienden de Sur a Norte y de Este a Oeste, tantas veces destruida y otras tantas edificadas, marco de acontecimientos de tanta magnitud que quien la visita, se siente transportado en el tiempo. No bien iniciada su ascensión el peregrino siente que se hacen realidad las palabras del salmista. «Que alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales Jerusalén».

La ciudad de la paz, llena de contrastes y paradojas puede ser vista desde muchas perspectivas, pero para el cristiano es fundamentalmente el escenario de la pasión muerte y resurrección de Jesucristo. Quien desde muy pequeño está familiarizado con la cruz, sabe bien la emoción que se experimenta al imaginar el lugar donde Él murió y resucitó.

Al traspasar las puertas de la basílica del Santo Sepulcro, uno percibe que la atmósfera se espesa y se va haciendo grávida, al tiempo que se siente invadido por un fervor religioso raras veces experimentado. En este lugar, el más santo del mundo, la compasión y gozo se superponen tan rápidamente, como corta es la distancia que separa el lugar de la crucifixión del sepulcro vacío. En un reducido espacio, se puede revivir el drama de los siglos en el que se dan cita lealtades y traiciones, amores y desamores, esperanzas y desesperanzas muerte y resurrección. ¿Qué puedo yo decir ahora que no se haya dicho ya? Sin duda es Jesús quien en toda su existencia alimenta nuestros más profundos anhelos; pero es en el misterio pascual donde esto se pone de manifiesto plenamente. El fracaso aparente que supone la muerte y crucifixión de Cristo vuelve a poner a sus seguidores en situación de poder experimentar la más gozosa alegría; Así es por paradójico y escandaloso que pueda parecer. La cruz es el signo de la esperanza cristiana.

La teología de la esperanza siempre ha ido unida a la teología de la cruz. Decir que en el misterio pascual es donde aflora el sentido último de la esperanza cristiana resulta ser una obviedad. La resurrección no significa sólo el triunfo de Cristo, también significa el triunfo del hombre. La tumba vacía, que el peregrino puede visitar con gran emoción, habla de muchas cosas, pero fundamentalmente nos lanza el mensaje de que la muerte no es el final del hombre, ni que estamos suspendidos en la nada, sino que en Jesucristo resucitado encontramos el fundamento de un futuro escatológico pleno y universal. De esta forma el Crucificado se convierte en el baluarte que apuntala nuestras ansias de vivir en plenitud una eternidad con Dios. Cristo, nuestra esperanza, es también la razón de nuestro optimismo cristiano.

En el momento actual es oportuno hacer notar el naufragio de la cultura occidental por la falta de esperanza. El olvido de toda trascendencia está llevando al hombre de hoy a instalarse en la mera provisionalidad del momento presente, sobreviviendo como puede, en un presente existencial sin ansia de futuro. Este hombre tan autosuficiente, tan realista, tan desengañado, cuando ve que todo lo humano se derrumba a su alrededor siente el vértigo del vacío. Ninguna de las utopías humanas ha servido para nada, sólo la esperanza cristiana sigue siendo fuente de alegría y cuando ella falta lo que queda es un sentimiento de fracaso. La condición limitada del hombre no le permite llegar por sí mismo al estado de plenitud; pero nosotros los cristianos la tenemos asegurada en Jesucristo

### **La revolución espiritual de un rebelde que cambió al mundo**

Tal y como habíamos prometido, volvemos sobre las Bienaventuranzas. Su espíritu nos va a servir de base para hacer una serie de reflexiones que nos acercan a los problemas acuciantes de nuestro tiempo e interpelan a los cristianos a una renovación de vida. Hablar de las Bienaventuranzas es tanto como hablar de la esencia del espíritu cristiano. Bienaventuranza es un derivado del término latino que significa dicha, felicidad. Fácil es comprender que la felicidad ha sido siempre una cuestión de interés general, porque todos los hombres aspiramos a ella. En esto estaríamos universalmente de acuerdo. La diferencia surge a la hora de buscar las rutas que conducen a esta meta. Unos la buscarán por los caminos del mundo y otros la buscarán por los caminos del Reino. Estos caminos no son coincidentes; más aún, podríamos decir que son contrarios, tanto que los bienaventurados del Reino de los Cielos

son los que el mundo considera malaventurados aquí en la tierra. Los elegidos de Dios son los despreciados por el mundo. Por eso el Sermón de la Montaña, sigue representando una gran revolución, después de 2.000 años.

Hoy día el mundo continua identificando felicidad con dinero, placer, poder, o cosas por el estilo. Jesús nos presenta una nueva forma de vida, que supone una crisis del sistema social vigente. Él no se acomoda a las aspiraciones de las gentes de su tiempo. El mensaje que se nos transmite en el Sermón de la Montaña es el de un rebelde que rompe con las falsas expectativas del mundo, sustituyéndolas por otro tipo de esperanzas que liberan al hombre. Jesús fue un inconformista, un rebelde con causa, al que el P. Martín Descalzo deja reflejado en este bello poema: «En aquel tiempo (como en todos los tiempos) los elefantes sagrados de los ricos dominaban el mundo, eran no sólo los más listos y los más guapos, sino hasta los más sanos y dignos de estar vivos. Por eso las azucenas corrían a florecer en sus jardines y el dios de los poderosos (el único que legalmente tenía derecho a existir) estaba inscrito en su partido y se dedicaba a prepararles los más hermosos sillones en el Cielo. Pero entonces vino el Rebelde y dijo: Bienaventurados los pobres. En aquel tiempo (como en todos los tiempos) mandaban los astutos, aquellos que fabricaban la mentira con más hermosos colores; los que vendían sus patrias a Roma; los que desplegaban mejores razones a la hora de sacar una espada. Pero entonces vino el Rebelde y dijo: Bienaventurados los mansos. En aquel tiempo (como en todos los tiempos) las lágrimas no tenían cotización en el mercado y la alegría era más importante que la verdad y una vida satisfecha era la misma sustancia del Cielo. Pero entonces vino el Rebelde y dijo: Bienaventurados los que lloran. En aquel tiempo (como en todos los tiempos) la palabra justicia hacía bonita en los discursos y sólo era delito cuando quien la usaba no era el Presidente y los pobres la esperaban como un antiguo pájaro que dicen que ha existido y que es bueno seguir esperando a condición de que no venga. Pero entonces vino el Rebelde y dijo: Bienaventurados los que siguen teniendo hambre de ella. En aquel tiempo (como en todos los tiempos) el corazón era una fruta que seguramente debe servir para algo, amar era un juego que enseñaban a los hombres de niños, mas del que luego tenían rigurosa obligación de avergonzarse. Pero entonces vino el Rebelde y dijo: Bienaventurados los misericordiosos. En aquel tiempo (como en todos los tiempos) el prestigio de un hombre se medía por el número de conquistas amorosas (aunque no siempre era obligatorio que fueran del sexo contrario) y el que engañaba a mil, valía más que mil y el dinero valía tanto como el número de zancadillas puestas para lograrlo. Pero entonces vino el Rebelde y dijo: Bienaventurados los limpios de corazón. En aquel tiempo (como en todos los tiempos) un hombre subido en el fusil era lo que se dice todo un hombre y los espadachines contaban con armas

Ángel Gutiérrez Sanz

54  
de primera y tenían más derechos a las flores y hasta eran mejores mozos y engendraban más hijos y tenían razón en todo. Pero entonces vino el Rebelde y dijo: Bienaventurados los pacíficos. En aquel tiempo (como en todos los tiempos) el orden era el «summum» y era necesario proteger a los que ya eran felices, para que pudieran seguir siéndolo y los malos eran feos y tenían obligación de elegir entre la cárcel de la miseria y la otra. Pero entonces vino el Rebelde y dijo: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia. Y cuando el Rebelde

terminó de hablar se hizo un minuto (sólo un minuto) de silencio y los ricos, los astutos, los satisfechos, los demagogos, los odiadores, los sucios, los violentos y los custodios del orden se dispusieron a echar azúcar en las palabras del rebelde, mientras los pobres, los mansos, los que lloran, los hambrientos, los misericordiosos, los limpios, los pacíficos y los perseguidos, pensaron simplemente que el rebelde estaba loco». Las Bienaventuranzas que acabamos de glosar con este poema representan un programa de salvación para todos los hombres, religiosos o laicos. Es el camino que tienen que recorrer los que quieren ser seguidores de Jesucristo y todos estamos llamados a serlo. Las Bienaventuranzas no representan sólo un consuelo para los desdichados, no fueron pronunciadas para aliviar las penas de los desgraciados. No son promesas vanas para animar y mantener en pie a los miserables y hacerles más soportable su desgracia, sino que en ellas se esconde el secreto para que todos los hombres puedan encontrar la paz y la felicidad de espíritu que desesperadamente buscan; algo que el mundo materializado, ávido de placer y de dinero, no podrá nunca comprender. Los sabios de este mundo nos han llenado los oídos de falsas felicidades y libertades y no aciertan a comprender que la verdadera liberación del hombre se encuentra en el mensaje que encierran las Bienaventuranzas. Se equivocan quienes piensan que las Bienaventuranzas son las virtudes de los derrotados, de los alienados y los fracasados; muy por el contrario ellas son las virtudes de los valerosos y esforzados, capaces de dejarlo y soportarlo todo por Cristo, en donde se encuentra la auténtica liberación humana.

### **Los elegidos de Jesucristo**

Dichosos vosotros los pobres malaventurados del mudo, porque sois los elegidos de Dios. No es extraño que en el Evangelio se nos diga que la muchedumbre se quedaba atónita de sus doctrinas. «Bienaventurados, vosotros, los pobres, dice Jesús porque vuestro es el Reino de los Cielos» Es la Bienaventuranza de la pobreza, en donde se nos pide vaciarnos de los bienes mundanos para podernos llenar de las riquezas de Dios. Todos recordamos la escena en la que se le acercó a Jesús un joven que le preguntó: Maestro, ¿qué tengo que hacer para ganar la Vida Eterna? He guardado todos los Mandamientos ¿qué me falta?... Todos conocemos también el final de esta historia. Sin duda que la pobreza material es un buen camino; pero lo que verdaderamente importa es la pobreza interior, por ello San Mateo en la formulación de esta Bienaventuranza introduce un término que es esencial. Él habla de los pobres de espíritu, como si quisiera decirnos que en lo que tenemos que fijarnos no es en lo exterior, sino más bien en lo interior; que no es tanto el tener o no tener, el tener mucho o el tener poco, sino que lo que verdaderamente importa es el no estar sujeto ni atado a nada. Lo que nos convierte en hijos de Dios es el tener un alma de pobre. De poco ha de servirnos el no tener bienes, ni riquezas, si nuestro corazón de alguna manera las necesita y las busca, viviendo para ellas. De poco servirá carecer de todo, si con ello me siento desgraciado. El pobre es bienaventurado porque al no estar atado por nada, nada le va a impedir ir a la búsqueda de Dios y seguro que quien busca a Dios desinteresadamente acabará encontrándole. Si la riqueza es mala, lo es porque puede distraernos y alejarnos de Dios. Según el Evangelio esta riqueza puede presentarse de muchas maneras, puede estar representada por los bienes materiales y el dinero, por supuesto; pero también se

puede ser rico de otras formas: ser rico en honores, en juventud, en simpatía, en prestigio, seguridades, en prendas físicas, psíquicas y humanas y todas estas cosas, si estamos apegados a ellas, pueden apartarnos de Dios. La pobreza hace que nos sintamos indigentes y desvalidos para así poder entregarnos a Dios y abandonarnos confiadamente en su regazo. El verdadero pobre de espíritu es el que ha llegado al convencimiento de que él nada tiene y que ha de andar pordioseando porque todo ha venido de lo alto. No es nada fácil llegar a ser ese pobre de espíritu, merecedor de la bendición de Dios. No es nada fácil sobre todo para los que vivimos en el mundo, poseyendo en exceso cosas, bienes y cuentas corrientes a nuestro nombre, sin acordarnos de los que nada tienen, aunque nos consolemos pensando que hay que ser previsores, por si acaso, al igual que las vírgenes (aquellas del aceite), la verdad es que las mejores condiciones de la pobreza de espíritu, se dan, cuando van acompañada de la pobreza efectiva. Quiero decir que es más fácil ser pobre de espíritu, cuando no se tiene nada y se siente la necesidad de Dios. Pobres de espíritu somos cuando hemos llegado al convencimiento de que nada es nuestro, que todo es de Dios y que es en Él y sólo en Él podemos encontrar todo lo que necesitamos. Pobres de espíritu llegamos a ser cuando nos sentimos orgullosos de ser pordioseros a lo divino.

Junto a los pobres de espíritu están los que tienen hambre y sed de justicia, así como los que son perseguidos por causa de Jesucristo. La justicia es una virtud que dispone a dar a cada cual lo que le pertenece, a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Hay muchas cosas que les son debidas a las personas, pero mucho más es lo que debemos a Dios, de aquí que la justicia tenga que ver con la santidad. Ella es la que nos justifica a los ojos de Dios. A quien cumple con sus obligaciones para con Dios y con los hombres el Libro Sagrado le llama justo, de modo que el varón justo viene a ser equivalente a santo. Aspirar a la justicia es aspirar a la santidad. Los que tienen verdadera hambre y sed de justicia no se conforman con ser ellos justos, piden que los demás lo sean también; trabajan para que el derecho de los demás sea respetado; se esfuerzan por redimir de su esclavitud al oprimido. No son de aquellos que eligen la postura cómoda del conformista, que contemporizan con todos y con todo y no se comprometen con nada ni con nadie.

Si miramos lo que sucede en nuestra sociedad veremos cómo son atropellados los derechos de los hombres y los derechos de Dios, en tanto que unos y otros callamos y a nuestro cobarde silencio le llamamos prudencia. Hacen falta muchos testimonios de justicia, hacen falta muchas Teresas de Calcuta que entreguen su vida por todos los que sufren la injusticia de los hombres. El injusto reparto de las riquezas ha hecho que dos tercios de la población mundial pasen necesidad; de que muchos miles de hombres, mujeres y niños mueran diariamente de hambre cuando en otras partes se derrocha. Sería relativamente fácil poder salvar estas vidas, si nos lo propusiéramos, no de forma violenta, por supuesto. Jesús no fue ningún político, ni tampoco un guerrillero libertador; lo suyo no fue sólo una denuncia a las estructuras sociales, sino un compromiso religioso; por eso el compromiso de un cristiano no se refiere sólo a la liberación material, sino también y sobre todo a la liberación espiritual. Clamamos justicia para los oprimidos, para los inocentes, para los niños condenados a morir antes de nacer. Justicia y respeto también para los derechos de Dios.

Hay muchos pueblos que se rigen por constituciones ateas, que no

reconocen las leyes y mandatos divinos, que no proclaman a Dios como el supremo legislador y esto también es una injusticia y los cristianos callamos, incluso hemos llegado a ver esto como normal, poco hacemos para impedirlo y a veces hasta lo hemos favorecido con nuestros votos. Da que sospechar que en una sociedad injusta y olvidada de Dios, los cristianos disfrutemos de tanta paz y bonanza ¿a que precio?. Somos tan corteses y tolerantes con todos y con todo, que ello nos impide comprometernos con nada, pero es Cristo quien nos dice: «Buscad el Reino de Dios y su justicia y las demás cosas se os darán por añadidura». Los cristianos no hemos ofrecido la resistencia contundente que de nosotros cabía esperar ante leyes inicuas contrarias a la voluntad de Dios, no somos perseguidos a causa de la justicia; porque a veces somos demasiado condescendientes y nos hemos acostumbrado a contemporizar. Vivimos como todos. Somos conformistas como todos. Como todos preferimos la seguridad y tranquilidad al riesgo. No queremos correr peligro alguno. No tenemos madera ni de héroes, ni de mártires, ni siquiera nos atrevemos a ser criticados o mal vistos, rechazados o despreciados por defender la justicia de Dios. Jesús en muchas ocasiones tiene palabras de complacencia para los sencillos como los niños, que tienen un puesto reservado en el corazón de Dios. ¿Quiénes son ellos?....Son los humildes y mansos, los de intenciones puras y corazón limpio de donde brotan afectuosos sentimientos; los que están poseídos por el amor de Dios y de los hombres; los que han hecho de este Amor la razón de su vida. A este tipo de personas se les reconoce nada más tratar con ellos, porque dejan un sabor de dulzura, de paz y de calma interior por donde quiera que van. No es difícil reconocer a los seguidores de Cristo: humildes, mansos, misericordiosos, de sentimientos puros y nobles; los que siempre perdonan; los que disfrutan haciendo el bien a los demás; los que van presentando la otra mejilla; los que aguantan pacientemente a quien se acerca a descargar sus penas. Ellos en su paz interior son bienaventurados y hacen felices también a quienes les tratan. Los mansos, los misericordiosos y pacíficos son también los humildes. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, la humildad ha ido asociada a la mansedumbre, lo cual ha inducido a muchos exégetas a considerarlos como términos sinónimos. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón», nos dice Jesús. «Humildad para con Dios, gran dulzura para con el prójimo» nos dice San Francisco de Sales, el Gran Doctor del Amor.

Los grandes maestros del espíritu se muestran de acuerdo en que la humildad es el fundamento del progreso espiritual, en que ella es la base de la vida cristiana. Santa Teresa decía que «humildad es andar en verdad». Bien mirado no es otra cosa que el reconocimiento de nuestra condición de indigentes, que nos lleva a apoyarnos en Dios, porque somos conscientes de que lo que necesitamos es de su misericordia, por eso dice San Pablo: «Me complaceré en mis flaquezas, porque cuando soy débil entonces soy fuerte». Comenzamos a ser fuertes cuando nos damos cuenta que el auxilio nos viene del Señor. La humildad no es una virtud que se desarrolle a base de hablar mucho sobre ella y diciendo lo importante que es en la vida espiritual, sino aprendiendo a soportar las humillaciones, desprecios y las desconsideraciones que sufrimos. Aprendemos a ser humildes constatando nuestros fallos, defectos y limitaciones; aceptando nuestra fragilidad e impotencia; reconociendo nuestras miserias y en la medida que vamos creciendo en humildad se va robusteciendo también nuestra vida espiritual. La humildad va haciendo que nos despojemos de nuestro amor propio, para perdernos en



el amor a los demás y en el amor a Dios.

El problema de la vida del cristiano no es tanto tratar de comprender a Dios, por otra parte algo imposible, sino de amarle, haciendo de Él la recompensa y el gozo de nuestro corazón. Mansos, misericordiosos, pacientes, los de corazón limpio y sentimientos puros y nobles, son los que están poseídos por la caridad, que San Pablo ha sabido precisar con tanto acierto. Los mansos y misericordiosos son los que piensan en los demás. No quieren la felicidad en solitario; quieren compartirla con los otros. En las Bienaventuranzas está latente el mensaje de que todos los hombres deben ser uno en el Amor; de que deben olvidarse del «yo» y pensar en el «tú».

Un lugar privilegiado del corazón de Dios lo ocupan también los que sufren. «Bienaventurados los que lloran porque ellos reirán». Jesús promete su consuelo a los que tienen el corazón partido por el dolor y el sufrimiento. Motivos de esperanza no debieran faltar a quienes humanamente viven desesperados.

Cuando nacemos, no sabemos cuáles van a ser las causas de nuestros sufrimientos, lo que sí sabemos seguro es que el sufrir va a ir asociado a nuestra vida. El hombre es sufrimiento, de ello podemos estar seguros. La vida nos golpea en los momentos más inesperados. Pérdidas irreparables, traiciones de quienes creíamos más fieles, sufrimientos físicos, psíquicos, miedos, enfermedades; la lista sería larga. El dolor en nuestra vida es una realidad con la que hay que contar de antemano y si el hombre no llega a encontrarle algún sentido, todo lo que es triunfo se convertirá en fracaso. Lo más terrible del dolor no es el sufrimiento en sí, es pensar que no sirve para nada, que no tiene sentido.

¿Qué sabe el que no sabe sufrir?, se pregunta San Juan de la Cruz. Los latigazos que a veces nos propina la vida, ya pueden soportarse con eterna esperanza después de haber escuchado al Jesús de las Bienaventuranzas.

Por eso los santos en el tormento de la Cruz encontraron un gozo inefable, que el espíritu mundano nunca podrá comprender. Para los santos, como es el caso de Santa Teresa y de tantos otros, llega el momento en el que padecer es dulce. La Cruz se les hace suave, no por ser cruz, sino por poderla compartir con Cristo. Donde hay amor no hay dolor. Esta es la clave que nos permite comprender en todo su significado las palabras de Teresa de Jesús cuando decía «o padecer o morir».

El cristiano puede encontrar sentido a su dolor pensando, no sólo que sufriendo está cumpliendo la voluntad de Dios, sino que está siendo incluso especialmente favorecido por Él. La mística del gozo cristiano va íntimamente unida a la mística del sufrimiento. «El que no toma su cruz y me sigue, dice Jesús, no puede ser mi discípulo». A todos los que hemos vivido familiarizados con Cristo clavado en una cruz, nos es fácil comprender que tener vocación de cristiano es tener vocación de crucificado. Un cristianismo sin cruz, al que se le despoja de todo sufrimiento y se le deja sólo con lo festivo y lo triunfal, es cuando menos sospechoso, de inmadurez. El dolor de que hablamos no es la expresión de un dolorismo fatalista y desesperado, que valora el dolor por el dolor, sino de un dolor que se fecunda en un suelo de esperanzas. Los cristianos sabemos también que el dolor purifica, que acrisola, que curte. El sufrir pasa, pero el haber sufrido permanece, dejándonos un poso de madurez humana y cristiana.

Por las experiencias de los Santos comprendemos cómo la elevación espiritual a la que llegan, difícilmente pudieran haberla alcanzado sin haber pasado por crisis terribles de sufrimientos. Incluso los que no

somos santos tendremos que reconocer que es el dolor el que despierta nuestras conciencias dormidas y que ha sido la Teología de la Cruz la que en ocasiones nos ha puesto en el camino de la salud del alma. En el Kempis se puede leer, cuando llegares a tanto que la aflicción te sea dulce, piensa que estás siendo ya bienaventurado en la Tierra. Cuando te parece grave el padecer y no te es grato el sufrir por Cristo, piensa que es mucho todavía el camino que te falta por recorrer.

Al sufrimiento cristiano se le encuentra sentido también ofreciéndole como oblación por los demás. La compasión con Cristo es también compasión con los hermanos. El dolor de los inocentes, humanamente injusto, humanamente absurdo, adquiere una nueva perspectiva cuando contemplamos a Cristo inocente padeciendo para redimir al mundo.

En el rostro de todos los que sin culpa sufren por causa de los demás, podemos ver el rostro de Cristo doliente, que nos dice que el sufrimiento de los inocentes es el que salva al mundo.

Sabemos que podemos sufrir con gozosa y resignada serenidad, no por la complacencia morbosa del masoquista, sino con la resignada aceptación de quien se abandona en lo largos y amorosos brazos de Dios, nuestro Padre. No se trata de hacer de la vida cristiana una vida de sufrimientos y convertir los dolores en fetiches, hasta llegar a pensar que lo que más vale es lo que más nos molesta y mortifica, porque ello no es así. No es la dificultad, sino la caridad la que da el valor a nuestras acciones, de modo que si la caridad fuera tan completa, como dice Santo Tomás, que suprimiese todas las dificultades, entonces nuestras acciones serían más meritorias. Aún con todo a lo que el cristiano está llamado, no es a la tristeza sino a la alegría y si son bienaventurados los que lloran es porque un día reirán.

Cuesta trabajo aceptar que el Reino de Cristo sea el de los pobres, de los perseguidos, de los humildes, de los que sufren. Es la lógica de Dios contrapuesta a la lógica de los hombres. Pero así es. Las palabras de Cristo son tan claras que no se prestan a ninguna interpretación. Son a la vez tan elevados que nos colocan por encima de nuestra condición humana. Las Bienaventuranzas es un mensaje sublime para todos los cristianos, un acicate permanente. Son las exigencias del Reino, para los que estamos en el mundo, venciendo las mil dificultades que se nos presentan.

### **La gloria de Dios manifestada en Cristo Rey**

Sigue siendo verdad que Cristo es Rey del Universo entero, que su potestad está por encima de todos los hombres, sobre todos los pueblos, naciones e instituciones. Su poder no está en la fuerza material, sino espiritual, su misión no está en llevar a cabo una revolución para el bienestar material, sino en el restablecimiento de la Verdad tanto en el orden Natural como Sobrenatural, su potestad sobre los pueblos, naciones y gobernantes no le viene dada por voluntad de los hombres, sino por la voluntad de Dios. Ciertamente su realeza no es de este mundo; pero sí se proyecta sobre este mundo «Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra».

Es la ocasión de recordar las palabras de Pio XI en la encíclica «Quas Primas», que gozan de total vigencia en este momento histórico que nos está tocando vivir. «Si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio eficazísimo a la peste que hoy infecciona a la humana sociedad. Juzgamos

peste de nuestros tiempos al llamado laicismo con sus errores y abominables intentos...» Estas palabras pronunciadas hace más de medio siglo están hoy en plena vigencia y responden perfectamente a las necesidades del momento. El laicismo no es cosa del pasado, es uno de los problemas más graves con que hoy nos enfrentamos los cristianos. Nuestro silencio, nuestra pasividad e inoperancia están envalentonando a políticos, escritores, periodistas anticristianos y en general a todos aquellos, que son muchos, que se oponen a su Reinado. ¿Si nosotros, que nos llamamos cristianos, callamos, quien va a hablar? Quizás hoy como nunca los cristianos debiéramos sentir la necesidad de unirnos para militar juntos bajo la bandera de Cristo Rey, para hacer valer los derechos de Dios, que hoy en muchos pueblos y naciones se le están negando.

Es necesario recordar a nuestro mundo que, Jesucristo sigue siendo rey universal de todo y de todos: Su potestad se extiende a los reyes, a las naciones, a los pueblos, a los gobernantes a las constituciones que rigen los pueblos, a todo; aunque de esto hoy no se habla apenas ¿Por qué hemos de silenciarlo? ¿Por qué no gritarlo en los foros, en los parlamento, en las calles y plazas? ¿por qué hemos dejado de proclamarlo incluso en las iglesias? ¿Por qué? ¿No será por cobardía? ¿No será que nos hemos dejado influir de esa falsa prudencia expresada a través de lo políticamente correcto?

No sólo Pio XI También León XIII nos dejó bellas páginas en sus encíclicas dignas de ser recordadas, sobre todo en la Inmortal Dei, considerada como la Carta Magna del Estado Cristiano, donde después de haber establecido cuidadosamente la separación entre el poder civil y el eclesiástico, con sus competencias propias para ser ejercidas de forma autónoma e independiente, el Papa postula la coordinación y colaboración de ambos, como partes de un mismo todo querido por Dios, en clara alusión a la Cristiandad. «...Hubo un tiempo, se nos dice, en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. En aquella época la eficacia propia de la sabiduría cristiana y su virtud divina habían penetrado en las leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad.» (Immortale Dei). Son imprescindibles documentos políticos como estos, teniendo en cuenta la desorientación e ignorancia reinante entre los católicos sobre estos asuntos. Hoy existen cuestiones políticas sin resolver o resueltas sólo a medias, porque faltan criterios claros y unánimes. ¿tienen claro los políticos católicos de donde proviene la legitimidad de toda autoridad? ¿Son conscientes de que por encima de la mayoría parlamentaria está la Ley Natural que obliga tanto a creyentes como a no creyentes? ¿Saben que la Ley Natural es expresión de la voluntad divina y que cuando se prescinde de ella ya sólo cabe el relativismo totalitario? ¿Saben que toda actividad humana en la que está incluida la actividad política cae bajo el imperio divino? ¿Saben los católicos que una constitución atea lesiona los derechos de Dios?

De esta falta de formación político-religiosa se está derivando consecuencias funestas. Así podemos ver a hombres y mujeres católicos metidos a políticos que actúan sin principios, ni ideología alguna, movidos sólo por criterios prácticos de rentabilidad política, sometiéndolo todo a los resultados electorales, porque para ellos la política es sinónimo de eficacia nada más, entienden que una cosa es la vida privada de cada cual y otra la vida pública y que la cuestión religiosa pertenece aquella esfera y no a ésta. Naturalmente mientras esto sea así, al cristianismo le van a quedar pocas opciones de cambiar la sociedad, de velar por la familia, de ennoblecer la política, de encauzar la educación; toda la ventaja

va a ser para el laicismo beligerante que éste sí que tiene ideología y sabe lo que quiere y cómo conseguirlo.

## **EL CRISTIANISMO ES HUMANISMO**

### **El Cristianismo nunca ha dejado de ser un humanismo ilustrado**

Hace tiempo que Augusto Comte pronunciara aquella famosa sentencia de que «sólo el método científico nos proporciona la verdad del mundo»; sobre esta base de rancio sabor positivista se ha ido construyendo una cosmovisión materialista, ajustada a las aspiraciones inmanentistas en pugna con toda visión trascendente de la vida, de donde arranca un laicismo miope que no deja de arremeter contra la religión, propugnando que la racionalidad lo es todo y la fe ya no tiene cabida en nuestro mundo. El sentimiento religioso, para el laicismo, no pasa de ser la expresión anacrónica de un conocimiento precientífico, que nos retrotrae a sociedades primitivas, un subproducto de culturas poco desarrolladas que no resiste ya por más tiempo las críticas de la razón y que se aleja de las exigencias de un mundo supercivilizado. Yo he podido asistir a algún discurso laicista en el que se presentaba a la fe religiosa como una antigualla, una especie de falacia para ingenuos, equiparable al mito, pura fantasía que ya no tiene cabida en un mundo tecnificado y cienticista. Es como si la religión fuera una rémora para el progreso. ¿Será esto verdad?

A través del pasado lo que podemos constatar es que dentro del cristianismo fe y razón han caminado siempre juntas. Desde tiempos de S. Agustín, los teólogos se han venido manteniendo fieles a la consigna «credo ut intellegam, intellego ut credam» (Creo para que pueda entender, entiendo para que pueda creer) o aquella otra que se viene repitiendo desde S. Anselmo »Fides quaerens intellectum» (la fe queda iluminada por la inteligencia). En el seno del catolicismo nunca han caminado por separado la razón y la fe, sencillamente porque Dios es autor de ambas y no va a contradecirse así mismo. Este es un hecho histórico irrefutable, como lo es también que la fe católica ha tenido en gran aprecio a la razón y la ciencia.

En general nuestra rica y exuberante cultura europea ha tenido como nodriza al cristianismo. Hechos como el de Galileo y otros errores puntuales cometidos en el entorno del cristianismo, están siendo utilizados hábilmente, pero ello no debiera ser motivo suficiente para ensombrecer la ingente labor llevada a cabo por el pensamiento cristianismo a favor de la cultura, si tuviéramos que poner en un platillo todas sus aportaciones positivas y en el otro las negativas, está claro de que lado se inclinaría balanza. Como ya se ha dicho, poco quedaría de nuestra cultura occidental, si la desvinculáramos de sus raíces religiosas y cristianas

Sin duda el catolicismo ha sido y sigue siendo una religión ilustrada que actualmente está siendo avalada por los avances de la ciencia. Ciertamente el catolicismo, no es retrógrado sino que está, como no podía ser de otra forma, a favor del progreso, el desarrollo y los avances científicos; a lo que sí se opone, entiéndase bien, es al mal uso que de los nuevos técnicas e inventos puedan hacerse, pues no todo lo que está al alcance de la ciencia y la técnica es lícito. Tampoco es identificable progreso y laicismo, pues no siempre ambos van en la misma dirección. Está por demostrar que los no creyentes sean más cultos que los creyentes. Lo que si parece suficientemente demostrado es que los libre pensadores de siempre, entienden la libertad de pensamiento de forma bastante

restringida. En su versión más radicalizada profesan el pensamiento único, alimentado por una razón laica excluyente que tratan de imponer a los demás, con la excusa de ponerles a salvo de la indocumentación y la ignorancia. Su culto a la razón les acerca al fanatismo. El primero en mostrarse autocrítico con actitudes tan radicalizadas ha sido Habermas, quien al igual que lo hiciera en su tiempo Ortega y Gasset ven en ello un claro signo de totalitarismo. Y es que la razón humana tiene sus límites que es preciso reconocer. La vida humana está llena de misterios impenetrables para el humano conocimiento. Existe lo sublime, lo inefable, lo supra- racional, existe el mundo religioso que como bien decía Wittgenstein sólo es expresable con un lenguaje místico. ¿Por qué la cultura ha de quedar circunscrita simplemente al conocimiento científico cuantificable, experimentalmente, verificable?; cultura es también todo lo que corresponde al amplio complejo de manifestaciones humanas entre las que se encuentra el sentimiento religioso. No verlo así supondría desvirtuar el significado profundo de la cultura o de la religión.

Es verdad que la fe religiosa por ser la expresión del misterio sagrado alberga en su seno la paradoja y el escándalo. En todos los tiempos la religiosidad ha estado condenada a medirse con la cultura de su tiempo; a veces ello ha sido fácil, en otras no tanto. En nuestro tiempo ello resulta especialmente complicado, a pesar de todo, la Iglesia no tiene ningún complejo en entablar dialogo con la cultura laica como lo demuestra el hecho acaecido el 19 de Enero del 2004 fecha en que dos gigantes del pensamiento el Cardenal Joseph Ratzinger, posteriormente Benedicto XVI— y el filósofo de Jürgen Habermas, protagonizaban un histórico encuentro en la Academia, Católica de Munich, para debatir sobre temas actuales de nuestro tiempo. Nadie convenció a nadie, es verdad; Benedicto XVI permaneció firme en sus convicciones y el filósofo de la Escuela de Frankfurt en las suyas, como él dice, «sin oído para la Religión» aún así el hecho de haber podido disentir libremente en una atmósfera de cordialidad, demuestra a las claras que, la Iglesia está capacitada para mantenerse a flote en los procelosos mares de una cultura tan secularizada como la nuestra

### **El humanismo cristiano abierto a la esperanza**

El humanismo sin Dios aspira a sustituir al humanismo religioso. Desde hace tiempo un secularismo sectario nos invade por todas las partes con un mensaje nada conciliador. La religión tiene que desaparecer del ámbito público y quedar relegada a la sacristía, como si se tratara de una amenaza para la sociedad. Su voz debe ser silenciada, sus manifestaciones públicas prohibidas, sus signos y símbolos retirados de los lugares públicos, si algún derecho tiene a existir sería única y exclusivamente en el ámbito estrictamente privado ¿Por qué?... pues porque un Estado debe ser laico y esto es interpretado como ausencia de religión. Estamos cansado de oír decir por ahí que para ser libre no hay que creer en nada... Falacias y más falacias. «¿Qué se va a poner donde estaba el tradicional Cristo agonizante? Se preguntaba Unamuno ¿Una hoz y un martillo? ¿Un compás y una escuadra? O ¿qué otro emblema confesional? Porque hay que decirlo claro, y de ello tendremos que ocuparnos: la campaña es de origen confesional. Claro que de confesión anticatólica y anticristiana. Porque lo de la neutralidad es una engañifa». Lo decía Unamuno y también Benedicto XVI «El laicismo ha dejado de

constituir un elemento de neutralidad capaz de abrir espacios de libertad para todos». El laicista, cuando habla de religión, no le da igual una cosa u otra, claro que no, puesto que se muestra abiertamente en contra de ella y esto no es neutralidad.

El laicismo no es neutral cuando trata de excluir al creyente de la vida pública y trata de relegarle a la sacristía. No es neutral cuando se comporta como lo viene haciendo el Parlamento Europeo, acusando tendenciosamente a unos y exculpando a otros o el Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo al prohibir la presencia de crucifijos en las escuelas. No se es neutral cuando al creyente se le coarta y restringe sus derechos y libertades. No se es neutral cuando a través de los medios de comunicación se manipulan las noticias, aireando lo que perjudica y silenciando lo que favorece a la Iglesia. El presunto neutralismo laicista, no es tal, ni nunca lo ha sido. En realidad, los hombres y las mujeres, necesitan creer en algo, lo que sea. Sucede que hay una confesionalidad sin Dios; pero al fin y al cabo confesionalidad y los dogmas religiosos de los que se prescindir, acaban siendo sustituidos por otros. La aconfesionalidad ligada a la inocencia política, en la práctica, no existe, lo que sucede en realidad es que el celo laicista por hacer olvidar a Dios, es bastante más intolerante que el celo del creyente por hacerle presente.

Hemos afrontado al tercer milenio con grandes incertidumbres. A estas alturas hay quien se dispone a vivir una época definitivamente posreligiosa, mientras que otros aseguran que el futuro de la humanidad será religioso o no será. De lo que no hay duda es de que tanto creyentes como no creyentes tendrán que hacer frente a un mismo destino, porque pertenecen a la misma familia humana, comparten los mismos miedos, se sienten agitados por las mismas ansias de felicidad. Todos se ven en la necesidad de tener que admitir que la muerte es parte de la vida. Sobre unos y otros gravita el mismo interrogante, no exento de dramatismo: ¿Qué nos queda después de haber vivido? La immanencia o la trascendencia son las dos posibles respuestas a esta pregunta, hay que elegir entre el más acá o el más allá, entre la nada o la infinitud, dos abismos sin fondo ambos estremecedores y es aquí donde los caminos de unos y de otros se separan.

Hubo un tiempo en que la gente estaba preocupados por el futuro, hoy no, hoy se vive con intensidad el presente. Los hombres y mujeres de hoy quieren ser felices aquí abajo, siguiendo la consigna de Nietzsche. «Os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no deis crédito a los que os hablan de fe en esperanzas sobrenaturales». El actual laicismo ha sabido traducir bien este mensaje nietzschiano en un slogan publicitario que colgado de los autobuses ha deambulando por acá y por allá haciéndose visible en plazas y calles de nuestras ciudades y que reza así: «PROBABLEMENTE DIOS NO EXISTE. DEJA DE PREOCUPARTE Y DISFRUTA DE LA VIDA». Se trata de una llamada dirigida a las personas. Se nos invita a comer de todos los frutos prohibidos de un huerto que ya no tiene dueño. La estrategia laicista se pone así de manifiesto; no se pretende ya sólo expulsar a Dios de la sociedad y del estado, también de las familias y de las conciencias. ¿Por qué así? Sencillamente porque Dios es considerado el enemigo de la vida y de todo lo humano; se piensa que mientras Él esté presente, los hombres no podrán nunca ser felices y libres. La afirmación del hombre conlleva la negación de Dios, en consecuencia para poder disfrutar de la vida, previamente hemos de liberarnos de unos mandatos y preceptos divinos opresivos que la religión se ha encargado de imponer

a las conciencias. La última razón en la que el laicismo se fundamenta para combatir a la moral religiosa, es que mata los impulsos vitales; pero habría que preguntarse; una vez removido Dios del horizonte moral ¿qué queda ya? no más que el vacío, así lo reconocen los mismos ateos.

Se comenzó pensando que una humanidad huérfana de Dios ensalzaría al hombre, le haría dueño de su propio destino; pero la experiencia nos ha ido demostrando que una humanidad sin Dios ni es más grande, ni es más libre, ni es más feliz. Del desencanto hemos ido pasando a la indignación, de la indignación a la resignación después de haber constatado que el estado del bienestar no lo es todo, aparte de resultar frágil y huidizo como la propia vida y es aquí donde ahora nos encontramos.

¿Cómo habrá de ser el humanismo para siglo xxi? A nivel mundial se perciben signos que apuntan en la dirección de una religiosidad renovada capaz de devolver a los hombres y mujeres esa esperanza abierta a la trascendencia que tanto necesita. Se presiente que el cristianismo volverá ser en Occidente lo que nunca debió de dejar de ser. Creo sinceramente que el hombre moderno tarde o temprano volverá sus ojos al humanismo cristiano, porque en él es donde podrá encontrar la razón última para seguir viviendo. Sólo Dios puede ser la última respuesta a un mundo como el nuestro que se está quedando sin horizonte.

### **Por un humanismo solidario con los más necesitados**

Los retos de nuestro tiempo son muchos y de mucho calado, pero los más importantes son los que hacen referencia directa al hombre; por ello necesariamente hemos de situarnos en la esfera de lo humano. El hombre ha evolucionado mucho y muy rápidamente en el campo de la técnica durante los últimos años; pero no ha seguido este ritmo en su desarrollo moral y humano y esto es lo más preocupante.

¿Qué nos traerá este siglo que acabamos de comenzar? Nos preguntamos y la respuesta pudiera ser ésta. Nos traerá lo que el hombre quiera que nos traiga. Las mayores amenazas proviene del propio hombre y nuestras grandes esperanzas también de él proceden. Dios ha querido que fuera así, al hacernos libres, al encargarnos el gobierno de nuestro mundo, al dejarnos un mundo por hacer, para que nosotros lo completemos.

El hombre, si no quiere equivocarse, ha de comenzar a pensar en los demás, ha de comenzar a trabajar por un mundo más humanizado en el que quepan todos los hombres, sin distinción de razas o culturas sin distinción de sexo o edades. Frente a los grandes problemas que hoy acucian a la humanidad, es urgente poner en práctica los valores morales que acaben haciéndonos a todos más humanos.

Frente al fenómeno cada vez más extendido de la migración, hemos de armarnos con el valor moral de la hospitalidad, hemos de aprender a abrir nuestro corazón al extranjero y prestarle la ayuda que necesite, allí donde se encuentre y si puede ser, ayudando al desarrollo de su propio país en todos los órdenes, nos apremia también aprender a convivir en paz y armonía con quien tenemos cerca, no viendo en él a un extraño, sino a un hermano.

Frente al pluralismo étnico y cultural hemos de equiparnos con grandes dosis de tolerancia, que nos haga comprender que el respeto y el diálogo es la mejor forma de entendernos y así llegar a esa suprema sabiduría de que todos necesitamos de los demás.

Frente a una legión cada vez más numerosa de viejos, que viven sus últimos días en el olvido y mueren en la soledad, nuestro mundo ha de

recurrir a la generosidad para dar algo de calor humano a quienes un día lo dieron todo por los demás. Los viejos necesitan un espacio seguro en nuestro mundo, necesitan saber que se les quiere y se les respeta. Frente a un mundo de discriminaciones, violencias y desigualdades en razón del sexo, nos está haciendo falta también, toneladas de equidad para acortar las distancias que todavía separan al hombre de la mujer, para hacer valer el principio de que lo fundamental es ser persona y que nadie es más que nadie. Ya es hora de reconocer la igualdad de derechos en razón del sexo, de proclamar que tanto monta, monta tanto, el hombre como la mujer

La lacra de la pobreza, hoy por hoy es el arma más mortífera, con millones de víctimas a sus espaldas, frente a ella tenemos que armarnos de solidaridad, de justicia también, para que los miles de niños, mujeres y hombres que mueren de hambre diariamente puedan ser salvados, pues ello es posible, simplemente dando a unos lo que otros desperdician o malgastan.

Acabar con el injusto desequilibrio existente entre Norte y Sur, entre ricos y pobres, bien pudiera ser uno de los retos prioritarios para el siglo xxi. Cualquiera que tenga delante las negras estadísticas, estaría de acuerdo con ello. La publicación de Fernando Almansa y Ramón Vallescar titulada «La pobreza en el tercer mundo y su erradicación» nos ofrece una dolorosa estampa, que es fi el reflejo de lo que está pasando. De la mano de estos dos miembros de la fundación Intermón echemos un vistazo al Tercer Mundo, para ser testigos de la deplorable situación en la que se encuentran millones de pobres y marginados.

Las frías estadísticas nos hablan de que una cuarta parte de la humanidad vive en estado de pobreza absoluta, decir pobreza es decir que se carece de aquellos elementos indispensables para poder vivir dignamente. En el mundo hay 1000 millones de personas que no pueden adquirir el alimento necesario para una vida activa. 1300 millones de personas no tienen acceso al agua potable. 35000 niños mueren diariamente por causas directamente relacionadas con la pobreza. 130 millones de niños no reciben educación básica. Todo esto y mucho más está sucediendo en el Tercer Mundo que representa el 80% de la población del planeta, condenado a vivir con el 20% de la riqueza mundial, cuya distribución es tan injusta que no puede por menos que causarnos sonrojo. Un 15% de la población del mundo posee el 79% de la riqueza mundial y para el 85% sólo queda el 21% restante. De los 23 trillones de las antiguas pesetas del Producto Interior Bruto (PIB) 18 los consumen los países desarrollados que representan el 20% de la población mundial, quedando sólo 5 para repartir entre el 80% de la población de la tierra. En manos de 358 familias millonarias se encuentran fortunas, cada una de ellas es superior a los ingresos anuales de países donde vive casi la mitad de la población de la tierra.

Añade aún más dramatismo el hecho de que esta sangrante situación va empeorando y la desigualdad en aumento hasta el día de hoy en que el 20% de la población mundial que vive en los cinco países más pobres del mundo reciben sólo el 2% de los ingresos globales. De esta forma la diferencia entre ricos y pobres se ha doblado en los últimos 30 años.

Ésta es la escandalosa situación en que nos encontramos. Nadie se inventa nada. Ahí está la India, Paquistán, Camboya, Líbano, gran parte del Continente Africano y muchos países de Iberoamérica, ahí están, soportando con su pobreza el desarrollo de países industrializados, con una materia prima infra-valorada, una mano de obra baratísima, mercados de fácil acceso, con bajos niveles de competitividad. Nadie se inventa



nada cuando se dice, que son muchos los enfermos sin atención médica, niños sin escuela, familias sin techo, millones de gentes que se contentarían con lo que en los países desarrollados se arroja a la basura. El problema está ahora en saber si en este siglo que acabamos de estrenar se va a hacer algo por remediar la situación. No se trata de dar una limosna de subsistencia, sino de proporcionar la ayuda necesaria a estos pueblos marginados, de darles la oportunidad de incorporarse al círculo del desarrollo económico y humano. La situación no se arregla simplemente con lamentos y solemnes proclamas, hace falta poner en práctica la solidaridad y conseguir que el realismo político se doblegue ante las exigencias de la justicia. No sirve hablar de un nuevo orden mundial, hay que llevarlo a la práctica. Naturalmente antes de ponernos a combatir la pobreza hemos de saber cuales son las causas que la originan. Existe unas relaciones comerciales que son desiguales, descaradamente más favorables a los pueblos ricos. El mercado es más libre para unos que para otros. La aparición de las Compañías Transnacionales ha venido a empeorar la situación. Por si esto fuera poco desde hace unos lustros, muchos de los países más pobres están atrapados en una deuda externa que no podrán pagar. En algún país el 25% de los ingresos de sus exportaciones ha de destinarse a la amortización de la deuda externa, en virtud de la cual los países del Sur han pasado a depender de las grandes Instituciones de la economía internacional (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial)

No nos hemos de olvidar de la injusta distribución de las riquezas en el interior mismo de los países pobres. Es frecuente desgraciadamente, que los gobiernos nacionales del Sur respondan a los intereses de las minorías privilegiadas. No es sólo la pobreza, sino que ésta que va asociada a inestabilidad social, crecimiento descontrolado de la población, degradación ambiental, conflictos etc. Hablando en general podríamos decir, que esencialmente la pobreza tiene su origen en una relación injusta entre grupos humanos, bien sean de dentro o de fuera de las fronteras: «La seguridad de unos pocos, decía N. Mandela; es la inseguridad de todos.

Conocidas las causas será más fácil ir tomando soluciones para erradicar la pobreza, tarea por cierto nada fácil, porque la pobreza es un entorno con barreras que tiene aprisionadas a las personas y del que es difícil salir, de alguna manera tiende a perpetuarse de generación en generación, estructuralmente está tan arraigado que hay quien piensa que no es posible erradicarla; pero no hay que perder las esperanzas. Técnica y humanamente el hombre puede acabar con la pobreza si se lo propone seriamente, naturalmente para a ello se requiere la acción conjunta de los que viven en la pobreza y de los que viven en la abundancia.

Con datos en la mano ha quedado claramente probado que existen recursos suficientes en la tierra para todos, lo que habría que hacer es reducir los gastos que no son necesarios, ni urgentes y mejorar la redistribución de las riquezas. Sin renunciar a nuestro bienestar podríamos prescindir de banalidades, de ostentaciones inútiles e incluso de perniciosos consumismos, lo que supondría un ahorro seguramente suficiente para remediar muchos males y poder pensar en el final de una situación dramática. Si no lo hacemos, de alguna manera nos haremos culpables de esta injusta situación de pobreza en el mundo.

Para asumir responsabilidades del presente, hay que comenzar a romper con situaciones anteriores, tratando de encontrar nuevos caminos para el tercer mundo. Hay que establecer un nuevo sistema de relaciones, aunque ello suponga un enfrentamiento con los grupos del poder

con los que de alguna manera todos somos algo cómplices. Bueno sería la existencia de algo así como un Consejo Controlador del Desarrollo que regulara la actividad de las Compañías Transnacionales. Repárese en que se han hecho estimaciones según las cuales las transacciones alcanzan 140 billones de las antiguas pesetas al día; pues bien si se aplicara un impuesto sobre las mismas del 0'5% generaría 210 billones de las antiguas pesetas al año. Esto unido a un impuesto de solidaridad aplicado a las grandes fortunas del mundo, podría ser un argumento convincente para la erradicación de la pobreza en el mundo. La cuestión es que todos debiéramos comprometernos con un nuevo orden, que implicara un gran pacto mundial y una reestructuración de Naciones Unidas y su forma de actuar. Entre todos hemos de lograr un nuevo orden de la ética que se coloque por encima de la economía global

y sea capaz de dirigirla. La U.E. debiera impulsar y hacer efectiva la cultura de la solidaridad, haciendo que los sentimientos humanitarios no queden totalmente desligados de la economía. No acabaría aquí la cosa, se podría pensar en que a los países del Sur se les permitiera acceder libremente a un intercambio en los mercados internacionales, sin presiones y sin privilegios para nadie.

En cuanto a la deuda pública se podría hacer un esfuerzo y condonarla o al menos reducirla y sin más dilación hacer efectivo el compromiso del 0'7 % del PIB: de ayuda al desarrollo por parte de los países industrializados y que actualmente está por debajo. Quisiéramos saber por qué no se está cumpliendo la recomendación que tiempos atrás hiciera la ONU a los países desarrollados de contribuir con este 0'7%, Nos avergüenza tanto egoísmo insolidario, que está contribuyendo a que se perpetúe la escisión Norte-Sur. Nos está faltando ese espíritu de solidaridad, capaz de abrir cauces de cooperación y de fomento de los programas de desarrollo.

También los países depauperados deben realizar sus propios esfuerzos para salir de esta situación. Entre otras cosa deberían de comenzar por reducir los gastos militares y desterrar las injusticias, privilegios y discriminaciones intolerables dentro del país. El problema como ya se ha dicho es de todos y lo que está pidiendo es más austeridad a unos, más responsabilidad en las tareas de gobierno a otros, más compromiso a los organismos internacionales, hemos de exigir a las administraciones públicas, a los sindicatos, a los partidos políticos, a las iglesias a las organizaciones civiles, a las ONG. una actuación conjunta más firme y solidaria.

Este es el reto del siglo XXI. Hacemos votos para que éste sea el siglo que nos traiga la dignidad a todos los hombres y todos podamos vivir como personas. Nuestra esperanza de futuro es un mundo en el que impere el mutuo respeto y reconocimiento entre los hombres y los pueblos, que nos permita vivir a todos dignamente y en paz en una tierra donde cabemos todos; porque esto es una exigencia humanitaria y Dios quiere que sea así. Hablar de cristianismo es hablar del humanismo de la solidaridad de la justicia y de la caridad

### **La falta de trascendencia se traduce en falta de compromiso con el hombre**

Preguntarnos por el hombre lleva consigo muchas implicaciones que merecen ser abordadas con veneración y respeto, incluso también con la esperanza de que siga teniendo vigencia sin término, aquella frase pronunciada ya hace siglos por Terencio: «Hombre soy y nada de

lo humano me puede dejar indiferente».

En nuestro presente cultural, rico en lo técnico y pobre en lo humano es oportuno recordar que las cuestiones que afectan al ser humano, debieran de ser tomadas más en serio, hoy como siempre, el hombre ha de seguir siendo uno de esos temas actuales, porque no tienen fecha de caducidad.

La posmodernidad nos ha dejado un poso de recelo e indiferencia que ha acabado afectando a aspectos esenciales de nuestra existencia. Una vez perdidas y olvidadas las referencias fundamentales, lo que nos ha quedado ha sido un estado de humana indigencia que es donde ahora mismo nos encontramos. El hombre contemporáneo al perder todas sus seguridades y ver cómo todo se derrumbaba a su alrededor, tuvo que agarrarse a algo y lo que hizo fue engancharse a un plan de vida, que responde a un esquema muy simple, pero muy práctico, cuyas bases son la economía, la ciencia y la tecnología y así vamos tirando. La razón técnico-científica ha sido la alternativa que nos ha llevado a una situación de desarrollo material envidiable en la que ahora nos encontramos. El progreso ha alcanzado tasas de producción y de consumo hasta ahora desconocidas; pero eso no debiera ser todo

Se ha elevado el nivel de vida y con él, se ha alcanzado un estado de bienestar, que ha hecho que nos olvidemos de todo lo demás. Nuestra única preocupación ha quedado reducida a vivir la vida a tope, gozar y disfrutar lo más posible del tiempo que nos quede. Nada de cuestiones trascendentes en torno al sentido de la vida, nada de preguntas enojosas sobre nuestra existencia, nada de responsabilidades y humanas exigencias, que para lo único que pueden servir es para aguarnos la fi esta.

Venimos asistiendo sin inmutarnos a un proceso generalizado de crisis, crisis cultural, educativa, moral, religiosa, familiar, crisis de humanismo, crisis de pensamiento y nada nos ha inquietado. No nos ha importado lo más mínimo quedarnos vacíos por dentro, siempre y cuando las neveras estuvieran repletas. Nuestros compromisos no están del lado de las cuestiones profundas y fundamentales de la humana existencia, nuestras aspiraciones van más a ras de tierra, enmarcadas en un hedonismo materialista. Si hemos de ser sinceros, habremos de reconocer que en nuestra sociedad los valores humanos cuentan menos que los económicos y lo que la gente cree es que «Entre la honestidad y el dinero lo segundo es lo primero». Puede que suene un poco fuerte, pero es bastante cierto, que nuestro sueldo representa lo que en realidad valemos.

«La sociedad tecnológica, dice Gabriel Marcel, dispensa al individuo un tratamiento similar al de una máquina. La vida se desprende así de su misma significación, de toda su profundidad.»

En esta sociedad de la sobreabundancia en que nos encontramos, el hombre contemporáneo ha sabido estar a la altura de las circunstancias, convirtiéndose en consumidor ejemplar, que devora todo lo que pilla a su paso. El hombre contemporáneo, para Eric Fromm «es el consumidor eterno; que se traga bebidas, alimentos, cigarrillos... Consume todo, engulle todo». Este consumista compulsivo ha elevado el bienestar a la categoría de ideología y ha hecho del disfrute de la vida su particular religión, nuestro mundo se ha puesto de lado de la razón técnica-científica, olvidándose de la razón filosófica de la que pasa olímpicamente, como si se tratara de algo para extraterrestres. Triste es reconocerlo para quienes amamos a la filosofía; pero es así. Lo que nuestro mundo piensa es que tenemos que dejarnos de filosofías e ir a lo práctico, lo cual no es otra cosa que tratar de hacer realidad el sueño americano. Sucede no obstante que los problemas han comenzado a amontonarse sobre la mesa, ahora

que la razón técnico- científica en la que el hombre depositó su confianza, comienza a dar muestras de agotamiento.

La compleja problemática humana está poniendo cada vez más al descubierto los contrastes y las limitaciones del cienticismo salvaje. Por debajo de la aparente bonanza van apareciendo los síntomas angustiosos de quien no sabe para que vive. No sin razón se dice que las depresiones, bastante generalizadas por cierto, las obsesiones y miedos neuróticos, son las enfermedades propias de las sociedades opulentas.

Tenemos miedo a quedarnos a solas y en silencio, tenemos miedo a enfrentarnos con nosotros mismos, por eso buscamos desesperadamente perdernos entre el ruido, el bullicio y las preocupaciones.

El desarrollo técnico-científico, no puede responder a todas las exigencias humanas. Por debajo de su rostro más amable afloran ya una serie de contradicciones. Desde hace tiempo se viene detectando que la excesiva tecnificación ha derivado en deshumanización. Los avances técnico-científicos han sido fuente de vida y de bienestar; pero también lo están siendo de destrucción y muerte. La cultura de la muerte se ha hecho presente en millones de «nascituri», víctimas inocentes a los que se les está negando su derecho a la vida. Los avances en el campo de la biogenética no se corresponden con el avance moral, hasta el punto de que están apareciendo hechos aberrantes a los que se les da el visto bueno, por el mero hecho de que la ciencia y la técnica los ha hecho posibles.

El contraste Norte-Sur vergonzante y escandaloso, como hemos visto, es un fenómeno típico de la era post-industrial. La palabra paz está en nuestros labios; pero vivimos en guerras y violencias de todo tipo.

Aquí habría que decir con Salustio: «poco vale aquella ciencia que no sabe hacer virtuoso al que la profesa». Hablamos de reconstruir el mundo pero en realidad nos lo estamos cargando

Parece cada vez más evidente que nuestra actual cultura necesita ser fecundada con otro tipo de saberes, como puede ser el saber humanista y teológico. Ha llegado ya el momento de ser fieles a nuestra condición humana recuperando nobles aspiraciones, que nunca debimos perder, hay que volver a dar un sentido profundo a nuestra existencia humana, hay que ir pensando en el alumbramiento de un nuevo hombre menos egoísta y más solidario, más trascendente y menos inmanente. Entre todos tenemos que hacer posible que llegue ese día en el que el sueño americano sea sustituido por el sueño de un nuevo humanismo con grandes dosis de espiritualidad, forjado en la justicia y el amor universales.

Un humanismo abierto también a la trascendencia, porque si no es así, es imposible la esperanza. No es cosa de cuatro meapilas que van diciendo por ahí, que el hombre sin Dios es pura nada, un absurdo, un sinsentido, una pasión inútil, pues el mismo existencialismo ateo, portador del estandarte filosófico en los últimos años, así se vio obligado a reconocerlo. Está claro pues, que el cienticismo por sí sólo no nos va a salvar, porque es incapaz de dar respuesta a nuestros problemas humanos y a nuestras ansias de inmortalidad; pero no desesperemos, pues como bien decía Hegel, en clara alusión a la filosofía «La lechuza de minerva sólo emprende su vuelo al anochecer.»

### **El hombre es un ser enigmático abierto a la trascendencia**

El hombre es muchas cosas a la vez. Su ser plural y polifacético le hace casi impenetrable. Es como si el medidor se resistiera a ser medido y se convirtiera en pura problemática, aún hoy día sigue siendo un sujeto enigmático y misterioso. Después de miles de años de historia,

habría que decir con Max Scheler que es bien poco lo que conocemos de él. Quiere ello decir que la moderna antropología ve al hombre como un problema para sí mismo, como un sujeto capaz de preguntar por su propia existencia; pero bien mirado esta capacidad de cuestionarlo casi todo, incluso a sí mismo, es lo que le distingue de las cosas y animales. La crisis del hombre, hoy, no es un episodio aislado; en mi opinión es una manifestación más de la crisis generalizada que estamos padeciendo, en la que todo se cuestiona y nada queda salvo. La inseguridad generalizada a diversos niveles: económico, político, social, cultural religioso, ideológico se ha convertido en característica de nuestra sociedad y de nuestra cultura occidentales.

Pienso que la disolución del hombre es el resultado de una serie prolongada de rupturas. La muerte del hombre, proclamada por el antihumanismo estructuralista, viene precedida por la muerte de Dios. La crisis de humanismo que padece la conciencia occidental tiene que ver con un proceso de desteologización. Arrebatarse Dios al hombre ha supuesto, no sólo falsear a éste, sino que se le dejara sin fundamentos, que se le dejara sin patria. Es una antropología deshumanizada la que nos ha llevado a un callejón sin salida, en el que todo es problematización. Llegado es el momento de preguntarse si lo que hay que cuestionar es precisamente este tipo de pensamiento que todo lo cuestiona. Hay que comenzar a recuperar el convencimiento de que el misterio del hombre está inserto en el misterio de Dios y es a partir de aquí por donde hay que comenzar a esclarecer todo lo humano. La realidad de Dios no es una cuestión que está fuera, sino algo que está precisamente en la misma entraña del hombre, que nos circunda y penetra hasta la misma realidad personal.

No podemos por más tiempo seguir siendo víctimas de nuestra soberbia, tendremos que llegar a comprender que necesitamos de otras referencias que nos rebasan. Desde la esfera teológica pueden ser alumbradas grandes zonas enigmáticas de la existencia humana, que comienzan a ser comprendidas desde la trascendencia y aunque nunca hemos sabido, ni sabremos todo lo que hay que saber sobre el hombre, nuestra ignorancia será menor cuando intentemos comprenderlo a la luz de la Teología. Sin duda sigue habiendo muchas cosas incomprendidas para el creyente, pero las habrá sin duda muchas más para el que no lo es. Las exigencias de un conocimiento esencialmente humano nos obliga a preguntarnos por las cuestiones últimas, que no pueden ser abordadas manteniéndonos en los estrechos límites de lo humano. Hay que contar con una antropología fundamental que busque la verdad del hombre en la realidad fundamentante. El mismo Max Scheler quien antes nos hablaba de la problematización del hombre, es quién ahora nos dirá: «Esta esfera de un Ser Absoluto pertenece a la esencia del hombre tan constitutivamente como la conciencia de sí mismo y la conciencia del mundo, prescindiendo de que la esfera sea accesible o no a la vivencia o al conocimiento».

### **Las inquietudes humanas a la luz de la fe**

Desde la teología se nos dice que Jesucristo en cuanto Verbo Encarnado es la clave para dar respuesta a los misterios del hombre, sobre todo por lo que se refiere al dolor y la muerte que tanto escandalizan y desconciertan al hombre de hoy, tan materialista y hedonista. La encíclica «Lumen fidei» del Papa Francisco, pone de relieve esta dimensión de la fe, sobre la que siempre es oportuno reflexionar.

El dolor, aunque no nos guste es compañero inseparable de la condición humana, una realidad en nuestras vidas con la que hay que contar y contra la que es inútil revelarse. No queremos el dolor en nuestras vidas y nos rebelamos contra él ¿por qué hemos de sufrir? ¿por qué? Los sabios de este mundo, por más que se hayan esforzado, no han podido encontrar respuesta adecuada a esta pregunta. La sabiduría humana nos deja profundamente insatisfechos a la hora de encontrarle algún sentido, ha tenido que venir la fe en nuestra ayuda, para descubrirnos su significado salvífico que nos une a Cristo. Los cristianos lo sabemos muy bien.

La «theologia crucis» siempre ha sabido encontrar al otro lado del dolor, una dimensión sobrenatural. Todos los sufrientes nos llevan a recordar el rostro dolorido de Cristo que salva al mudo; la vocación del cristiano va asociada a portar la cruz de cada día. No estoy hablando de un dolorismo morboso, sino que me estoy refiriendo a un sufrimiento divinizado. El dolor por el dolor no es cristiano; pero sí lo es el sufrimiento fecundado por la fe y el amor.

Cuando reparamos en la muerte nos sucede algo parecido. Nadie quiere hablar de ella ni del misterio que la envuelve. ¡Dios mío! ¿porqué he de morir...? No es la muerte como decía Heidegger la que da el sentido a la vida, pero bien mirado, tampoco se la quita. La imagen platónica de la vida como un aprendizaje para la muerte, nos sitúa dentro del vértigo de un viaje en el que sin remedio todo va quedando atrás, una partida con despedidas dolorosas y desprendimientos desgarradores, hasta que por fin nos quedamos solos, porque la muerte es eso, un dramático momento de soledad, en el que nadie puede acompañarnos. El momento crucial en la biografía de una persona. De ahí que la muerte haya sido el gran tema ontológico de la filosofía existencial.

Encontrar un significado a la muerte es imposible para quien se coloca fuera de la perspectiva de la fe, sólo a través de ella se nos hace misteriosamente presente una nueva existencia que el cristiano celebra como el «Dies natalis». Por experiencia sabemos que todos tenemos que morir un día, por fe sabemos además que habremos de resucitar con Cristo. Quien esto sabe, sabe ya más que lo que le hayan podido enseñar todo los humanismos filosóficos y científicos juntos. Creer en la inmortalidad ha sido el signo distintivo de la fe cristiana, que nos permite encarar con optimismo y esperanza el futuro. Para los que en expresión de Rhaner aceptan la muerte como acto supremo de liberación, no habrá nunca desesperación, porque en su interna soledad brillará siempre una luz.

Precisamente porque los cristianos miramos con ojos esperanzados a la muerte, disponemos de la razón más poderosa para poder amar la vida. Hemos sido testigos de cómo la antropología contemporánea ha sido reconducida a un callejón sin salida, donde todo se ha vuelto problemática. Allí donde no existe más que la inmanencia, no se puede llegar muy lejos en el escudriñamiento de lo humano y esto es lo que ha pasado, la falta de horizonte de trascendencia ha acabado en disolución del hombre, algo de lo que tanto se viene hablado en la posmodernidad. A través de la vivencia del propio yo insertado en su finitud, hay que saber ver al otro yo, que se adentra en otra dimensión más profunda y que busca su reposo en el Absoluto. Esa zona interior de soledad es el lugar donde la voz de Dios comienza a hacerse perceptible.

En algún momento de nuestra existencia todos los seres humanos hemos experimentado la presencia escondida de ese otro yo oculto que llevamos dentro. Después de los numerosos intentos fallidos en los

tiempos modernos de construir una antropología sin Dios, parece cada vez más claro que el hombre, por naturaleza, está inserto en la órbita de lo divino.

Por eso un humanismo si quiere ser integral, no puede sustraerse a la trascendencia y ha de abrirse a la luz que nos viene de lo alto. En estos momentos de inseguridad, en que tanto las ideologías como los sistemas filosóficos, incluso la misma ciencia atraviesan profundas crisis, es necesaria la fe.

El hombre no puede por más tiempo seguir siendo víctima de su propia soberbia y ha de ir comprendiendo que necesita de Dios, que necesita de Jesucristo, pues como bien decía Kierkegaard. «El hombre que no quiere hundirse en la miseria de la finitud no tiene otro remedio hoy día que lanzarse con todas sus fuerzas hacia la infinitud.» Yo quiero seguir creyendo que aunque parezca que las aspiraciones sobrenaturales hayan desaparecido del corazón humano, no podemos decir que estén muertas, sólo están dormidas. Toda la vida de cualquier hombre está rodeada de misterio desde que nace hasta que muere y nadie puede renunciar sin dolor al mundo de lo religioso, fuente de donde fluye la luz que puede ayudarnos a comprender un destino tan escatológico como el nuestro.

### **naturaleza y gracia en armonía**

Desde la perspectiva de la fe, fácil es también comprender que la gracia es un supuesto fundamental en la visión teologizada del hombre, aunque, hoy día se hable poco de ello. La falsa acomodación del evangelio a un mundo secularizado ha hecho que nos vayamos olvidando de temas como éste, aún con todo no deja de ser un hecho, que en el seno del catolicismo, la gracia es vista como un misterioso don divino, imprescindible para el mantenimiento y desarrollo de la vida espiritual, si bien las leyes por las que se rige, escapan a la psicología humana, son incomprensibles para nosotros, incontrolables e imprevisibles. «El viento sopla donde quiere y se oye su ruido; pero no se sabe de donde viene y a donde va, así es todo lo que nace del espíritu» (Juan 3, 8).

La historia humana está llena de hombres y mujeres que cambiaron súbitamente sus vidas al ser sacudidas por un ramalazo de la gracia que les transformó por entero. De repente la gracia se hace presente y sin razones que lo expliquen, somos arrastrados a un territorio de luz, cuando menos se piensa, Dios toca el corazón de las personas y éstas cambian y pasan a ser otras. En la dinámica de la gracia se vio inmerso un día el filósofo D. Manuel García Morente, que nunca se había encontrado con Dios en los libros de filosofía; pero se topó con Él a bocajarro, la noche del 19 al 30 de abril de 1937 de forma súbita. Éstas son sus propias palabras.

«Me puse de pie tembloroso y abrí de par en par la ventana. Una bocanada de aire fresco me azotó el rostro. Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba Él. Yo no lo veía, no lo oía, no lo tocaba; pero Él estaba allí... Percibía su presencia con la misma claridad con la que percibo el papel en el que estoy escribiendo; pero no tenía ninguna sensación ni en la vista, ni en el oído, ni en el tacto, ni en el olfato, ni en el gusto ... No podía caberme la menor duda de que era Él...¿Cómo es posible? Yo no lo sé; pero sé, que Él estaba allí presente ... Lo percibía con absoluta e indiscutible evidencia y me sentía inundado de ese gozo sobrehumano».

Éste habría de ser uno de los casos más comentados de la España del

siglo xx y cuando ahora lo recordamos, volvemos a tener esa extraña sensación que nos produce siempre lo insólito y sorprendente, porque no estamos familiarizados con este tipo de vivencias, y sucede que Dios nos coge distraídos, cuando quiere hacerse presente en nuestras vidas. Los hijos de la posmodernidad somos autónomos, individualistas, independientes, celosos de nuestra propia intimidad, no tenemos espacios reservados a Dios y hasta nos molesta que se meta en nuestros asuntos.

«Vive y deja vivir» decimos. Estamos ajenos al hecho de lo divino aunque sea Dios quien nos sostiene con su gracia. Hemos intentado construir un humanismo sin contar con Él y la cosa ha acabado como ha acabado. Lo estamos viendo

«Sin mí nada podéis hacer» es uno de los mensajes más explícitos y reiterativos que aparecen en los textos sagrados, seguramente también uno de los más orientadores a la hora de construir nuestras vidas y aunque nos hayamos olvidado de ello, sigue siendo una obviedad que nada somos sin su ayuda, lo que nos convierte en unos «pordioseros» a lo divino

Naturalmente esta menesterosidad deja intacta la dignidad del hombre, que a pesar de todo sigue siendo dueño de su propio destino. La gracia aunque sea un don desconocido va unida a la propia naturaleza, ambas están llamadas a entenderse y completarse en orden a alumbrar el hombre nuevo de que habla S. Pablo. La gracia no hace su aparición para anular la personalidad individual, ni para sofocar las iniciativas particulares, alienta, ayuda y potencia la humana naturaleza; pero no la sustituye, ni la suprime, por lo que podemos seguir hablando del hombre natural y libre.

Corresponde ahora a la moderna teología profundizar en esta interrelación mutua, algo en lo que se está trabajando. Coincidiendo con el desarrollo de las ciencias humanas han ido apareciendo nuevas posibilidades que permiten estudiar la gracia desde la situación del receptor, tomando en cuenta sus características psicológicas, capacidades, aptitudes, peculiaridades individuales, etc. pues todos estos elementos pueden ser mediatizadores de la recepción de los dones divinos. Los esfuerzos realizados en esta dirección, bien pudieran dar origen a un nuevo e interesante capítulo de la antropología religiosa, iniciada ya

Reflexiones de un cristiano de a pie

87

hace tiempo por algunos maestros del espíritu. Se trata de que el substrato psicofísico integrado por la afectividad, temperamento, sensibilidad, en definitiva, la naturaleza toda, se convierta en cooperador de la gracia.

La toma de conciencia de que existen condicionamientos psicológicos y humanos que favorecen o perjudican la recepción del favor divino es ya un paso adelante. Todo esto se corresponde con una visión antropológica integradora que aspira a la complementación y enriquecimiento entre lo natural y sobrenatural. Los efectos de la gracia se manifiestan de forma tan variada que nos permite hablar de psicología o de pedagogía espiritual destinadas a clarificar los diversos modos de vivir la espiritualidad, en consonancia con la vocación y capacitaciones personales de cada cual, es así por lo que el hombre ha podido ser definido por G. Marcel como «un espíritu encarnado», lo que equivale a decir que estamos hechos de naturaleza y gracia.



## La divisa del cristianismo

Por supuesto que el cristiano es un hombre de fe y de esperanza que ha puesto su confianza en Jesucristo en quien cree y del que todo lo espera. La fe en el cristiano viene a ser la que da razón de su vida, después de haber constatado que no hay nada más razonable que el creer.

Casi todo nuestro saber humano está fundado en certezas provenientes del crédito que damos a la autoridad humana. Así por ejemplo, estamos seguros de donde hemos nacido y de quienes son nuestros padres por el testimonio de los demás; pero cuando ya no se trata del testimonio humano sino del testimonio divino la certeza debiera ser mayor, por eso digo que la fe para el cristiano resulta ser lo más razonable del mundo. Y lo mismo sucede con la esperanza. Confiamos ciegamente en las promesas de los hombres ¿Cómo no hacerlo cuando se trata de las promesas de Dios? Fe y esperanza son sin duda alguna puntales básicos en la identidad cristiana; pero aun así, existe otro rasgo distintivo del cristiano que le define de forma más específica y éste es el amor.

Saber amar y saber perdonar son los distintivos más claros del **ethos cristiano**. Darse todo a todos es una exigencia dura; pero también ennoblecedora. Amar sin medida, perdonar siempre. Oportuno es recordar esto cuanto tanto se habla de la crisis de identidad cristiana. El precepto del amor siempre ha sido la base donde se ha sustentado las aspiraciones cristianas, lo que sucede es que no siempre se han interpretado en toda su integridad. Hubo tiempos en que el amor a Dios nos hacía olvidar el amor al prójimo, distinto de lo que sucede ahora, en que el amor se interpreta como un compromiso con el prójimo por aquello de que «misericordia quiero y no sacrificio» olvidándonos de que lo primero es el amor de Dios. Es como si antepusiéramos el compromiso sindicalista al compromiso religioso.

Para entender bien las exigencias del amor cristiano, no viene mal recordar las palabras de Schna Kenburg cuando dice que el amor de Dios, según la voluntad de Jesús, debe exteriorizarse y probarse en el amor al prójimo, mientras que el amor al prójimo por su parte tiene en el amor a Dios su fundamento sustentador. Cuando nos olvidamos de Dios en nuestros compromisos y relaciones con los demás, no podemos seguir hablando de caridad cristiana, a lo más podríamos decir que se trata de filantropía, o de altruismo. En la esfera del antropocentrismo que idolatra al hombre y pospone a Dios no hay lugar para el cristiano, lo que no quiere decir que éste haya de desentenderse de lo que pasa en el mundo, ni que deje de tomar como causa suya la de los pobres y los marginados. En realidad nada más comprometido con el hombre que el amor cristiano. Cuando nos entregamos por entero a Dios, estamos seguros que responderemos a las exigencias humanas con los más necesitados.

Muchos han creído que la relación íntima con Dios resta operatividad al hombre, que le aliena y le aparta, que le aleja del hermano; cuando es todo lo contrario. No acaban de entender que la pasión por Dios es la que nos impele a vivir con intrepidez las mas nobles aspiraciones humanas, pues como dice Sudrac K. «Dios es aquel que siempre interpela, incomoda y desafía. No soluciona sino que origina confl ictos, no facilita sino que dificulta, no explica sino que complica».

Ser amigos de Dios exige disponibilidad permanente frente a los hermanos, nos exige caminar por los senderos de la generosidad y de la entrega.

Quien quiera ser un cristiano autentico no ha de olvidarse tampoco

de vivir una vida plena de riesgos. Ha de estar preparado para una vida llena de paradojas, sabiendo que para vivir hay que morir, para ser rico hay que ser pobre, saber que los últimos serán los primeros y los primeros los últimos, que nuestro llanto se convertirá en gozo, debe saber que la única venganza permitida es el perdón y que siempre y en todo ha de imperar la ley del amor, que según Bergson no se reduce al amor de unos hombres para con Dios, sino del amor de Dios para con todos los hombres; pues a través de Dios y por Dios se ama a la humanidad con un amor divino

### **Para ser cristiano hay que comenzar por ser hombre.**

Los hombres y mujeres nacemos ya con una naturaleza humana que nos define y a la cual no podemos renunciar. No somos libres para dejar de ser lo que ya somos, en cambio ser cristiano es una vocación, que cada cual libremente elige, estando de por medio, naturalmente la gracia divina.

Los hombres y mujeres fundamentalmente somos iguales. Tenemos una misma naturaleza, nos movemos por las mismas aspiraciones y a pesar de todo no hay dos seres humanos iguales. En el fondo todos corremos los mismos riesgos existenciales, compartimos la misma dignidad personal y tenemos que hacer frente a un mismo destino. Todos somos humanos y tenemos la misma necesidad de realizarnos, de madurar y llegar a ser aquello a lo que estamos llamados a ser; pero esta tarea universal que a todos nos afecta es interpretada de forma diferente, lo que para unos es esencial no lo es para el otro, de ahí los diferentes humanismos a lo largo de la historia, que nos han ido dando su particular versión sobre el hombre.

Hoy ya cansados de tanta especulación filosófica, hemos optado por arrojar la toalla y nos hemos ido despreocupando de estas cuestiones humanistas. Son pocos los que siguen interesándose por llegar a ser hombre íntegro y cabal. Hoy como nunca nos sentimos extraños a nosotros mismos y vivimos ajenos a los grandes interrogantes humanos.

Ni el antes, ni el después nos preocupa demasiado. Hemos dejado de pensar en nuestro origen y destino. Lo que nos interesa es el presente, lo que cuenta es vivir el momento actual y vivirlo a tope. El pasado, decimos ya es historia y el futuro puede ser que nunca llegue. No es preciso seguir buscando más razones para explicar la profunda deshumanización que sufre nuestra sociedad. Si los hombres no fuéramos otra cosa más que sujetos vivenciales del momento presente, si renunciáramos a nuestra conciencia personal, que es la que nos distingue del resto de los seres vivos, si dejamos de hacernos esas preguntas trascendentales sobre nosotros mismos, habremos dejado también de comportarnos como personas. Esto es un poco lo que está pasando en una sociedad como la nuestra tan materialista y tan pragmática.

Para poder vivir esa vida que como seres humanos nos corresponde, urge recuperar nuestra identidad de personas y hacerlo por el camino trazado ya por los clásicos, que en este terreno no es poco lo que pueden enseñarnos. Recordemos a Sócrates que con toda justicia es considerado como maestro de humanidad y que al igual que tantos otros insistía en la trascendental importancia del encuentro con nosotros mismos. Ningún conocimiento técnico es tan importante como el conocimiento propio. ¿De qué nos sirve descubrir los secretos de la naturaleza, si ignoramos lo fundamental sobre nosotros mismos?

El encuentro consigo mismo ha sido, una de las necesidades del hombre, en orden a su liberación y ha de seguir siéndolo en el futuro.

Volver la mirada hacia nuestro interior es condición indispensable, para que podamos ser seres conscientes, responsables y libres. Tratar de ser cada vez más hombres, más humanos, mejores, es lo que en realidad importa. Según pienso, a pesar de todas las diferencias que a unos y otros nos separan, tal aspiración puede ser universalizable, en cualquier caso es una aspiración legítima, que hace de la vida humana una aventura fascinante con nuevos horizontes como telón de fondo. El hombre convertido en centro de nuestras preocupaciones es precisamente lo que hoy más estamos necesitando. A partir de aquí todo será más fácil y podríamos comenzar a soñar, con fundamento, en un mundo mejor, porque si algo debemos tener claro es que la revolución social, ha de comenzar por la conversión interior de los corazones de cada uno de los hombres y mujeres. No digas voy a cambiar el mundo, di simplemente voy a cambiarme a mí mismo y habrás encontrado el verdadero camino de mejorar la sociedad. En la medida que vayamos tomando conciencia de nuestras propias responsabilidades personales estamos colaborando a favor del establecimiento del Reino de Cristo y aportando nuestro granito de arena para que el mundo sea más justo y más humano y a partir de aquí todo puede ser posible.

El problema está en que el hombre huye con cierta facilidad de sí mismo, para volcarse en lo exterior. Siempre ha sido así. «Aunque parezca paradójico, dice Ramiro Flórez, el conocimiento del hombre ha sido siempre un objeto retardado entre la variedad de objetos que han atraído el interés del saber. Los afanes inquisitivos se dirigen normal y primariamente hacia el exterior, hacia la naturaleza...Para que el hombre dirija la mirada hacia sí mismo hace falta siempre alguna quiebra de esa actitud normal frente a la naturaleza...Para que el hombre se conozca, es necesario que se aparte de la exterioridad, que se recoja en sí y se mantenga en el abrazo de su propio ser».

Ese gran desconocido para sí mismo, que es el hombre, debe recuperar su intimidad para reencontrarse, necesita conocerse para humanizarse. Uno de los empeños, que más merecen la pena en nuestros días, es hacer sentir a los hombres y mujeres, la necesidad de aspirar a una más plena realización humana. Para ello no va a ser suficiente desarrollar y ampliar los saberes científicos orientados a vivir más cómoda y confortablemente. Será necesario otro tipo de saberes, que venga a poner mesura a los arrebatos inmisericordes de la técnica, que nos ponga a salvo también de ideologías que acaban en servidumbres políticas. «Cuando lo que está corrompido es la raíz y el hombre, a la vez y antes que las instituciones sólo una nueva raíz y un hombre nuevo pueden resucitar los huesos calcinados y hacer de las ruinas edificio vivo».

(O. Cardedal).  
Hoy, en tiempos de crisis, vacíos de utopías y de idealismos, plagados de descontentos y frustraciones, vuelve a ser hermosa esa noble aspiración que apuesta por el hombre, que apuesta por la presencia del espíritu cristiano en un mundo materializado. Porque apostar por el hombre es ya dar el primer paso hacia la reconciliación del orden natural con el sobrenatural

### **Se llega a ser persona a través de una educación responsable**

Desde hace algún tiempo, se viene detectando que uno de los fallos estrepitosos de la pedagogía es, que se habla mucho del ¿cómo educar? despreocupándonos de qué es en sí la educación y cual es o debe ser su finalidad. Se habla mucho de instruir y menos de educar, mucho de

informar y menos de formar, cuando lo verdaderamente importante no es tanto atiborrar las cabezas de conocimientos, cuanto de ir creando hábitos y actitudes de comportamiento. Hemos llegado a prestar tanta atención a los modos y procedimientos didácticos, que no se habla ya de otra cosa. Para comprobar esto, basta con echar una ojeada a las publicaciones de los últimos años. Las técnicas de aprendizajes, procedimientos para aprender mucho y rápidamente, medios educativos, métodos didácticos, son cuestiones que vienen ocupando el grueso de la literatura pedagógica. Es decir mucho sobre el cómo y muy poco sobre «el qué» y el «para qué»

No quiero yo con esto decir, que los medios sean malos o que nos hemos de olvidar de ellos. Gracias a los medios, la enseñanza hoy resulta más eficaz y atractiva que en tiempos pasados, hemos de felicitarnos, porque nuestros medios de enseñanza son óptimos, pero también lamentarnos de que se les haya sacado de contexto. Es por esto por lo que conviene disponer de un concepto clarificador de lo qué es y debe ser la educación integral e integradora, en la que no debiéramos olvidarnos de la religiosidad como dimensión importante de la persona humana.

Los manuales de pedagogía nos ofrecen más de 200 definiciones del término educación y no es momento de reproducirlas aquí y ahora. Por supuesto que no lo voy a hacer. Si menciono este dato, es para poner de manifiesto que existen diferencias serias a la hora de entender cual es la esencia de la realidad educativa y por tanto que no resulta nada fácil poner un poco de orden en este capital asunto. Ya Kant nos advertía, que tratar de definir la educación, era uno de los problemas más difíciles y graves, con los que el hombre se podía encontrar; pero que aun así, éste era un problema que necesariamente había que afrontar para poder llevar a feliz término la tarea educativa.

Desde siempre la educación, de una forma o de otra, ha venido asociada al ejercicio de aprender. Educar, enseñar, aprender, han sido unos términos con un significado paralelo. Según esto «educare» estaría en la raíz etimológica de la educación que significaría conducir, cuidar, ir introduciendo desde fuera aquellos contenidos que pudieran resultar útiles para la vida del educando. En tal sentido, el maestro o el educador es la persona instruida, que trata de comunicar sus conocimientos al educando. A partir de aquí cobra sentido la escuela institucionalizada, llamada a suplir a los padres en la función transmisora de conocimientos más o menos especializados. Dentro de esta concepción educativa, lo importante es el aprendizaje de técnicas, de contenidos, de hábitos orientados desde fuera. Sin negar la importancia que en el cultivo del hombre pueda tener el aspecto instructivo, he de decir, que la educación no puede reducirse exclusivamente a él. Cabe interpretar la educación como algo más, se trataría no ya sólo de meter en las cabezas conocimientos y técnicas, sino también de sacar potencialidades que el sujeto lleva dentro. Bajo este punto de vista la educación no se derivaría del término latino «educare» sino del término latino «educere» que significa extraer, sacar fuera.

Fue Sócrates quien nos hizo ver el atractivo de esta otra perspectiva de la educación. Para este gran maestro y pedagogo, la educación es un desarrollo de las virtualidades que todos llevamos dentro, en una especie de alumbramiento de la verdad que anida en el interior humano. El ejercicio del educador le compara, Sócrates, al ejercicio de las parteras, como lo hizo su propia madre, cuya misión fue ayudar a sacar a luz el fruto de las entrañas.

No hace falta ser muy sagaz para intuir que una y otra perspectiva educativa pueden ser complementarias entre sí. De lo que se trata es de enriquecer la mente del educando e ir creando las condiciones favorables para el autodesarrollo de sus propias capacidades. Así llegamos a poder definir la educación con una fórmula que ha hecho fortuna y que reza así: «perfeccionamiento intencional de las potencialidades específicamente humanas.»

El hombre, a diferencia del animal, es un ser capaz de irse superando a sí mismo; por eso el hombre es un sujeto educable y perfectible; en cambio al animal no se le puede educar, tan sólo se le puede domesticar.

Teniendo en cuenta los dos aspectos mencionados, cabe decir que la educación representa, por parte del que educa, un enseñar y por parte del educando comporta un aprender, dando a este término un sentido amplio, en el que se incluye también aprender a ser persona.

Lo que el educando ha de adquirir, han de ser no sólo conocimientos útiles para la vida, que le permitan triunfar en una sociedad competitiva, también necesita valores morales. Ciertamente, bueno es aprender mucho y bien, para asegurarse un futuro, para poder ser un buen profesional, capaz de realizar bien su trabajo y situarse bien en la vida; aprender para llegar a ser un sujeto culto.... Todo esto está muy bien y es lo que los padres esperan conseguir, llevando a sus hijos a los mejores colegios; pero aquí no deberían acabar las exigencias educativas.

Las familias cristianas han de tomar conciencia de que la instrucción técnica y humanística no lo es todo; porque importante es también aprender a ser personas, que es la condición previa para ser buenos cristianos.

En toda buena educación, la instrucción de la inteligencia ha de ir acompañada de la formación de la voluntad, de otra forma, no estaríamos hablando de una educación integral. Los conocimientos deben ir asociados a las actitudes; los hábitos de aprendizaje han de ir acompañados de las virtudes éticas, que hagan posibles unas disposiciones correctas para el buen comportamiento, pues en definitiva, lo que está necesitando nuestra sociedad, es de hombres con principios morales y religiosos.

Una vez definida la educación como un proceso de autodesarrollo perfecto, que surge del interior del sujeto, cabe preguntarse ahora, si es buena la intervención desde fuera en este proceso, o más bien, lo que debiéramos hacer, es dejar a la naturaleza que obre según sus propias leyes. La respuesta que a lo largo de la historia se ha ido dando a esta pregunta, dependía y sigue dependiendo de la concepción que se tenga del hombre. En la concepción angelical, que es la que los naturalistas tienen del hombre, éste aparece como un ser bueno por naturaleza, tan bueno, que ya nada se le puede añadir. Piensan, que al igual que los demás seres naturales, el hombre llevaría inscrito en su corazón las leyes de su interno desarrollo, de modo que si el hombre es bueno por naturaleza y esencialmente inocente, lo que tendríamos que hacer, es procurar no alterar este curso natural y tratar de no comprometer la espontaneidad de las personas. Quienes así piensan mantienen el máximo respeto por el desarrollo natural y piensan que toda intromisión proveniente del exterior es desaconsejable, más aún creen que liberando a las conciencias de los cuidados proteccionistas, están liberándole también de unas fuerzas opresoras y esclavizantes.

En torno a esta concepción naturalista se agrupan las tendencias progresistas que han venido dominando el panorama pedagógico de los últimos tiempos. La llamada «Escuela Nueva» ha hecho suyos estos optimismos y nos ha brindado una visión de lo que debe o no debe ser la

educación, bien distinta por cierto de la que venía manteniendo la Escuela Tradicional.

El mensaje del progresismo pedagógico era éste: Hay que intervenir lo menos posible en la educación; porque toda intervención significa manipulación o adoctrinamiento, con el consiguiente peligro de robar a los sujetos su verdadera personalidad. Dejémosles solos, vienen a decirnos, para que ellos mismos decidan ser aquello que quieren ser. En este sentido cobra significado, que la mejor educación es la que no existe y que el mejor educador es el que, como el buen árbitro de fútbol, pasa desapercibido; si quieres ayudar a los demás, vela para que nada, ni nadie pueda interferir en el proceso natural. El hombre no necesita que nadie le enseñe, él solo va aprendiendo con la vida. Nada pues de intervencionismos.

¿Es necesario acaso enseñar a las plantas cómo tienen que crecer, o a la rosa cómo y cuándo tienen que florecer?...Lo saben por la propia ley interna de su naturaleza. Ésta es la consecuencia pedagógica de una fe ciega en el hombre, que tanto ha calado en nuestra sociedad actual. A partir de aquí se pueden explicar muchas cuestiones, como pueden ser por ejemplo la «omnipermisividad», que nos lleva a consentir todo a todos o la dejación de los padres, que influenciados por estas ideas, no se atreven a intervenir. Los frutos de todo esto, ya se están viendo: generaciones de niños consentidos y caprichosos, que tienen dificultades a la hora de tener que hacer frente a los problemas de la vida.

Mucho me gustaría poder compartir esta visión optimista del naturalismo y poder decir que el hombre es bueno por naturaleza, ¡ojala! fuera cierto que en su interior sólo hubiera lugar para el bien, pero no es así, la cruda realidad nos lo desmiente a cada momento y nos viene a decir que, el hombre es un ser enigmático y complejo, capaz de lo mejor y de lo peor. Basta una simple observación, para darnos cuenta de que los sentimientos humanos más elevados se dan la mano con los más mezquinos, que las intenciones del hombre a veces son rectas; pero también a veces son rastreras. Estamos lejos de esa bondad natural del hombre.

Más acorde con la realidad está, el decir que, el hombre se encuentra a mitad de camino entre el ángel y la bestia. De él se puede esperar que sea un santo o un héroe; pero también que sea un cobarde y un depravado. Los que hemos sido educados según los principios del humanismo cristiano, sabemos muy bien que la naturaleza del hombre fue dañada en los comienzos de nuestra historia, a consecuencia del pecado original; desde entonces hay que hablar de un hombre, que precisa no sólo ser redimido, sino también ser educado, para que vuelva a encontrarse a sí mismo. La experiencia nos ha demostrado fehacientemente, que el no intervenir a tiempo, puede traer consecuencias funesta para toda la vida y esto es un poco lo que hoy está pasando. Las personas, sobre todo, en las edades más tempranas necesitan que se les ayude, que se les corrija, que se les oriente y si esto no se hace, serán ellos mismos los que se mostrarán decepcionados, porque eso precisamente es lo que esperan y están necesitando de los educadores. Un día, nuestros jóvenes, lamentarán nuestra despreocupación y nos podrán echar en cara, que les hayamos dejado ir creciendo sin valores y faltos de exigencias. La educación es una actividad obligada que es preciso afrontar, pues a través de la educación es como se puede ayudar a restaurar esa naturaleza caída. Nada nos puede hacer pensar que una educación responsable esté en contra de la naturaleza, sino que está llamada a entenderse con ella. Primero para corregir y encauzar algunas de sus inclinaciones y también para potenciar las virtualidades positivas que en ella

se encuentran de forma innata, de tal modo que, orientando por una parte las posibles desviaciones y favoreciendo por otra las buenas disposiciones naturales, podamos llegar a conseguir la plena realización del hombre, que es exactamente a lo que apunta la auténtica educación. Con toda la razón del mundo se ha podido decir que la educación es el arte por medio del cual el hombre puede llegar a ser hombre; por eso mismo la educación es necesaria para el ser humano. Los casos de «hombres-lobos» conocidos, que fueron creciendo al margen de toda educación, apenas han podido superar los niveles de pura animalidad. Una vez que tenemos ya claro que la educación es una tarea necesaria, cabe saber ahora si esa tarea es también realizable; por ello hemos de preguntarnos ¿es posible una educación, inmersos como estamos en una sociedad pluralista, presidida por el neutralismo y el relativismo?... Nuestra sociedad ha abdicado de principios y verdades eternas e inmutables. Nuestra sociedad carece de referencias básicas universales y seguras. En nuestra sociedad todo es justificable, todo vale. Su característica distintiva es el pluralismo. No existe una concepción única del hombre, que se imponga a las demás; hay muchos modelos de hombre; los hay para todos los gustos. ¿Cuál de todos ellos es el auténtico? ¿Qué modelo de hombre puede servirnos de referencia en nuestra tarea educativa? En una sociedad pluralista como la nuestra, esta pregunta tiene difícil respuesta, porque los modelos propuestos son múltiples y diferenciados. Lo que para unos es válido para otros no lo es. Lo que para unos es educar para otros es deseducar, por eso se ha recurrido al neutralismo educativo como salida.

Lo que sucede es que el neutralismo en la práctica es imposible, ya que siempre se acaba enseñando lo que uno es y además, porque desde el neutralismo no se puede educar, dado que, el neutralismo, al colocar todas las posturas en el mismo plano, está considerando que todo es igualmente justificable y si esto fuera así ¿qué sentido tiene que el educador se esfuerce en cambiar las cosas? bastaría con dejarlas como están. Hablar de neutralismo en materia de educación tiene un sentido parecido, al que pudiera tener un cuchillo sin mango que no tiene hoja. No es posible educar desde la ambigüedad moral, espiritual o religiosa; si algo se necesita para educar, son ideas claras sobre lo que es conveniente y no conveniente; tener bien delimitadas las fronteras que separan lo malo, lo regular, lo bueno y lo óptimo.

Si hoy resulta tan difícil educar es porque no sabemos muy bien para qué educamos, y consiguientemente nos faltan modelos educativos que puedan servirnos de referencia. Estamos desorientados y perdidos, no sólo en el campo de la educación, sino en el de la vida misma, nos hemos olvidado de los principios y verdades absolutas, capaces de dar sentido a nuestra existencia, hemos perdido los ideales y nos hace falta un Fin Último hacia el que orientar nuestros pasos. Los padres ya no pueden transmitir ideales a sus hijos, porque ni ellos mismos los tienen. Hay padres que dicen: no saber educar a sus hijos, porque no saben ellos mismos, donde está lo malo, lo bueno y lo mejor. ¿Cómo podrá formar a los demás, quien previamente no ha comenzado por formarse a sí mismo?. Ciertamente es difícil educar en tales condiciones.

Si queremos hacer de la educación una tarea, no diré fácil, pero sí posible, tendremos que salir del relativismo y comprometernos con unos objetivos, con unos principios, con unas verdades, con unos valores que dignifiquen al hombre, no sólo en su condición natural, sino también sobrenatural. Con la mirada puesta en un Fin Último, sabremos como elevar las aspiraciones del hombre, no sólo en el ámbito de la técnica,

también de lo humano y espiritual, porque a eso es a lo que apunta la educación, a un mejoramiento del hombre en toda su integridad. La mejor tradición pedagógica viene alimentando desde hace tiempo la aspiración de un tipo de educación universalista, válido para todos los tiempos y latitudes. ¿Es posible tal modelo educativo, incluso en el seno de nuestra sociedad pluralista? Una educación que tuviera en cuenta las exigencias y necesidades de la común naturaleza humana universal, pudiera ciertamente satisfacer las aspiraciones de todos los hombres. No podemos olvidar que es mucho más lo que nos une, que lo que nos separa. Todos sentimos la misma necesidad de ser felices, todas y todos tenemos que llegar a una misma meta. La educación universalista de la que hablo, aspira a dar respuesta a estas innatas exigencias que tiene y siempre ha tenido el hombre. Si un día tenemos claro el sentido de la vida, tendremos claro el sentido de la educación, porque la educación no es más que una tarea del hombre para el hombre. Para hacer posible una educación responsable nada mejor que arrancar de una antropología auténtica y ¿qué antropología más auténtica que la emanada del cristianismo? De este modo caemos en la cuenta que, una educación con carácter universalista comienza a ser posible cuando se toma en serio el encuentro del hombre consigo mismo, el encuentro con los demás y por supuesto el encuentro del hombre con Dios. Hoy en tiempos de crisis, plagados, como estamos, de convencionalismos y escepticismos, vacíos de ideales, se nos vuelve a manifestar la necesidad urgente de recuperar el sentido trascendente de la existencia a través de la educación. Cuando decimos que la educación, ha de potenciar las capacidades humanas, los cristianos entendemos, como no podía ser por menos, que la educación ha de tener en cuenta las aspiraciones y valores religiosos, tal como lo exige el desarrollo integral de la persona. La educación humana y la formación religiosa, para un cristiano, son itinerarios que conducen al ser humano al encuentro de sí mismo y le ponen en disposición de llegar a ser el que por vocación divina está llamado a ser. El proceso educativo, si es integral, habrá de apuntar necesariamente a la plena realización del ser humano y habrá de comportar un compromiso, que tiene como intención última el acercamiento a Dios, en cuanto Fin Último del hombre, es por esto que la configuración del ethos cristiano, entra dentro de las aspiraciones educativas.

### **El ideal cristiano de libertad**

Nacemos con libertad; pero hemos de aprender a ejercitarla. Se nos ha dado la capacidad de pensar y decidir por nosotros mismos; pero hemos de ajustarnos a la Verdad y al Bien, como valores absolutos que son, aunque en nuestra cultura relativista todo se cuestione. Libertad, es palabra que oímos con frecuencia en boca de la gente. La escuchamos en familia y en el parlamento, en mercados y en las calles, escrita la vemos en paredes y pancartas, en los libros y periódicos. Su utilización está bien vista y en ocasiones hasta se hace indispensable pronunciarla. En una sociedad como la nuestra, rendida a sus encantos, los hombres están dispuestos a todo para ser libres, pero ello es interpretado como el derecho a hacer lo que a cada cual le viene en ganas y eso no es libertad o al menos no es la Libertad con mayúscula de la que yo quiero hablar.

En nombre de la libertad se han realizado proezas sin medida. Hombres y mujeres han estado dispuestos a morir por ella. En nombre de la libertad también se han cometido y se cometen muchos crímenes y



abusos; si lo sabría bien la musa de la revolución francesa Madame Roland quien antes de morir guillotizada en el París del siglo de las luces, alzó su mirada hacia la estatua de la Libertad para decir «Oh libertad cuantos crímenes se han cometido en tu nombre» ¡ Lástima que de ello no se hubiera dado cuenta antes! A partir de aquí se explican muchas cosas

La palabra libertad en boca de los mártires y santos resulta ser una de las palabras más hermosas de nuestro diccionario; pero en boca de exaltados libertarios puede infundirnos pavor. Las ideologías de las últimas décadas nos han transmitido un fervor idolátrico por la libertad y lo que nosotros hemos hecho es quedarnos sin más con la palabra simplemente, sin profundizar en su sentido. De su auténtica verdad hemos quedado huérfanos, la hemos ido expurgando de todo compromiso, la hemos ido ensuciando hasta hacerla irreconocible. La libertad ha llegado a ser sinónimo de permisividad. A más permisividad más libertad, como si ambas fueran mitades de un mismo todo. Éste es el drama de nuestro tiempo.

La libertad que a la gente gusta es la que da derecho a todo, sin que comporte deberes. Es la libertad exenta de responsabilidades y de cargas. Es la libertad del que dice: que me dejen ser libre para vivir mi vida y poder saciar mis apetitos, libre para entregarse a la perversión o a la pasión, libre para hacer con su cuerpo y con su vida lo que quiera, porque para eso es suyo. Libertad para probarlo todo, para experimentarlo todo. Se utiliza la libertad para poder entrar en barrizales de accesos fáciles, aún a sabiendas de que una vez dentro, es imposible salir de ellos, porque encadenan de por vida. Libertad viene a ser tanto como decir permisividad en todo y para todo. Ésta y no otra es la libertad que a veces se predica, que a veces se bendice, que a veces se tolera. En una sociedad como la nuestra, los jóvenes no tienen necesidad de ser rebeldes o inconformistas porque todo se consiente. Gracias papá, gracias mamá por comprenderme, por no cercenar mi libertad, por dejarme hacer lo que yo quiero y si no es así ya vienen los conflictos familiares. El resultado no podía ser otro que el que es. Cualquiera puede ver por nuestras calles, jóvenes, también niños y niñas, arrastrarse por el suelo, víctimas del alcohol o de la droga. Ellos han hecho lo que les apetecía, creyéndose así libres, cuando en realidad no lo eran. Siento pena por ellos, porque me imagino cual puede ser su final. ...¿qué se puede pensar de una libertad así?

Aspirar a ser libres sin ataduras de ninguna clase es un sueño imposible, pretender hacer y deshacer sin tener que responder por ello ante nada ni nadie es una indignidad. Normalmente sucede, que quien comienza haciendo sólo lo que le apetece, acabe siendo lo que nunca quiso llegar a ser. Responsabilidad de los gobiernos, de la sociedad, de los educadores, de los padres, de todos, es hacer de la libertad, expresión de la suprema dignidad del hombre, asociada al sagrado deber de respetar los compromisos y exigencias de nuestra naturaleza humana, que nos pone a salvo de la degradación y esclavitud de nuestras propias pasiones. Libertad no es poder hacer lo que se quiere y sí la capacidad que tiene el ser humano para poder hacer lo que se debe. Una libertad auténtica va asociada a la responsabilidad y el compromiso, es un don de Dios que se nos ha dado, para poder alcanzar nuestra realización humana y sobrenatural

Nunca como ahora el hombre se ha sentido tan libre; pero ¿en realidad lo es? Habría que recordar al respecto aquellas palabras de Goethe «Nadie es más esclavo que quien se considera libre sin serlo». No esperes

que nadie te regale esta Libertad con mayúscula de la que hablo, eres tú quien tiene que conquistarla con esfuerzo pero al final merecerá la pena, si con ella consigues ser dueño de ti mismo. Necesitamos la Libertad para alcanzar los más nobles ideales, Libertad para imitar a los grandes modelos de la historia y ¿quien más grande que Jesucristo? Si queremos encontrar un ideal al cual servir en plenitud y libertad, sólo tenemos que abrir el evangelio y allí encontraremos motivos más que suficientes para dar sentido a vuestras vidas. En una palabra, la Libertad con mayúscula sólo la podemos encontrar en Cristo, que fue quien nos rescató de las cadenas, nos liberó de todas las esclavitudes.

### **La vida del cristiano en sintonía con la fe que se profesa**

Todos necesitamos creer más y mejor o lo que es lo mismo, tener una fe más auténtica, con una doble exigencia, la de puertas adentro y la de puertas a fuera. Con esto estoy diciendo que la fe tiene que ser una virtud para ser vivida y también para ser testimoniada. Me centraré en estas dos dimensiones de la fe.

Nadie puede decir creer de verdad si no vive su fe. El divorcio entre lo que se cree y lo que se vive acaba siempre en una esquizofrenia espiritual insufrible. No es cuestión de golpes de pecho y decir Señor, Señor, con un corazón fariseo, sino de vivir sumergidos en la vida y el misterio de Dios con fidelidad a su palabra; pero como esto nos resulta a veces complicado, nos hemos fabricado nuestro propio cristianismo. Hemos pasado del «Cristianismo evangélico» a un cristianismo hecho a nuestra medida. Un cristianismo por libre, muy en consonancia con el espíritu libertario de los tiempos que nos ha tocado vivir, donde las opiniones y gustos personales se anteponen al sagrado mensaje, que nos ha llegado a través del evangelio, cambiando así la hipocresía de antaño, por el cinismo de ahora. Hemos llegado de esta forma a profesar una fe tan acomodaticia a la cultura actual, tan poco exigente, que es difícil ya distinguir a los cristianos de quienes no lo son; porque en el fondo unos y otros vamos por la vida apegados a la tierra y carentes de un sobrenatural sentido, sin que se vea en nuestros rostros la esperanza y la alegría de Cristo Resucitado

Y lo peor de todo es que hay muchos que no lo quieren recocer y se consuelan con un cristianismo folklórico inconsistente, contradictorio y falso. No se dan cuenta que la fe es para vivirla y que si no es así para nada sirve, porque se trataría de algo muerto. La conclusión a la que hemos podido llegar es que a nuestro cristianismo le falta autenticidad y esto es lo que más debiera preocuparnos, pues lo importante no es que los cristianos seamos muchos, sino que lo seamos de verdad. No podemos contentarnos con un cristianismo sociológico integrado por malos cristianos, que no viven su fe, porque si así fuera, estaríamos dando muestras de que nos preocupa más el parecer que el ser. ¿No habíamos dicho mil veces que lo que valía era el cristianismo comprometido y responsable? Desde esta simple reflexión se hace denunciabile la actitud, bastante generalizada por cierto, de quienes se autodenominan católicos; pero no se consideran practicantes o de quienes hablan de un catolicismo sin dogmas o de los que ponen en práctica una religión sin fe. Seguimos bajo los efectos del antropocentrismo modernista que considera que el hombre es la medida de todas las cosas, que él es el autor y creador del Bien y de la Verdad, rebelde a todo lo que nos viene de lo alto. Hemos aprendido a diseccionar la persona contraponiendo lo que es la vida pública con la vida privada, hemos aceptado la

dicotomía entre lo que se dice y lo que se piensa, entre lo que se piensa y lo que se hace, en definitiva hemos aprendido a disociar la fe de la vida, hemos pretendido en fin ser cristianos sin serlo de verdad. La otra dimensión de la fe hace referencia a la testimonialidad. Cristiano quiere decir testigo de Cristo. Hubo un tiempo en que testimoniar era sinónimo de argumentación debidamente razonada. Eran aquellos tiempos en que la razón filosófica gozaba de un prestigio indiscutible, eran los tiempos de las apologías y los apologetas; pero algo ha cambiado y las cosas ya no son así. La razón ha dejado de ser esa «diosa soberana respetable y creíble» para convertirse en una «vieja hembra, embustera» que diría Nietzsche, maquinadora de argucias que suscita recelos en el hombre moderno. En su lugar hoy se apuesta por aquellos testimonios que van refrendados por la vida. Ya no sirve aquello de «no des crédito a lo que yo hago sino a lo que digo». Esto ya no vale. Hoy, si no haces lo que dices caes en desacredito. Por eso a los Apóstoles de la Nueva Evangelización no se les va a pedir sólo argumentos apologeticos, que demuestren que creer es lo más razonable del mundo, se les va a pedir además testimonio de vida. Pocas palabras, sólo las justas, muchos ejemplos que son los que en definitiva mueven. Quien no vive su fe, la está difamando y difícilmente puede ser testigo de ella. Hoy más que nunca, los cristianos tenemos que hablar con el ejemplo, si queremos ser creídos por los hombres de hoy. Vivimos tiempos de confusión, la persecución del cristianismo no cesa. Previsiblemente el futuro que se avecina no va a ser mejor; en cualquier caso no nos va a faltar buenas ocasiones para poner a prueba nuestra condición de católicos. Ante la avalancha laicista que se nos viene encima, no hay lugar para el cinismo, las mediocridades, la tibieza, o las dobles tintas. No diré la única, pero sí una de las respuestas obligadas, frente a la violación que se está produciendo de lo más sagrado del hombre, hemos de buscarla en el testimonio valiente. Desde hace tiempo, el ser testigo de Cristo en nuestra sociedad, comporta un cierto martirio incruento y puede que este peligro vaya siendo cada vez mayor, por ello conviene estar preparados para asumir riesgos, todos los que fueren necesarios. A todos los católicos se nos hace una llamada para que reflexionemos sobre la necesidad de vivir aquello que decimos profesar y de anunciarlo también a los demás, con el convencimiento de que sólo una fe vivida nos hará crecer interiormente, sólo una fe testimoniada puede ser convincente frente a los demás.

## **CRISTIANOS EN EL MUNDO**

### **Rápida visión de 2000 años de Cristianismo**

A través de un brevísimo recorrido por la historia quiero presentar aquí los orígenes y desarrollo de una forma de ser y entender la vida que cambió al mundo.

Durante su larga singladura, la barquilla de Pedro ha pasado por momentos difíciles, ha tenido que hacer frente a problemas de todo tipo; persecuciones, herejías, incomprensiones, enfrentamientos, calumnias, deserciones etc. y ahí sigue para asombro del mundo. Entre luces y sombras ha ido peregrinando y lo seguirá haciendo, calumnias deserciones porque no puede renunciar a su carácter histórico, colaborando en la construcción del mundo. La Iglesia es una Institución en el

mundo y es ahí donde tiene que realizar su misión, no fuera de él. Mirando la historia, hay razones suficientes para pensar, que el cristianismo ha tratado de llevar a cabo una misión importante a través de momentos bien diferentes.

Su excelsa función tiene su comienzo en las primeras comunidades cristianas. Durante los tres primeros siglos la primitiva comunidad se mantiene unida por el vínculo del amor. A pesar de las dificultades y persecuciones son fieles testigos de Cristo en la clandestinidad, dedicándose a esparcir la semilla del evangelio, que era regada con su sangre generosa. Cuando moría alguno de ellos, era enterrado en las catacumbas con la inscripción de R. I. P. que pasó a ser una invocación generalizada dentro de la Iglesia en el oficio de difuntos; pero con un distinto significado, pues lo que originariamente se quiso dar a entender con estas palabras, era que allí reposaba alguien que había muerto en unión, amistad y paz con los miembros de la comunidad. Ahora lo que con estas palabras se invoca, es la paz y descanso eterno. Los orígenes del cristianismo fueron tiempos duros donde hubo persecuciones y derramamiento de sangre, tiempos en los que había que vivir la fe con heroísmo y el amor como entrega y servicio a los hermanos

Por el Edicto de Milán de (313) vino la paz que se prolongaría hasta el final del Imperio Romano. Con Constantino la religión cristiana se legaliza, llegando con Teodosio a ser la única permitida en el Imperio. Esto hace que de una pequeña grey el cristianismo pase a ser una institución de mayorías, donde se precisa ya una compleja organización. Aún con todo no son tiempos fáciles, pues en su interior surgen amenazas de separaciones y aparecen herejías que fue preciso combatir. Se celebran varios concilios: Éfeso, Calcedonia, Constantinopla. Es la época de los Santos Padres, verdaderos colosos del espíritu. Atanasio, Gregorio Nacianceno, G. Niceno, Cirilo Tertuliano, Ambrosio, Jerónimo, Agustín.....son nombres que lo dicen todo en la Historia de la Iglesia. Con ellos se va perfilando, clarificando y sistematizando el dogma y la teología, a lo que ha de seguir el periodo del Medioevo (vi-xiv) importante para la historia de la Iglesia con sus luces y sus sombras, como es natural. En este periodo hay que destacar la creación del Sacro Imperio Romano Germánico, lo que supuso que el poder espiritual y material marcharan juntos, con las ventajas y los inconvenientes que ello supone. El poder de los Papas se acrecienta, hasta el punto de que el ser Papa equivalía a ser rey, lo que suscitaría ambiciones en los laicos por ocupar la sede de Pedro. Con Carlomagno vemos que Iglesia y Estado vienen a ser una misma cosa.

Carlomagno es precisamente ese tipo de príncipe cristiano con el que comienza a hacerse realidad el sueño de la Ciudad de Dios sobre la tierra. Tanto el poder del Papa como el del Emperador se pensaba que venían de Dios, pero por razón de su dignidad el poder espiritual del Papa estaba sobre el temporal del Emperador, con lo que implícitamente se reconocía que el Papa representaba la suprema cabeza del Imperio. Esta conjunción de la Iglesia con el Estado finalmente no daría los frutos que hubieran sido de desear. Hubo abusos, tanto por los Emperadores como por los Papas, que acabaron por originar tensiones entre Iglesia y el Estado.

La gran influencia de la Iglesia en este periodo se tradujo en una manifestación de gran religiosidad de los pueblos y en una gran uniformidad de pensamiento dentro de una concepción teocéntrica, según la cual, Dios lo significaba todo en la vida de los hombres. Siendo Cristo

el Alfa y el Omega y así es como se le representó durante esta periodo histórico.

Los enemigos de la Iglesia han aprovechado hechos y acontecimientos de este periodo histórico para forjar una leyenda negra, que ni es imparcial, ni se ajusta a la realidad. Las Cruzadas son objeto de críticas desmesuradas. Tampoco tienen razón quienes consideran a esta época dominada por la religiosidad, como expresión de oscurantismo y tenebrosidad, pues lo cierto es que los monjes en sus monasterios realizaron una obra ingente, recuérdense los nombres de S. Benito y S. Bernardo, S. Leandro, S. Isidoro. Gracias a ellos y muchos más se pudo salvar el vasto acervo cultural que habrían de recibir en herencia las futuras generaciones. Los Monasterios y las Escuelas de Traductores fueron focos importantes de pensamiento. Es difícil encontrar en la historia de la Filosofía, una corriente tan vigorosa como lo fue la Escolástica en este tiempo. Desde el punto de vista artístico sería suficiente con fijarnos en las catedrales y representaciones primorosas de todo tipo, que hoy podemos admirar como símbolos de la fe religiosa del pueblo, difícil de superar. Enriquecimiento para la Iglesia y también para la sociedad fue la creación de las Universidades y las Órdenes Mendicantes con nombres tan preclaros como Sto. Domingo de Guzmán, S. Francisco de Asís, otros nombres como S. Alberto Magno, Sto. Tomás de Aquino, S. Buenaventura que elevaron las reflexiones filosófico-teológicas a cotas insospechadas. En el caso del Doctor Angelico, bien pudiera decirse que ha marcado un hito en la historia del pensamiento

Creo que no es exagerado decir, que el punto álgido del cristianismo hay que situarlo en la Europa Medieval, con la aparición de la **CRISTIANDAD** que representa un nuevo orden político-social teocéntrico, imbuido de sobrenaturalidad, llamado a impregnar de sentido trascendente la vida de los hombres y de los pueblos. Ningún historiador serio pone en duda, que el cristianismo haya sido la nodriza, en cuyos pechos se han ido nutriendo la raíces culturales de un Occidente a la cabeza de la ciencia y el progreso

La vida de las personas y de las naciones en la Europa del siglo ix al siglo xv sólo es comprensible desde una experiencia religiosa cristiana. Fueron los tiempos en que todos los pueblos de Europa eran como una sola nación, La ONU, diríamos hoy, unidos bajo el signo de la cruz y de la espada también, donde todos hablaban una misma lengua, el latín, había una sola fe, la católica, todos se regía por un mismo código moral, inspirado en el decálogo, tiempos en que trono y altar eran una misma cosa. Decir Europa entonces era tanto como decir Cristiandad y decir Cristiandad era tanto como decir Europa. Fue el largo periodo, donde Dios lo era todo para todos, como bien dice Daniel-Rops. «Nada se hacía que no tuviera a Dios como fin, como testigo o como juez» Todo estaba impregnado de su presencia. Los que vivieron este periodo histórico tenían la impresión de que habían logrado una construcción político-social, que podía ser considerada como una obra maestra irrepetible y perdurable, que resistiría el paso de los siglos al igual que las catedrales. Imposible era pensar ya en un orden distinto que no fuera el establecido por la Cristiandad; pero como todos sabemos, esto no fue así y el devenir de la historia siguió su curso, demostrando una vez más, que nada en nuestra tierra es definitivo, que todo está sometidos a un proceso imparable en el que los cambios y renovaciones se hacen inevitables. Este humanismo trascendente religioso, iría dejando paso a un humanismo descristianizado, en el marco de una sociedad cada vez más secularizada, que se olvidaba del más allá para volcarse en el más acá,

restando importancia a Dios y dándosela al hombre. Comenzaba a emerger una nueva sensibilidad; aunque no bruscamente ni de forma simultánea en todos los países; era el presagio de la modernidad, que representó un periodo de renovación y cambios, pues como bien dice Heidegger, «el hombre moderno vive devorado por el afán de novedades. En los tiempos modernos, la Iglesia tiene que pasar por una nueva prueba, en ellos se produce la ruptura de la cristiandad. Desaparece el Sacro Imperio Romano Germánico, que es sustituido por los estados modernos en los que las jerarquías comienzan a sentirse más unidas a los príncipes que al Papa.

Tiene también lugar la reforma protestante con la consiguiente escisión entre la comunidad cristiana y católica. Frente a este grave acontecimiento la respuesta fue la convocatoria del concilio de Trento (1545-1563) que tanto representa en la historia de la Iglesia y que responde a unas finalidades muy claras: extirpación de las herejías y depuración de las costumbres. Son tiempos recios en los que como en otras ocasiones surgen del seno de la Iglesia hombres y mujeres excepcionales, baste recordar los nombres de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola y un gran número de teólogos llamados tridentinos.

Justamente cuando en esta época muchos países se apartaban de la Iglesia Católica, nuevos mundos se abrían al mensaje de Cristo. América era descubierta y ello representaba la adhesión de un Nuevo Continente para Cristo. La cosecha de esta siembra la podemos valorar hoy al constatar que una tercera parte de los católicos de todo el mundo son americanos.

Llegamos así al Siglo de las Luces en que comienza a debilitarse la fuerza del cristianismo. La influencia del racionalismo ilustrado tiene como consecuencia inmediata el alejamiento del hombre con respecto a Dios. Al tiempo que se comienza a confiar desmesuradamente en la razón, se va desacralizando la vida religiosa. El teocentrismo es sustituido por el antropocentrismo. Es una época de crisis religiosa. Los maestros de la sospecha comienzan a esparcir su semilla y la diosa razón trata de suplantar a la fe y aspira a dominarlo todo.

La respuesta de la Iglesia a esta nueva situación de crisis vuelve a ser la convocatoria de un concilio, el Vaticano I 1869 con el propósito de hacer valer la fe frente a las doctrinas racionalistas del momento, cosa que hasta cierto punto se consiguió; pero no fue esto sólo, también la figura del Papa salió fortalecida. A ello contribuyó la declaración dogmática de su infalibilidad.

Comienza a perfilarse una gran unidad de la Iglesia y del mundo católico en torno al Papa, cuyo prestigio moral va en aumento en unos tiempos en que había perdido el poder político con la desaparición de los Estados Pontificios. Paradójicamente el Papa, encerrado en el Vaticano, comienza a tener un extraordinario prestigio y los ojos del mundo se vuelven a él reclamando sus consejos y orientaciones. Son también los tiempos en que surgen las grandes congregaciones dedicadas a la caridad y a la enseñanza. S. Vicente Paúl. S. Juan Bautista de la Salle, S. Juan Bosco, S. José de Calasanz. Además comienza las primeras andanzas del apostolado laico que acabaría teniendo su protagonismo en el nunca bien ponderado Movimiento de Acción Católica.

En los tiempos posteriores al Vaticano I hubo un cierto florecimiento en la Iglesia que se manifestaba a través del aumento del fervor popular y el auge de las vocaciones religiosas. Esto hasta que apareció una crisis generalizada que acabó sacudiendo los fundamentos de la civilización occidental y se hizo sentir también en las conciencias religiosas en

forma de un cierto confucionismo. A mediados del siglo xx el entendimiento entre cultura y religión resulta ya especialmente complicado porque cada una hablan distinto lenguaje. Fue por entonces cuando el papa Juan XXIII intuyó la necesidad de convocar un nuevo concilio que marcaría las pautas para un acercamiento al mundo del cristianismo. El concilio Vaticano II se celebró con la intención de afrontar los problemas de nuestro tiempo agudizados por la crisis de pensamiento del ateísmo. Se intenta un acercamiento al mundo para ofrecerle un mensaje de salvación en un momento de desorientación, aunque para ello fuera necesario cambiar algunas cosas de carácter puramente formal. Muchas fueron las esperanzas puestas en este concilio que luego no se verían cumplidas satisfactoriamente. La crisis generalizada continua y la desorientación sigue ahí. Progresistas y tradicionalistas no acaban de entenderse en puntos que afectan a cuestiones esenciales de la vida cristiana. El futuro se presenta incierto ante la mirada expectante de los observadores, mientras que para los ojos de los católicos, los tiempos que faltan por venir vienen cargados de esperanza, según la promesa de Cristo. «Las puertas del infierno no prevalecerán». Con la llegada a la Cátedra de Pedro del Papa Francisco renacen nuevas esperanzas y se abre un nuevo periodo que todos deseamos que sea fructífero

### **El cristianismo en situación crítica**

Dadas las circunstancias presentes, el tema de la renovación de la Iglesia puede que sea una necesidad, sentida y comprendida por la mayoría de los católicos; pero las dificultades surgen de inmediato cuando se trata de precisar el alcance del cambio, el conflicto aparece cuando se intenta fijar a que cuestiones ha de afectar y cómo se ha de traducir en la práctica.

Sabido es que los textos del concilio Vaticano II son lo suficientemente flexibles para que puedan ser interpretados por sensibilidades distintas, lo que hace inevitable, hasta cierto punto, la confrontación de opiniones. Las posiciones extremas de uno u otro signo están creando situaciones delicadas dentro de la Iglesia. Unos que no quieren moverse y otros que quieren ir demasiado lejos, lo que ha motivado una especie de escisión entre los católicos, tan es así, que hay quien ha llegado a preguntarse, si verdaderamente hay unidad de fe dentro de la Iglesia Católica.

Cuando se aborda esta espinosa cuestión, uno no puede por menos de recordar las duras palabras de Pablo VI advirtiéndonos de que el humo de Satanás se había introducido en el seno de la Iglesia, donde se cobijan los que quieren seguir llamándose católicos, sin que estén dispuestos a cumplir los requisitos exigibles para serlo. Lo más preocupante del caso es que no se trata de un fenómeno aislado que afecta a unos cuantos pseudo-progresistas, que todo lo cuestionan, sino que afecta al pueblo llano y sencillo.

Se piensa que el pecado no existe. Se juzga muy libremente sobre la divinidad de Cristo y la virginidad de María. Se cree en las tradiciones populares; pero no en los dogmas. La eucaristía no es considerada con el debido respeto. Se acepta a Cristo pero no al papa y a la Iglesia. Las cuestiones que constituyen la base del catolicismo se someten a la libre interpretación. Por doquier se oye la famosa frase de yo soy católico pero no practicante, como si para ser católico fuera suficiente con asistir a las procesiones en Semana Santa y dejar caer unas lagrimitas. Lo que se está dando es una desorientación generalizada entre los fieles. Siempre han existido disidencias; pero antes se sabía muy bien donde estaba cada cual. La pureza de la fe

estaba a salvo y el que se llamaba católico lo era con todas sus consecuencias. Hoy en cambio no es así, la gente sigue considerándose católico muy libremente, simplemente se cree en lo que interesa creer, católicos de barra libre que consumen lo que les apetece y cuando les apetece. A lo que parece, es como si se pudiera ser católico y no católico a la vez.

No hace falta buscar disidentes fuera de la Iglesia, dentro de la misma encontramos a no pocos, que manifiestan tener escasa comprensión y piedad hacia ella. ¿Que tipo de católicos son los que profesan un neoliberalismo agnóstico, menospreciando o eliminando el derecho natural, relativizando la moral, sometiendo la fe al juicio de la razón, negándose ellos mismos a someterse a la autoridad legítimamente constituida?

El progresismo irresponsable no puede ser la solución, como no lo es tampoco el inmovilismo a ultranza que está imposibilitando avanzar en el sentido de la madurez cristiana. Unos y otros están obligados a entenderse para poder remar juntos en la misma dirección.

Otro grave problema de la Iglesia es la falta de participación activa de todos sus miembros. La realidad es que la mayoría de los católicos se quedan fuera, no se sienten Iglesia. Es urgente llegar a la conciencia de los fieles para hacerles saber que Iglesia somos todos los que hemos sido bautizados en Cristo y queremos seguirle fielmente. Una de las herejías más perniciosas en estos tiempos que corren, es pensar que la Iglesia sólo es Roma, que son los obispos, que son los curas y los religiosos. Sí, hay que superar el trasnochado clericalismo de antaño, del mismo modo que hay que eludir también la falsa secularidad que no tiene en cuenta, las directrices de la jerarquía, porque ambas posturas pueden resultar nocivas.

Dada la escasez de sacerdotes y teniendo en cuenta que la edad media de los mismos anda por los 63 años, es imprescindible que los seculares nos incorporem a las tareas eclesiales, que se nos vayan asignando.

Nos hemos acostumbrado a vivir al margen de los asuntos de la iglesia; pero cuando se nos presenta ocasión, la hacemos objeto de nuestras críticas, no siempre justas no siempre oportunas. Conviene que desde dentro comencemos ya a preguntarnos, si verdaderamente nos sentimos miembros de la iglesia, en que forma y para que estamos en ella. Es hora de que comencemos a preocuparnos por la parte de responsabilidad que nos corresponde en la galopante descristianización del mundo, tomar conciencia sobre lo que hemos hecho mal o dejado de hacer, responsabilizándonos de que nuestra presencia en el mundo no haya sido lo eficaz que debiera. Con vergüenza debiéramos reconocer que también nosotros, los católicos, hemos sido atrapados por los mismos afanes mundanos y como los demás somos egoístas y ambiciosos, como los demás materialistas y consumistas. Debíáramos, en fin preguntarnos, en que medida estamos contribuyendo a que triunfe la causa de Cristo en nuestro mundo. Sin duda los católicos somos responsables de lo que está pasando, si bien unos más que otros, natural mente.

El tercer gran reto para el cristianismo de hoy lo constituye el ecumenismo.

Frente al fenómeno del neopaganismo, se impone una evangelización nueva, valiente y coherente. Este va a ser el gran «affaire» del año 2000, aunque como dice monseñor Fernando Sebastián en su libro «Nueva evangelización» no se sabe muy bien en que va a consistir, ni como se ha de llevar acabo.

Algo no obstante parece claro y es que si el gran problema de nuestro tiempo es el laicismo, la tarea del cristiano no puede ser otra que la



de hacer presente a Cristo en un mundo descristianizado. Según palabras de Juan Pablo II «la nueva evangelización» consistirá en proponer el núcleo fundamental del cristianismo. «Dios te ama, Cristo ha venido por ti». Ante la urgencia y necesidad de transmitir este mensaje nuclear del cristianismo, Juan Pablo II hace una llamada a todas las iglesias para que participen en esta tarea. El papa pedía la colaboración de protestantes y ortodoxos, consciente de que todas las fuerzas van a ser necesarias en este proyecto de impulsar esta Nueva Evangelización, toda vez que ninguna iglesia por separado pueda sentirse capaz para ello. Lo mismo que la primera cristianización de Europa y del mundo fue obra conjunta de todos, así también decía Monsr. Suquía que la Nueva Evangelización de Europa tiene que llevarse a cabo con el esfuerzo generoso y unánime de todas las comunidades cristianas. Pretender que cada confesión independientemente de otras, anuncie el evangelio de Jesucristo a los innumerables pueblos que todavía lo ignoran, es arriesgarse temerariamente al fracaso y a la frustración. Por esta razón el Sínodo Europeo de Roma abordó con realismo el papel que han de jugar las iglesias cristianas de Oriente y Occidente, los católicos, ortodoxos, protestantes... en la cristianización de Europa. Como se ve este asunto va ligado al ecumenismo. De modo que de la unidad de los cristianos depende que el mensaje de salvación sea más universal y creíble para el mundo. Así lo dió entender Juan Pablo II. No es lógico que se haya emprendido el camino de la unidad política y económica en la Comunidad Europea, mientras en la comunidad cristiana reine la desunión y la discordia. ¿No sería este uno de los mayores escándalos de nuestro tiempo?

Cara al siglo XXI las exigencias ecuménicas van a ser cada vez más apremiantes. Difícil va a ser, sin duda, afrontar con éxito este cometido; pero no imposible ya que todas las iglesias cristianas son expresiones diferentes de un intento de aproximación a Cristo. La mayor dificultad está sin duda en el reconocimiento del papado según la fórmula «cum petro et sub petro»; por ahora no se ve salida a esta cuestión, ello no impide que se pueda vivir en unidad dentro de la diversidad. En lo necesario unidad, como decía S. Agustín, en lo dudoso libertad y en todo siempre caridad. Sin llegar a pensar que todas las religiones son iguales sigue siendo verdad el juicio emitido por el C. E. I. de que todas las religiones son expresión del impulso natural del hombre hacia Dios.

Otro de los asuntos pendiente del cristianismo de nuestro tiempo hace referencia a la forma de apostolado. Hoy día ésta es una cuestión que nos introduce de lleno en la utilización de los medios de comunicación sociales. No sólo importa lo que se ha de transmitir, importa también los modos y las formas. Los cristianos hemos de aprender hacer uso de los poderosos medios de comunicación que la técnica pone en nuestras manos. En el argot político se dice, que quien tiene la televisión tiene la capacidad de persuasión, por eso no podemos vivir de espaldas a la realidad social.

El concilio Vaticano II trató este tema en el decreto «Inter mirifica» que es el más modesto de los documentos conciliares, gestado con prisas y apresuramientos en un ambiente de cansancio. La materia que trata es nueva para ese tiempo y algo extraña a la mentalidad eclesial. Tuvo dificultades en la votación e incluso se llegó a hablar de la retirada definitiva del esquema presentado. En este documento se reconoce la conveniencia de utilizar los medios audio-visuales.

Ha pasado mucho tiempo y la realidad, pone de manifiesto que los Padres Conciliares no se equivocaban ¿cómo si no se puede hacer llegar el mensaje cristiano a aquellos que no pisan la iglesia? Juan Pablo II

comentó en alguna ocasión, que los católicos tenemos descuidados estos medios de comunicación y nos anima a servirnos de ellos, para integrar el mensaje cristiano en esta nueva cultura creada por la comunicación moderna. Pablo VI ya se había pronunciado sobre esta cuestión al anunciar que la ruptura entre evangelio y cultura, es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo.

Estaremos de acuerdo que hoy tiene más virtualidad una cadena de televisión que todos los púlpitos juntos. Las nuevas generaciones van a vivir cada vez más condicionadas por estos medios de comunicación de masas, pues los hombres y mujeres de nuestro tiempo se han acostumbrado a pensar a través del periódico que leen, la radio que escuchan o de la televisión que ven.

Pionero de esta estrategia apostólica fue el gran misionero del siglo pasado Antonio María Claret que se hacía acompañar en sus correrías por un hermano y una mula cargada de folletos y libritos de propaganda, convencido de que los libros son la comida del alma. Ya en este tiempo la gente vivía de prisa y sólo leían este tipo de publicaciones breves. Otro gran apóstol de las publicaciones fue Juan Bosco, para quien un buen libro es la mejor limosna que se puede hacer. Apóstoles de la columna, periodistas, escritores, locutores de radio y televisión son los mensajeros que en la hora presente pueden hacer que el cristianismo salga a la calle.

Los católicos somos todavía un colectivo, más que suficiente como para mantener a flote un tipo de prensa, radio o televisión al servicio de la dignidad de la persona y de los valores, arrojando con nuestro seguimiento todos los intentos que se hagan a favor de una cultura humanista y cristiana

Habremos de contar con estos medios para llevar a cabo la ingente labor de apostolado en un mundo expectante y temeroso, sabiendo eso sí que lo decisivo van a ser las personas que se hagan cargo de ellos. Hoy como siempre, los evangelizadores que el cristianismo necesita son los santos conocedores del corazón del hombre, que participan de sus gozos, angustias esperanzas y que estén enamorados de Cristo; pero si son conocedores son también de las formas eficaces del moderno apostolado, mucho mejor.

### **Compromiso cristiano de la hora presente**

No es fácil ser cristiano en un mundo como el nuestro, no lo es. Hay fuerzas interesadas en que el mensaje evangélico no trascienda a la vida pública. La atmósfera que nos envuelve está cargada de irreligiosidad. El estado laico, la sociedad laica, la escuela pública laica, la familia... ¿qué decir de la familia?... Se parte del convencimiento que el fenómeno religioso es una cuestión privada. Por desgracia éste es un sentimiento que empiezan a compartir muchos cristianos, al menos implícitamente. Son bastantes los que piensan que su fe han de vivirla de «puertas adentro»; que a Dios hay que llevarle en el corazón, pero que no hace falta ir manifestándolo al exterior. Esto es lo que dicen. Podemos encontrarnos con cristianos en la política y en la vida pública, que aseguran tener una acendrada fe personal y que luego en la práctica y cara al exterior actúan y se comportan como si Dios no existiera. Esta sería la tentación de nuestros días: caer en la trampa de considerar que nuestra fe es sólo un asunto personal y que pertenece a la esfera privada, sería también el gran triunfo de los enemigos del cristianismo, que se están esforzando por relegar a la sacristía todo tipo de manifestación religiosa.

En estos días vengo escuchando algo que, en forma de halago se viene diciendo del cristianismo de nuestro tiempo y es esto: Los cristianos de hoy son contemporizadores, están aprendiendo a no enfrentarse a los demás, haciendo de sus creencias una cuestión puramente personal y no sacando a relucir sus creencias en público y esto les acredita como cristianos maduros.

Yo no sé si esta imagen del cristianismo es cierta o no, pero si lo fuera, para mí no sería motivo de orgullo, sino de preocupación, porque un cristiano que renuncie a ser fermento del mundo, es porque está asustado, domesticado, acomplejado, o no se ha dado cuenta cual es su misión en el mundo de hoy. Entiendo que el cristiano comprometido ha de serlo a todas las horas del día. Ha de serlo en casa, en toda su integridad, sin dobleces ni camuflajes, sin disociar su vida pública o su vida privada. Cristiano es el que toma en serio las palabras de Cristo, que nos invita a ser «luz del mundo y sal de la tierra». Si ya de entrada renunciamos a hacer una manifestación pública de nuestra fe ¿cómo podemos ser sus mensajeros? Los cristianos no debíamos sentirnos en inferioridad, con los demás a la hora de manifestar nuestras convicciones. Ciertamente no son los cristianos de la doble personalidad y la doble moral los que estamos necesitando, sino aquellos que en cualquier situación de la vida en que se encuentren, hacen lo posible porque Cristo reine, no sólo en los corazones de los hombres, sino en las familias, en la sociedad, en las naciones, en todos los pueblos, en el mundo entero. Comprometernos con la fe que profesamos es un mandato divino, por ello debíamos decir con Carlos Foucauld: «Todo nuestro ser debe gritar el evangelio, todos nuestros actos, toda nuestra vida deben gritar que nosotros somos de Jesús, deben presentar la imagen de la vida evangélica. Todo nuestro ser debe ser una predicación, un reflejo de Jesús, un perfume de Jesús, algo que grita a Jesús, que hace ver a Jesús, que brilla como a imagen de Jesús». La fe no es una luz que se nos ha dado para conservarla debajo el celemín, sino para manifestársela al mudo.

Con muchas dificultades nos habremos de encontrar en nuestra tarea de ser seguidores de Cristo, pero hemos de asumir nuestro compromiso, firmes hemos de mantenernos en nuestro propósito de llevar un poco de esperanza a un mundo cada vez más deshumanizado. Jesucristo nos ha confiado a nosotros, cristianos del Siglo XXI, la tarea de llevar este mensaje de esperanza, en una noche oscura, a unos hombres y a una sociedad que es la nuestra, para así tener algo que ofrecer cuando se nos diga: Vosotros cristianos, a los que se os confió la luz ¿Qué habéis hecho con ella? Cada cual sabrá que puede ir haciendo, a nivel personal, aunque sea muy poco, en su vida cotidiana, para responsabilizarse de la parte que le corresponde.

### **Id por el mundo a predicar el evangelio**

La identidad del cristiano lleva implícito la de ser testigo de su fe. Las palabras de Jesucristo: «*Id por todo el mundo a predicar el Evangelio*» es una interpelación a todos los que nos consideramos seguidores suyos. Tiempos hubo en los que por diversas circunstancias, que no son ahora del caso comentar, el apóstol, el misionero, el evangelizador, eran términos íntimamente asociados a los sacerdotes y religiosos. De una parte estaban los pastores constituidos en maestros, que proclamaban la palabra de Dios y de otra parte estaba la grey receptora de esa palabra. Iglesia docente e iglesia discente, se decía.

A partir sobre todo del Concilio Vaticano II, hay otra visión y se ha

ido consolidando la idea de que cristianos somos todos los bautizados en Cristo, por tanto hemos de ir entendiendo, que la misión evangelizadora, es una tarea que compete a todos los cristianos sean hombres o mujeres, obispos o sacristanes.

Conscientes de esta nuestra responsabilidad como cristianos, tendremos que comenzar a preguntarnos ¿cómo habremos de llevarla a cabo? Naturalmente el mensaje evangélico en esencia no ha cambiado, ni puede cambiar; sustancialmente siempre es el mismo y siempre habrá de seguir siéndolo. Esto es así, pero también hay que decir que la obra evangelizadora, en cuanto obra humana, está sujeta a los tiempos y no puede ser la misma en el siglo xxi que la que llevaron a cabo los primeros cristianos, la que se llevó a cabo en la Edad Media, o la que se llevó a cabo en el descubrimiento de América. No puede ser la misma porque las circunstancias históricas han cambiado.

Vivimos en un mundo cambiante y complejo y tendremos que ajustarnos a sus exigencias. Es normal que entendamos que los nuevos signos de los tiempos nos marquen el nuevo talante de la evangelización.

Es de sentido común, que para saber cómo tenemos que actuar, tendremos primero que conocer las peculiares características de nuestra sociedad; debiéramos saber de sus necesidades y exigencias; conocer las peculiaridades y características de los hombres de nuestro tiempo; es necesario que conozcamos cuáles son sus problemas, sus miedos y sus angustias. Por eso, antes de emprender nuestra tarea, reflexionemos sobre cómo es la sociedad en la que nos ha tocado vivir y cuales son las aspiraciones de los hombres que la integran.

Naturalmente tratar de hacer ahora un análisis exhaustiva de nuestra sociedad estaría fuera de lugar; por eso me limitaré a señalar alguno de los rasgos, que mejor pueda caracterizarla en función del tema que nos ocupa y uno de los rasgos de nuestra sociedad occidental industrializada, bien podría ser un cierto desamparo que viene determinado, sin lugar a dudas por la ausencia de Dios. Nuestra sociedad se ha quedado desasistida, al dar la espalda a Dios, se ha quedado huérfana, al olvidarse de Él.

En fechas no muy remotas, me estoy refiriendo al siglo XIX y principios del xx, de Dios siempre se hablaba y se hacía apasionadamente, bien fuera para afirmarle, bien fuera para negarle. Hasta para los ateos el tema de Dios era capital; así por ejemplo, la obra de Marx, o la obra de Nietzsche, no podían entenderse sin referencia a Dios ¿y qué decir de las ansias y el hambre de Dios, de un hombre supuestamente sin fe, como fue Unamuno? Ciertamente el tema de Dios en ninguna época histórica dejaba indiferente a nadie. Hoy sí, hoy deja fríos a muchos, no les dice nada. El tema de Dios no apasiona; el tema de Dios en nuestra sociedad no es para quitar el sueño; hoy lo que interesan son otras cosas, demasiado triviales, por cierto. El hombre de hoy es el que dice que exista o no exista Dios es un problema que le es ajeno y que sólo al propio Dios puede interesar, hombres y mujeres intenta vivir su vida con las menos preocupaciones añadidas, pues ya tiene bastante con sus propios asuntos, como para estar interesado en los de los demás. Esta es la situación actual y me pregunto ¿Por qué esta indiferencia?.....

El hombre moderno que ha logrado conquistas portentosas, quiere ser también protagonista de su propio destino, se cree autosuficiente y no cree tener necesidad de nadie que le tutele. Diré más. Este hombre es el que no quiere incluso que se hable públicamente de Dios, le molesta y trata de impedirlo. Ha desplegado y está desplegando un gran esfuerzo para que el cristianismo desaparezca, lucha para que las creencias religiosas no se propaguen y no trasciendan a la vida pública.

Dado este escenario, resulta lógico pensar que el apostolado hoy, habrá de tener características bastante diferentes a la de otros tiempos, ser ajustada a los tiempos que corren.

Como ha sucedido en otras épocas, el cristianismo se verá obligado a medirse con la cultura de nuestro tiempo y tendremos que hacerlo sin complejos de ninguna clase. En el fondo se trata de un problema de confrontación dimensional, un drama que siempre ha estado latente a lo largo de la historia, lo que hace que la fe religiosa se encuentre en permanente estado agónico de lucha, que le obliga a constantes adaptaciones y cambios, aunque eso sí, manteniéndose fiel a sus esencias. El posicionamiento religioso nunca es definitivo, nunca se puede hablar de triunfalismos, nunca se puede descansar tranquilos inmersos en formalismos preestablecidos e inmovilistas, porque la religiosidad ha de ser vivida en y desde la temporalidad, con todas las limitaciones y tensiones que implica, querer vivir a nivel de la tierra las realidades que están por encima.

El reto está en saber armonizar lo inmutable con lo mutable, la paradoja de vivir en tiempos cambiantes una esperanza de vida intemporal.

Por eso lo importante no es ya que se hable de evangelización, sino de una **Nueva Evangelización** que permaneciendo fiel al mensaje de Cristo, acierte en las formas, y estrategias exigidas al día de hoy; siendo valiente para afrontar los desafíos de nuestra actual cultura que será mejor o peor, pero es la nuestra. La evangelización ha de ser **nueva** porque así lo exigen los cambios culturales, nueva porque es necesario rejuvenecer el rostro de la Iglesia, nueva porque hay que explorar otros métodos más eficaces y sobre todo porque que todos los cristianos hemos de renovarnos por dentro. Con seguridad que una renovación habría de ser bien acogida por unos hombres un tanto a la deriva, después de haber sabido que no pueden ser salvados por la ciencia que es la última tabla a la que se habían agarrado. El hombre de la posmodernidad vive angustiado y expectante por ver si aparece alguien, que les pueda ayudar a abrirse a la esperanza, porque sin ella no se puede vivir. A este respecto Martín Descalzo, decía, que la gran enfermedad de nuestro mundo no es la crisis moral, ni siquiera la crisis de fe, sino la falta de esperanza. ¿Seremos capaces los cristianos de satisfacer estas ansias de la posmodernidad?

Desde el Concilio Vaticano II han pasado muchas cosas y nuestro mundo ya no es el que era. Los tiempos aquellos ya son cosa del pasado y hay que buscar nuevas adaptaciones siempre bajo la certeza de que todas las estrategias van a resultar poco efectivas, si no van acompañadas por el testimonio de vida. Sin el ejemplo nada es fidedigno para el hombre actual. La autenticidad de nuestro testimonio ha de ir acompañada del servicio y entrega a los hermanos. No se trata ya tanto de hablar y hablar... cuanto de hacer algo por los demás y comprometernos con ellos. Este es el camino para hacer presente a Dios en el corazón de los hombres de hoy. Se trata de mostrarles que Cristo sigue aún presente en el mundo; pero para ello los primeros que tenemos que tener esa experiencia hemos de ser nosotros mismos, los cristianos del siglo XXI una vez que tengamos esta experiencia y nos hayamos liberado de muchos complejos, miedos y respetos humanos estaremos en condiciones de difundir el mensaje evangélico en la calle, en el trabajo, en la sociedad, en las familias.

Del hombre actual se ha dicho que es un descreído, relativista, materialista, consumista, hedonista, lo que no se ha dicho, es que también es muy agudo y perspicaz, que de largo distingue lo que es genuino de

lo que no lo es y esto hay que tenerlo muy en cuenta cuando tratamos de testimoniar algo. La prueba la tenemos en la última experiencia acaecida en Marsella. El Padre Michel María Zanotti Sorkine, hasta hace poco, músico de cabaret y conocido ya como el nuevo cura de Ars. Este párroco está protagonizando una hermosa experiencia aleccionadora. A petición propia se hizo cargo de una iglesia en Marsella que iba a ser cerrada por falta de clientela y he aquí que en breve tiempo todo ha cambiado y ya nada es lo mismo; de tener 50 feligreses ha pasado a 700, las conversiones son constantes y la cosa va a más. ¿Cual es el secreto? nos lo dice el mismo. Propiciar el encuentro con Dios, en una iglesia de puertas abiertas y confesonarios permanentemente disponibles, hacerle presente a través de la entrega generosa, algo que en nuestro mundo cala hondo. Difícil es convencer con palabras; pero no lo es tanto mover con los ejemplos. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo de las pocas cosas de que están convencidos es de que «obras son amores y no buenas razones».

### **El papel de los laicos en la Nueva Evangelización**

«*La evangelización de los nuevos tiempos se hará por los laicos o no se hará*». No es una frase mía, es una frase acuñada por el Episcopado español, que a mí personalmente me suena muy bien y la suscribo totalmente. Las razones son obvias, no solamente por la escasez de sacerdotes, en edades avanzadas, sino también porque los laicos tenemos acceso a unos ámbitos donde más necesario es el testimonio cristiano. Ya no es la Iglesia sino la calle, el lugar donde hay que hacer presente a Cristo en nuestra sociedad. Sí, ha llegado nuestra hora, ha llegado la hora de los laicos y de nosotros va a depender la tarea evangelizadora. Ello supone romper en gran medida con una tradición que viene de largo, en la que los seglares eran receptores de la evangelización y no promotores. Es a partir del concilio Vaticano II cuando la cosa comienza a cambiar. A partir de entonces son numerosos los documentos pontificios que manifiestan su interés por la labor evangelizadora de los laicos. Los sínodos de obispos también muestran una especial preocupación por el tema. Hoy ya nadie duda de que los cristianos laicos tenemos contraída una responsabilidad con nuestro mundo. En Lumen Gentium N33, podemos leer: «A los laicos corresponde por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos, según Dios... A ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo». El espíritu del Vaticano II está por el compromiso religioso de los laicos dentro del mundo sin pertenecer al mundo. La espiritualidad secularizada distinta de la monástica es un nuevo camino que se invita a recorrer a todos. De lo que se trata es de incorporar todo elemento profano a la obra redentora de Cristo. La vida de los hombres y mujeres, en sus distintas manifestaciones debe ser santificada. Es preciso aprovechar todas las posibilidades cristianas y evangélicas inmersas en las numerosas actividades hechas por los laicos desde la familia hasta el parlamento. El apostolado de los laicos puede ser ejercido a través de su vocación, sea la que sea, cualquier profesión es buena para dar testimonio e impregnar de espíritu evangélico el orden temporal. En el lugar que Dios haya colocado a cada cual, trabajo manual, cultura, familia, docencia, economía, arte, política etc. es desde donde ha de proyectar su condición de seguidor de Cristo.

No me resisto a traer aquí el testimonio de Madeline Delbrêl: «Nosotros gente de la calle (Así se titula uno de sus ensayos) creemos con todas nuestras fuerzas, que esta calle, este mundo donde Dios nos ha puesto, es el lugar para nosotros de nuestra santidad». Lo que nos quiere decir es que, dentro del ajetreo de la vida hemos de ser capaces de encontrar lo que los eremitas encontraron en el yermo o los religiosos de clausura en los monasterios. Los cristianos de la calle mezclados con los demás hombres podemos ser hombres de Cristo, embajadores suyos. Misioneros de los nuevos tiempos, cuando entramos al metro, cuando nos ponemos a hacer colas kilométricas o asistimos a convocatorias tumultuosas, entonces, no sólo veremos sombreros, gorras boinas, cabellos, calvas, cabezas, muchas cabezas, sino que hemos de ver también muchas almas para Cristo. Nosotros los cristianos de a pie asumimos con entusiasmo que se nos pida fidelidad a Cristo, porque sabemos que siendo fieles a Cristo lo seremos también con un mundo que es el nuestro.

### **Jóvenes para el cristianismo**

He pasado mi vida entre vosotros, los jóvenes y no me acostumbro a vivir sin vuestra compañía, por eso os busco siempre que puedo, para que seáis mis interlocutores. Me vais a perdonar que os trate con la familiaridad de siempre. Iniciáis una etapa cargada de expectativas. Ante vuestros ojos se abren miles de posibilidades. Comenzáis un nuevo viaje, tanto en el aspecto humano como en el aspecto religioso y para este viaje habréis de prepararos con todo esmero.

En las diversas culturas, el paso de la niñez a la juventud iba acompañado de un solemne ritual, que en algunas culturas primitivas persiste todavía. Con ello se quería dar a entender la incorporación del nuevo miembro a la sociedad, a partir de entonces, suponía gozar de determinados derechos y responsabilidades. También a vosotros la sociedad y la Iglesia os reconoce unos derechos y unos deberes propios de la edad. Habéis demostrado que ya se puede confiar en vosotros, que se os puede conceder libertad, para que vayáis aprendiendo vosotros mismos a encauzar vuestros pasos, a orientar vuestra vida. Ya no necesitáis que alguien os lleve de la mano y os vaya diciendo en todo momento lo que tenéis que decir o lo que tenéis que hacer. Es algo parecido a lo que sucede con las personas que están aprendiendo a conducir. Primero pasa un tiempo de aprendizaje, teniendo siempre cerca al instructor, para que les vaya enseñando y diciendo lo que tienen que hacer, pero a medida que van aprendiendo a manejar el vehículo, se les va dejando solos, hasta que se encuentren en disposición de hacer un viaje ellos solitos. Al principio serán desplazamientos cortos y por rutas conocidas, con una persona de confianza al lado, para después poder hacer viajes de largo recorrido, con la seguridad suficiente para afrontar las dificultades que vayan saliendo al paso.

Vosotros, hasta ahora, habéis estado dependiendo totalmente de vuestros padres, profesores, catequistas, etc., pero ya ha llegado el momento de que os vayáis soltando, de que comencéis a caminar vosotros solos, poco a poco. Ya ha llegado el momento tan ansiado por vosotros de estrenar la libertad; eso que los jóvenes, como todo el mundo, desean con todas sus ansias. Sois conscientes de que tenéis derecho a la libertad que corresponde a vuestra edad; lo reclamáis, y hacéis bien, porque es algo que os pertenece, ya que tenéis que comenzar a prepararos para vivir vuestra vida. Así uno de vuestros deseos más profundos se

está haciendo realidad. Ese don de la libertad os lo da Dios para que vayáis perfeccionándolo progresivamente. La libertad es lo que todos los hombres quieren, pero paradójicamente son pocos los que saben qué es la libertad y en qué consiste. Y vosotros ¿sabéis lo que es la libertad? ¿qué idea tenéis de ella?

Para poder hacer buen uso de la libertad lo primero que tendríamos que saber es en qué consiste. Generalmente se tiene una falsa idea de ella y así se dice que libertad es la falta de ataduras. Pero pensadlo bien, la persona que vive en libertad no es precisamente la que vive al margen de toda ley y se salta a la torera todos los preceptos morales, sino al contrario; la libertad es una cualidad del ser humano responsable, que tiene unas exigencias. La libertad vendría a ser esa capacidad que el hombre tiene de hacer el bien pudiendo hacer también el mal. Con demasiada frecuencia se piensa, que la libertad es algo que se concede gratuitamente, cuando en realidad, alcanzar la libertad no es cosa fácil y supone un gran esfuerzo. El aprender a ser libre supone sacrificio. Llegar a ser una persona libre es una conquista que no está al alcance de todos y son pocos los que lo consiguen y si no decidme: ¿es libre el que vive esclavizado por sus bajos instintos e inclinaciones?... ¿es libre el drogadicto?... ¿es libre el alcohólico?... ¿es libre el golfo que vive esclavizado por sus vicios?... Para vivir la aventura de la libertad es necesario esfuerzo, aunque, eso sí, es un esfuerzo que merecerá la pena, porque pocas cosas podrán compararse con llegar a ser una persona dueña de sí misma.

Al comenzar vuestra aventura por los caminos de la libertad, conviene que recordéis que lo que mucho vale mucho cuesta y llevar adelante vuestro proyecto de vida libre y responsable, sin duda, es costoso, pero éste es vuestro gran reto. Ciertamente la libertad constituye la gran dignidad del hombre, pero como iréis aprendiendo, también supone un gran riesgo, ya que podemos equivocarnos y hacer mal uso de ella. La libertad lleva consigo la responsabilidad. El sujeto libre es también responsable de lo que hace y deja de hacer. Tendréis que ir asumiendo vuestras cotas de responsabilidad con la sociedad y con la Iglesia, en unos tiempos en que lo que se lleva es una cierta apatía, el no querer saber nada de dificultades y de problemas, en una época en que lo que se lleva es la pasividad y el relativismo.

Sabéis como yo, que uno de los rasgos de la juventud actual es el «pasotismo», fruto de una vida cómoda y permisiva, actitud que está acorde con la sociedad del bienestar; pasotismo de quienes no tienen mayores problemas, de quienes lo tienen todo resuelto sin grandes esfuerzo y que han nacido con la mesa puesta. El mundo de la juventud, al que os vais a incorporar, no es ciertamente el mejor de los mundos posibles. Es un mundo atractivo, con muchas cosas buenas, que iréis descubriendo, pero también con muchas cosas que no lo son tanto. En él vais a encontraros con la «movida», el botellón, las pastillas, el placer fácil, etc. En el mundo juvenil os topareis con gente encantadora, pero también con personas vacías por dentro, que no tienen ningún tipo de aspiraciones. No faltarán quienes son víctimas de la «flojedad», faltos de coraje, llenos de insatisfacción y cobardía, que no saben muy bien que hacer con sus vidas. En general os vais a encontrar con un ambiente dominado por el lema de «vive deprisa el momento presente; disfruta de la vida aunque tengas que morir joven».

A mí personalmente me entristece que las cosas tengan que ser así, porque la juventud siempre ha sido la edad de los grandes ideales. Me da pena, porque un joven que ha perdido el idealismo ha perdido su



identidad. Si no tienes ideales y proyectos cuando eres joven ¿cuándo los vas a tener?.....

Un joven necesita una meta para su vida. Lo necesita tanto como el respirar. No esperéis a ser viejos para dar sentido y orientación a vuestras vidas. Tendréis que saber ya desde ahora, qué hay cosas por las que merece la pena vivir, incluso morir si fuera preciso.

Siempre he tenido un reparo en preguntar esto a mis alumnos, porque temía lo que me iban a responder: ¿Qué queréis hacer con vuestras vidas? Temía que me dijeran: Yo quiero hacer de mi vida lo que todo el mundo. Quiero acabar una carrera y cuando sea mayor ganar mucho dinero, tener una buena casa, un buen coche, divertirme y pasarlo bien». ¿Tú que estás leyendo esta página, piensas también así?.....Dime que no. Dime que necesitas de unos ideales que te ayuden a sentirte joven. Dime que necesitas de unos ideales para no morir de aburrimiento y tedio. Dime que no eres conformista, que no te gusta esta sociedad nuestra, injusta y materialista. Dime que te rebelas contra el reparto injusto de las riquezas, que hacen que más de media humanidad se esté muriendo de hambre, mientras la otra mitad derrocha y despilfarra a manos llenas. Dime que estás descontento con una sociedad enferma, en la que los derechos de los niños inocentes no son respetados, donde los emigrantes, ancianos y mujeres son postergados.

Ha llegado vuestra hora en la que habréis de preguntaros ¿Qué estoy yo dispuesto a hacer?...¿Qué es lo que cambiaría en esta sociedad en la que me ha tocado vivir?.....

Vosotros, jóvenes cristianos, necesitáis de Alguien que devuelva la ilusión a vuestras vidas y ese Alguien no puede ser otro que el propio Cristo. En Él encontrareis la respuesta que andáis buscando y que no es otra que dar plenitud a vuestro existir. En el seguimiento de Cristo, sólo aquí, encontrareis solaz a vuestras inquietudes, respuesta a la pregunta por la felicidad cumplida a la que aspiráis. Os está haciendo falta decisión, coraje, para dar el sí definitivo a Cristo y cualquier ocasión puede ser buena para decidir ser un cristiano auténtico, en un mundo que tanto os necesita. Este es el gran reto que Cristo os lanza y que los papas os han recordado en tantas ocasiones, a vosotros jóvenes cristianos.

### **Cristianos firmes; pero tolerantes**

Creo que es importante resaltar el mensaje de una obra polémica de W. E. Lessing titulada «Natán el Sabio» que en algún tiempo estuvo proscrita. He de comenzar diciendo que esta obra de Lessing representa un testimonio fehaciente a favor de la tolerancia religiosa, una tolerancia que en todo caso hay que saber justificar, interpretar e incluso enmarcar dentro de los límites debidos. La obra de Lessing nos brinda una excelente ocasión para hacer algunas breves consideraciones al respecto. Me interesa dejar claro que para mí, ni NATÁN EL SABIO es la Biblia, ni W. E. Lessing es un profeta. Para analizar cuidadosamente los mensajes subliminales que se desprenden de esta obra, nada mejor que comenzar distinguiendo entre el mundo de la ficción y el mundo de la realidad metafísica. Hábilmente el autor se sirve de la parábola de los tres anillos, que conduce a un callejón sin salida, en orden al discernimiento religioso. Tanto es así, que sólo quedan tres alternativas: o bien las tres grandes religiones monoteístas son todas ellas falsas, o son las tres verdaderas, o como última alternativa queda, el que sólo una de ellas sea la verdadera y las otras dos sean falsas, pero este último supuesto es algo que el hombre nunca podría saber.

En cada uno de estos supuestos la tolerancia religiosa aparece siempre como la solución obligada. Al final Lessing consigue su tolerante propósito, con el que se puede estar más o menos de acuerdo, lo que sucede es que lo consigue de forma capciosa. Veamos: A la pregunta de Saladino sobre ¿Cual es la religión verdadera? Nathan le responde con la parábola del anillo. Existe una familia que posee un anillo portentoso que convierte a su poseedor en un ser virtuoso apreciado por Dios y por los hombres. A lo largo de varias generaciones, el anillo pasó a manos de un padre con tres hijos a los que ama por igual. A cada uno de ellos les ha prometido heredar el anillo, cuando él muera. El problema está, en que hay un solo anillo y los hijos son tres. ¿qué hacer?

Es entonces cuando al padre se le ocurre hacer dos réplicas exactas del anillo original y cuando está próximo a morir entrega un anillo a cada uno de los tres hermanos. Muerto ya el padre, los hijos comienzan a discutir cual es el anillo auténtico y como no se ponían de acuerdo llevaron el asunto a manos del juez, quien dictaminó que los poderes del anillo se harán efectivos cuando se viva virtuosamente y después de un largo silencio dijo: «!Mirad! vuestro padre no os ha engañado, sino que no quiso someter a la tiranía de un solo anillo a los demás» y dijo algo más: «cada cual intente hacer de su anillo el verdadero, tratando de conseguir ser querido por todos y ya vendrá un juez dentro de muchos años, quizás siglos, que a la vista de lo que cada cual haya conse

Ángel Gutiérrez Sanz

132

guido, dictará sentencia definitiva». Con esta parábola Nathan cree haber ofrecido la respuesta adecuada a la pregunta sobre ¿Cual es la religión verdadera? Cada uno que siga la religión heredada de sus antepasados y obre de tal forma que sus virtuosas acciones la convierta en la religión verdadera.

Seguramente las alternativas posibles hubieran sido otras bien distintas, si cambiamos el planteamiento y arrancamos de una parábola ficticia diferente?.....De entrada habría que decir que parece poco riguroso, tratar de dar respuesta taxativa a una pregunta tan trascendental, como es el discernimiento religioso, partiendo de una ficción o de una fantasía. A la hora de dar respuesta a la pregunta ¿Cual es la religión verdadera? Lessing anda sobrado de efectismo teatral, pero le falta rigor. Por ello las dos preguntas que ahora me hago son las siguientes: ¿Para un cristiano es compatible la certeza con la tolerancia religiosa?, dicho de otro modo. ¿El creyente cristiano ha de ser tolerante con las demás religiones y a la vez seguir creyendo que su fe es la verdadera? Y la otra pregunta que me hago ¿la tolerancia ha de tener unos límites?

La pregunta sobre si es compatible la firmeza cristiana con el respeto a otras religiones, nos introduce ya en el tema de la legitimación de la propia tolerancia. Habrá quien, después de haber leído o visto Natán el Sabio, piense que la verdad absoluta, al ser patrimonio de Dios y no monopolio de ningún hombre, nos coloca en situación de ser extremadamente cautos en todo lo que se afirma y en todo lo que se niega, hasta el punto de tener que profesar un relativismo más o menos encubierto. Habría quien piense que no es oro todo lo que reluce y que en definitiva es preciso vaciarse de certezas, para poder hacer acopio de toneladas de tolerancia. Puede que esto tenga que ser así en algunos casos, pero desde luego no en todos, lo cual no resultará difícil, pienso yo, de demostrar.

Afortunadamente está todavía en nuestra memoria esa extraordinaria

mujer que fue Teresa de Calcuta, que con toda justicia bien pudiera ser tomada como modelo universal de tolerancia. Detrás de cada desgraciado y miserable con que tropezaba en su camino, sólo veía al hombre necesitado, no al cristiano, ni al judío, ni al musulmán. A su casa llegaban los enfermos y moribundos de todas las religiones y lo que a ella le importaba era aliviar sus dolores, ayudándoles a sufrir y a morir en paz con su Dios. Pues bien, este modelo de tolerancia que fue la Madre Teresa de Calcuta, lo fue también de lealtad al cristianismo. Ella siempre proclamó la certeza de su fe y se mantuvo firme en las verdades en las que siempre creyó; todo un paradigma para el creyente católico

Otro ejemplo pudiera ser el ecumenista Juan Pablo II, el Papa a quien todo el mundo quiso y respetó; porque él lo hizo primero con los demás, ese hombre abierto a todos, es el mismo que en su Encíclica «Veritatis splendor» declara sin ambages que sin la Verdad, la libertad degenera en subjetivismo y anarquía.

Ambos ejemplos son lo suficientemente elocuentes por si mismos y nos obligan a pensar, que la tolerancia no tiene por qué ir indisolublemente unida al relativismo religioso, ni tampoco que la firmeza en defender las verdades intemporales y universales de nuestro cristianismo hayan de ser tomada como signo de intransigencia. ¿Dónde podemos pues encontrar la legitimación de la tolerancia? Aun descartando el relativismo, no es difícil dar respuesta a esta pregunta, si aceptamos que la libertad es un derecho básico de la persona, que nadie puede discutir y que el mismo Dios quiere y respeta. Si pues la libertad del hombre es algo querido y respetado por Dios, también habrá de serlo por el hombre. Ahora bien, el respeto a la libertad de los demás, nos conduce inevitablemente al respeto a sus decisiones y eso es precisamente la tolerancia, que no es indiferencia, sino tratamiento humano y comprensivo que lleva implícito en cualquier caso el respeto por la persona. De lo que se trata no es de imponer nada a nadie, sino en todo caso de proponer algo de lo que los católicos estamos convencidos, para que pueda ser aceptado libremente por los demás, si lo consideran conveniente. Nos falta por fin afrontar la enojosa cuestión de los límites de la tolerancia. Toda virtud moral y la tolerancia lo es, ha de mantenerse en un termino medio, equidistante entre el exceso y el defecto y lo mismo que existe un abuso de la libertad, puede haberlo también de la tolerancia. Hemos sido testigos de las nefastas consecuencias del Mayo Francés, en el que como norma universal se proponía el «todo vale» y el «prohibido prohibir». Afortunadamente, incluso en las sociedades más permisivas la palabra «intolerable» ha dejado de ser un tabú y se ha pasado a condenar y prohibir abiertamente determinadas ideologías, asociaciones y sectas que se consideraban deshumanizantes. No se habla de intolerancia; pero sí de tolerancia cero, que viene a ser lo mismo. Seguramente que la actitud del judaísmo tolerante del Natán de Lessing frente al cristianismo y al islamismo, no hubiera sido la misma ante movimientos religiosos imbuidos de antisemitismo o inspirados en el racismo nacionalsocialista.

Por lo que a mí respecta, celebro que la libertad religiosa haya venido a sustituir a la intolerancia inquisitorial. Me parece bien la libertad de conciencia en el campo religioso, pero también he de decir que la omnitolerancia resulta peligrosa e inadmisibile, cuando permite toda clase de atropellos a la dignidad de la persona o a los grupos. Quiero decir también que lo que en ocasiones se llama tolerancia es sinónimo de cobardía, cuando nada se hace por remover los obstáculos

que impiden a millones de hombres su realización humana. Por ello me parece legítimo que se hable de justa intolerancia frente a la deshumanización, la discriminación, el racismo y la xenofobia. En cualquier caso lo difícil seguirá siendo siempre establecer las barreras precisas entre lo tolerable y lo que no lo es. La propia dignidad del hombre bien pudiera ser ese criterio universal que nos permitiera tal discernimiento.

### **Los cristianos abiertos al diálogo interreligioso**

Siempre se ha dicho que el dialogo es enriquecedor y que nos libera de tendenciosos prejuicios. Todos somos hijos de Dios y estamos llamados a entendernos, tomando como base la dignidad humana que a todos compete. El buen entendimiento bien pudiera ser el nuevo nombre de la paz. La coexistencia de religiones, culturas, civilizaciones, ideologías, creencias así lo exigen. Lo que se necesita son unas bases sólidas de entendimiento sobre las que se sostenga el pluralismo étnico y cultural. Con cierta intención se ha dicho, que la inquisición fue el gran instrumento de la europeización; pero esto no funcionó porque hubo exceso de intransigencia. La reducción a lo mismo de la diversidad por imposición, es un peligro para la convivencia pacífica. La intransigencia, no es lo deseable aunque la excesiva tolerancia tampoco lo sea. Nuestro siglo ha comenzado con heridas abiertas y con una amenaza creciente de enfrentamiento entre Oriente y Occidente. Si tal enfrentamiento tuviera lugar ¿quién saldría perdiendo? Con toda seguridad, si un nuevo enfrentamiento bélico tuviera lugar, quien saldría perdiendo sería el hombre. Con razón se ha dicho, que en este clima de tensión constante lo que está amenazado no es ésta o la otra cultura o religión, lo que verdaderamente está amenazada es la propia dignidad del hombre que todos compartimos en común. ¿Cuántas guerras van a hacer falta, para que comprendamos, que lo que estamos necesitando es la paz basada en las exigencias de la ley natural? Este es un buen momento para entender que vale más la paz que la guerra, la generosidad que el egoísmo. Es hora de abandonar todos los fanatismos y también contener las ansias de imperialismo avasallador.

No se trata tanto de imponer sino proponer los valores y aspiraciones religiosas, siempre que se haga con el respeto debido a la libertad y conciencia de las personas. «La verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra con suavidad y firmeza a la vez en las almas» (Concilio Vaticano II. Dcl. Dignitatis Humanae) El reconocimiento y atención a otras formas de vida inspiradas en criterios éticos, nos permitirán a todos llegar a conocer mejor los valores propios. La educación podría ser un buen medio para conducirnos a un humanismo integral y universal abierto a lo religioso y a lo moral, un medio también que nos ayudará a descubrir todo lo bueno que hay en las diversas religiones. En la aldea global en que se está convirtiendo nuestro mundo, el conocimiento de las diversas culturas religiosas está llamado a jugar un papel importante. Antiguos odios y rivalidades siguen haciendo de barreras entre los pueblos y lo que estamos necesitando son puentes tendidos. Del siglo XXI se esperan muchas cosas, entre ellas la concordia de los pueblos. Quisiéramos que él fuera el siglo del diálogo entre las culturas y las religiones. Ellas son expresión de los hombres y de su historia, de sus valores, de sus creencias, de sus costumbres, de sus tradiciones y si bien entre ellas existen elementos diferenciales también muestran un fondo común.

No ha de ser la violencia sino el diálogo, el que vaya marcando las pautas de una coexistencia en un futuro de paz, sin fanatismos y sin prejuicios ideológicos. A través del diálogo se podrán ir descubriendo la riqueza en la diversidad, al tiempo que la mutua comprensión se hará más fácil. Hablando se podrá superar ancestrales incomprensiones y hacer posible el justo equilibrio entre la adhesión a la propia identidad y el respeto a la diversidad. El siglo XXI necesita una interrelación en todos los órdenes, que ponga fin a los enfrentamientos y conduzca a una paz duradera. Los mismos flujos de migración podrían aprovecharse en favor de un contacto más humano entre todos los hombres.

Tal vez resulte un tanto utópico hablar de una convivencia idílica entre los pueblos, porque ésta nunca la ha habido y posiblemente nunca la habrá, pero a lo que sí podemos aspirar es a establecer bases de respeto mutuo. Después de tantos siglos seguimos siendo víctimas del mutuo desconocimiento y la incomprensión, aunque no tenga hoy el carácter de otros tiempos; ahí sigue. Intolerancia de los fanatismos islámicos, intransigencia también del laicismo radical a todo lo que huele a religioso, arrogancia de la cultura religiosa occidental, que en un momento de la historia se consideró depositaria del espíritu del mundo, del progreso y del bien de forma exclusivista, hasta el punto de llegar a interpretar la diversidad como una amenaza. Desde el absoluto religioso es fácil el deslizamiento hacia la actitud altiva, incluso a la religión católica le ha costado llegar a reconocer la libertad religiosa. Tuvieron que pasar muchos siglos hasta que el concilio Vaticano II se decidiera a dar ese paso. Si hablamos del fanatismo Islámico la cosa se agrava sobre manera. Llegamos así a la conclusión de que los fanatismos religiosos y las arrogancias nunca son buenos. En cuanto al modelo cultural, cabría decir que, aún siendo verdad que el de Occidente puede resultar muy atractivo, por el nivel técnico y científico alcanzado, no lo es tanto después de haber dejado de ser depositario de los valores morales y religiosos que en otros tiempos le fueron esenciales.

Quizás ha llegado el momento en que todas las cultura tengan que aprender unas de otras y romper con la dialéctica amigos-enemigos, víctimas-verdugos, y comenzar a hablar del hombre como punto de convergencia. La dignidad como persona ha de ser la base del entendimiento; sin tener que confundir esto, con relativismo religioso. Estar abierto al diálogo interreligioso no da por supuesto que todas las religiones hayan de ser iguales, pues con ello correríamos el riesgo de invalidarlas a todas, pero tampoco podemos pensar que son algo estanco, condenadas al aislamiento, pues lo que hace falta es apertura y comunicación. Lo importante sin duda es que todos nos vayamos llenando de amor y no de odio, de verdad y no de falsedad, de bondad y no de maldad. No impongamos nada por la fuerza, dejemos que sea la propia verdad y bondad las que se abran paso. Cuando la caridad paciente y comprensiva sea una realidad, podremos ver que es más lo que nos une que lo que nos separa. La humanidad debe ser el ideal universal de todas las religiones y culturas, éste puede ser el punto de encuentro.

### **Se puede ser político sin dejar de ser cristianos**

Existe una creencia generalizada de que política y religión son esferas irreconciliables, como si lo de cristiano es para cuando estamos en la Iglesia y olvidarnos de serlo en cuando nos encontramos fuera. Yo no creo que tenga que ser así. He de aplicar, se dice, los principio cristianos a mi vida privada pero en cuestión de política he de atenerme a lo que

más me convenga, sin llegar a mezclar cristianismo y política y así se cree haber interpretado correctamente las palabras de Cristo «Al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios» cuando la verdad es que Dios no quiere un corazón partido. No creo que podamos quedarnos simplemente con ser cristianos de sacristía, sino que hay que proyectar nuestra fe en todos los órdenes de la vida, incluida la política, sin disociar la vida en dos mitades, una la vida de ciudadano y otra la vida de creyente. Khalil Gibran se preguntaba «¿Quién puede separar su fe de sus acciones o sus creencias de sus trabajos? ¿Quién es capaz de desplegar sus horas ante sí mismo, diciendo: esto para Dios y esto para mí? Hemos fabricado un supuesto Estado de Derecho, que al final ha pasado a depender de los caprichos humanos y esto no debiera ser así, toda vez que la verdad y el bien, la justicia y la rectitud están por encima de la voluntad de las personas; lo mismo que la ley natural está por encima de las leyes positivas fabricada por los hombres. Cuando el ordenamiento jurídico se coloca por encima del ordenamiento moral se están invirtiendo los términos, se está poniendo arriba lo que debiera estar por debajo, por este camino hemos llegado a relativizar lo absoluto y absolutizar lo relativo, produciéndose la gran paradoja de que quienes debieran ser los medidos se han convertido en medidores. Así las cosas estamos viendo prácticas aberrantes y vergonzosas que son toleradas e incluso promovidas por las instituciones. Hemos prescindido de los dogmas religiosos para colocar en su lugar los dogmas políticos. Hemos prescindido de Dios como fuente de moralidad y hemos convertido al Estado en un ser absoluto con capacidad de decidir lo que es bueno y lo que es malo ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí? Pues bien, hemos llegado hasta aquí, porque lo que impera es un peligroso relativismo, que pospone la verdad de las cosas y se queda con la subjetiva opinión de las mayorías. Como dijera Konrad Adenauer: «lo importante en política no es tener razón, sino que se la den a uno» La ley de los parlamentos está por encima de la ley natural, que es tanto como decir por encima de la ley de Dios. Para Gabriel Marcel se trata de una regla groseramente pragmática, base del sistema democrático relativista y también su agujero negro. Es el número de votos es lo que al final decide, que es lo justo y lo injusto y como debemos comportarnos. Así es el sistema vigente en Occidente y yo me pregunto ¿no habrá algo mejor que lo que tenemos? Acaso, como católico, ¿no puede uno hacerse esta pregunta?

Ciertamente no es oro todo lo que reluce en nuestra democracia relativista que tantos apoyos suscita por parte de unos y de otros, aún con todo resulta difícil seguir creyendo que el fundamento del derecho está en la voluntad de los hombres y no en la de Dios, por lo que habría que decir con Erich Fromm: «El hecho de que miles de personas compartan los mismos vicios no convierte esos vicios en virtudes, el hecho de compartan muchos errores no convierten estos en verdades»

No sólo las reglas inicuas emanadas de una democracia relativista merecen ser puestas en cuestión, también al sistema político que las promueve. Un católico se ve en la difícil situación de tener que aceptar unos principios objetivos e inamovibles como creyente y otros bien distintos como demócrata, de aquí la objeción de conciencia.

Vivimos tiempos de «democracia» que para algunos es tanto como decir que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Por lo general, cada sistema político mientras está vigente, pasa por ser el mejor posible para la sociedad en la que ha quedado establecido y una vez que ha logrado imponerse, la preocupación es mantenerlo en pie, haciendo creer

a la ciudadanía que fuera del sistema «nulla est redemptio». Para convencer a la buena gente de que esto es así, se pueden utilizar varias estrategias, una de ellas es la manipulación, que tan buenos resultados suele dar; pero tarde o temprano la verdad llega a imponerse y todas las miserias cuidadosamente ocultadas acaban saliendo a la luz.

El absoluto democrático no sólo ha llegado a sustituir al absoluto religioso, sino que su cuestionamiento es considerado como una intolerable herejía merecedora de mil condenas, cuando lo cierto es, que la democracia al igual que todos los sistemas políticos, no pasa de ser una realidad relativa, sobre la que se puede e incluso conviene ser críticos.

En la encíclica «Pacem in terris» de Juan XXIII en consonancia con las orientaciones políticas de Sto. Tomás se nos dice que: «No puede establecerse una norma universal sobre cuál sea la forma mejor de gobierno, ni sobre los sistemas más adecuados para el ejercicio de las funciones públicas», si esto es así, los católicos deberíamos ser cautos y analizar las ventajas y los inconvenientes de nuestro actual sistema político, para ver si es el que más conviene. Debiéramos ser también lo suficientemente valientes, para ejercer una crítica responsable aunque sea contra viento y marea. A esto es a lo que yo llamo compromiso sin complejos, tan necesario hoy día.

Después del Concilio Vaticano II los católicos sabemos muy bien que lo mismo que existe una libertad religiosa, debiera existir una libertad política, que permitiera a cada ciudadano expresar y defender sus preferencias, aunque estas vayan contra el sistema vigente.

La sacralización de nuestra democracia ha llegado a tanto, que incluso dentro del entorno católico no se ve con buenos ojos a quien en este asunto intente nadar contra corriente, por eso resulta oportuno traer aquí las palabras de Benedicto XVI que dejó escritas en un artículo titulado «Verdad y Libertad», cuando todavía era el cardenal Ratzinger.

Aquí están: «La sensación de que la democracia no es la forma correcta de libertad es bastante común y se propaga cada vez más. No es fácil descartar simplemente la crítica marxista de la democracia: ¿en qué medida son libres las elecciones? ¿En qué medida son manipulados los resultados por la propaganda, es decir, por el capital, por un pequeño número de individuos que domina la opinión pública? ¿No existe una nueva oligarquía, que determina lo que es moderno y progresista, lo que un hombre ilustrado debe pensar? Es suficientemente notoria la crueldad de esta oligarquía y su poder de ejecución pública. Cualquiera que interfiera su tarea es un enemigo de la libertad, porque después de todo está obstaculizando la expresión libre de la opinión. ¿Y cómo se llega a tomar decisiones en los órganos representativos? ¿Quién podría seguir creyendo que el bienestar general de la comunidad orienta realmente el proceso de toma de decisiones? ¿Quién podría dudar del poder de ciertos intereses especiales, cuyas manos sucias están a la vista cada vez con mayor frecuencia? Y en general, ¿es realmente el sistema de mayoría y minoría realmente un sistema de libertad? ¿Y no son los grupos de intereses de todo tipo manifiestamente más fuertes que el parlamento, órgano esencial de la representación política? En este enmarañado juego de poderes surge el problema de la ingobernabilidad en forma aún más amenazadora: el predominio de la voluntad de ciertos individuos sobre otros obstaculiza la libertad de la totalidad».

Naturalmente que un católico ha de estar abierto al pluralismo político, no faltaría más; pero ello no implica que esté obligado a sentirse orgulloso de una constitución atea que no tiene en cuenta los derechos de Dios. Naturalmente que un católico debe ser respetuoso con la libertad de elección política; pero ello no significa que tenga la obligación de

apoyar a un sistema que vaya en contra de sus principios. Nuestro sistema político está siendo lo que cabía esperar de él.

El tiempo ha ido pasando y las previsiones han dado paso a los hechos consumados, los frutos amargos no se han hecho esperar. Ahí están, cualquiera puede verlos: matrimonios rotos, familias deshechas, escuela en ruinas, sociedad enferma. ¿Es que cabía esperar otra cosa de un sistema basado en el criterios arbitrarios y subjetivos?

Cuando se abandonan todos los principios absolutos, se olvidan las verdades intemporales, se reniega de los fundamentos últimos del orden jurídico y moral, lo único que nos queda es un relativismo inconsistente que nos hace ir a la deriva.

Esto es lo verdaderamente peligroso. En todos los tiempos se han cometido faltas de ortografía; pero cuando todavía están vigentes las reglas por las que ésta se rige, aún es posible la esperanza. Lo malo es cuando las reglas de ortografía han dejado de existir. Entonces es obligado pensar en lo peor y esto es precisamente algo de lo que está pasando.

El bienestar exclusivamente material y hedonista no nos salvará. El simple desarrollo material no debe ser la aspiración máxima y garantía de futuro para los hombres y mujeres de esta generación, ni de las próximas. Es vergonzoso o cuando menos carnalesco lo que está sucediendo en el ámbito de la política. Según decía Leonardo Luis Cas-tellani. (*Una religión y una moral de repuesto. Cristo ¿vuelve o no vuelve?*, p. 278.) «El democratismo liberal, en el cual somos nacidos, uno puede considerarlo como una herejía, pero también por suerte como un carnaval o payasada: con eso uno se libra de llorar demasiado, aunque tampoco le es lícito reír mucho. Ahora está entre nosotros en su desarrollo último, y una especie de gozo maligno es la tentación del pensador, que ve cumplirse todas sus predicciones, y desenvolverse por orden casi automático todos los preanuncios de los profetas y sabios antiguos que, empezando por Aristóteles, lo vieron venir y lo miraron acabar ... como está acabando entre nosotros. De suyo debería morir, si la humanidad debe seguir viviendo; pero no se excluye la posibilidad que siga existiendo y aun se refuerce nefastamente, si es que la humanidad debiera morir pronto.»

Algunos vivimos escandalizados por las prácticas contra- natura que se dan en nuestra sociedad. Los abortos, no son erradicados, la ideología de género se promueve desde la oficialidad, las perversiones sexuales adquieren carta de naturaleza, las burlas y blasfemas hacia lo sagrado son toleradas, cuando no subvencionadas con el dinero público. Todo esto es muy lamentable y no deja de ser consecuencia de un sistema que todo lo ha relativizado.

No nos engañemos, la fe y revelación como fuentes de certezas firmes, las verdades absolutas y universales no tiene lugar en las democracias relativistas, como tampoco lo tiene Dios. Se trata de un sistema que carece de referencias seguras y nada quiere saber de la verdad última del hombre y de su destino, por eso resulta difícil de compaginar semejante relativismo con las convicciones firmes de la fe católica.

¿Cómo se podrá apoyar, colaborar o simplemente participar en un sistema político que se olvida de Dios, que no reconoce verdades y principios básicos e indiscutibles sobre los que se asientan la realidad del hombre, la sociedad y la familia? ¿Cómo sentirse a gusto dentro de un Estado en el que las leyes positivas no quedan supeditadas a la ley natural?

Sin duda la **democracia relativista** ha de representar una seria preocupación para el católico como claramente lo manifestara Juan Pablo

II en su encíclica *Veritatis splendor*) Donde se nos dice: «Después



de la caída del marxismo existe hoy un riesgo no menos grave; la alianza entre democracia y relativismo ético que quita a la convivencia cualquier referencia moral segura».

La absolutización del Estado, ésa que exige que todo, incluso la existencia de Dios, sea sometido a la autoridad parlamentaria sacrosanta, conlleva el peligro de fundamentalismo en ciernes. Los católicos aceptamos el estado laico, pero ello no quiere decir que sea la opción mejor. De hecho hay países como Inglaterra, Dinamarca, Islandia, Grecia, entre otros, que son confesionales y no por ello tienen menos legitimidad, y seguramente mucho más respeto por la libertad religiosa que los estados laicos. En cualquier caso, a los creyentes, nada nos impide como diría Cullman afinar la mirada vigilante para impedir que el Estado llegue a remplazar a Dios y convierta todo en medio para sus fines. Los católicos igual que el resto de los ciudadanos tenemos el mismo derecho a trabajar por una sociedad mejor en consonancia con nuestras ideas y convicciones religiosas, como hacen los demás con las suyas. Dado que en una sociedad pluralista como la nuestra ninguna ideología es compartida universalmente por todos los ciudadanos, ¿por qué a unos se les permite, expresarse libremente según su credo y a otros no?

Los católicos que se metan hacer política no pueden andar acomplejados, jugando a dos barajas y ocultando su condición de tales.

Nada de que la religión es un asunto privado. La fidelidad al espíritu del evangelio exige, al creyente una presencia en el mundo. Esto no debiéramos olvidarlo los cristianos, por eso es necesario que de una vez por todas nos comprometamos decididamente a poner en práctica la dimensión política de nuestra fe, que la tiene. Si los cristianos no luchamos para que los valores evangélicos acaben implantándose en el mundo temporal ¿quien lo hará? El político católico no debiera olvidarse de su altísima misión y si lo hace, llegando a subordinar sus creencias religiosas a los intereses políticos, que sepa que esto no es lo que cabe esperar de él.

### **Controversia entre cristianos y laicistas**

Uno de los debates culturales mas serios del momento actual es el mantenido entre cristianos y laicistas. Dos fuerzas que aspiran a asumir la hegemonía del humanismo contemporáneo, posturas bien diferenciadas, con actitudes y discursos contrapuesto. Son como los dos polos sobre los que gravita el pensamiento contemporáneo y en medio de estos dos frentes nos encontramos nosotros, los hombres y mujeres del siglo XXI obligados a tomar una postura en consonancia con nuestras aspiraciones personales.

Esta confrontación que tiene dividida a la humanidad en dos bandos, puede ser contemplada desde distintas perspectivas. Una es la dimensión intelectual. En el plano cognoscitivo el laicismo se nos muestra como un pensamiento ideologizado que fundamenta sus certezas en la razón, mientras que el cristianismo está abierto a las certezas sobrenaturales procedentes de la revelación. Para los laicistas más radicales se trata de dos vías de conocimiento irreductibles, lo racional frente a lo irracional, lo objetivo frente a lo subjetivo, lo material frente a lo espiritual. Desde su personal punto de vista, la fe ya no sirve. Llegado es el momento, se dice, de agradecer al cristianismo los servicios prestados y disponernos a vivir una época posreligiosa, sin recuerdos nostálgicos, que para lo único que servirían ya, es para obstaculizar el progreso cultural.

No parece que esto sea cierto, toda vez que el cristianismo ha dado y sigue dando a la humanidad, pensadores, filósofos, científicos, literatos, pintores, músicos etc de primera talla.

Los libre pensadores de siempre han tenido la propensión de sentirse seres culturalmente superiores a los demás, como si ellos fueran los únicos depositarios del saber y no se dan cuenta que a parte de la ciencia hay otras parcelas de conocimiento, algo que quedó ya apuntado en páginas anteriores. En este sentido la cultura laica está dando muestras de una visión miope con pocas alturas de mira. Ciertamente la fe religiosa está en otro plano distinto de la racionalidad; pero nunca debiera ser considerada como algo irracional. También es justo decir que el cristiano ha de tener los pies en el suelo y pensar que es un hombre al igual que los demás, que no puede vivir al margen de los asuntos terrenales. Nada librará al creyente de involucrarse en la trama humana. No ha habido nunca un hombre tan espiritual que no haya sabido de las zozobras de la vida, que no haya tenido que asumir los riesgos de ser sujeto religioso inmerso en los vaivenes de la de la historia; pero lo mismo cabría decir en sentido inverso de los que no son creyentes.

La postura del laicista ateo tampoco es una postura cómoda, no lo fue para Andre Gide, porque para ser ateo hay que abstenerse de mirar a la naturaleza, cerrar los ojos para no sentir la necesidad de interpretar lo que tenemos delante. No, no es fácil ser ateo, así lo reconoce Jean Rostand: «He dicho que no a Dios ...pero en cada momento la cuestión vuelve a presentarse... no es un ateísmo sereno, ni jubiloso ni contento », no lo fue ni siquiera para el mismo Nietzsche, porque el hombre no puede prescindir de Dios así como así.

En el terreno político la confrontación entre laicistas y cristianos resulta aún más áspera. Estamos cansados de oír decir que los cristianos tienen que desaparecer, como si se tratara de una amenaza para la sociedad. Su voz debe ser silenciada y todo porque se piensa que la religión es un obstáculo para la libertad.

Los laicistas dejan de ser razonables cuando trata de excluir al creyente de la vida pública. No lo son, cuando acusan tendenciosamente a unos y exculpando a otros. No son justos cuando a los cristianos les coartan sus derechos y restringen su libertad. Dejan de ser objetivos cuando manipulan las noticias, aireando lo que perjudica y silenciando lo que favorece a la Iglesia.. Los cristianos sólo pedimos que no se nos excluya del espacio social y político, porque estamos convencidos de que podemos hacer aportaciones positivas a la cultura, familia, educación y moralidad pública. No exigimos privilegios; pero tampoco estamos por las injustas discriminaciones.

Los cristianos nos sentimos obligados a reconocer los valores del pensamiento secular, claro que sí; pero al mismo tiempo pedimos un reconocimiento de nuestros valores religiosos.

Sin restar importancia a la dimensión intelectual y política de la confrontación entre laicistas y cristianos, cabe decir que es en el terreno moral donde la contienda toma una especial relevancia. Sobre unos y otros gravita el mismo interrogante, no exento de dramatismo. ¿Qué nos queda después de haber vivido? La inmanencia o la trascendencia son las dos posibles respuestas a esta pregunta y hay que elegir entre el más acá o el más allá, entre la nada o la infinitud, dos abismos sin fondo ambos estremecedores; pero no hay otras alternativas posibles y es aquí donde los caminos de unos y de otros se separan

Hubo un tiempo en que la gente estaba preocupados por el futuro,

en la actualidad esta preocupación no existe. Los hombres y mujeres de hoy quieren ser felices aquí abajo, no quieren esperar. El actual laicismo ha sabido ajustarse bien a estas inquietudes y ofrece una felicidad sin Dios. No pretende ya sólo expulsar a Dios de la sociedad y del estado, también de las familias y de las conciencias ¿por qué? Sencillamente porque Dios es considerado el enemigo de la vida, mientras Él esté presente, los hombres no podrán nunca ser felices y libres. La afirmación del hombre conlleva la negación de Dios, en consecuencia para poder disfrutar de la vida, previamente hemos de liberarnos de unos mandatos y preceptos divinos opresivos, que el cristianismo se ha encargado de imponer a las conciencias. La última razón en la que el laicismo se fundamenta para combatir a la moral católica, es la de que mata los anhelos de las aspiraciones humanas; pero habría que preguntarse; una vez removido Dios del horizonte moral ¿qué queda ya? no más que el vacío, así lo reconocen los mismos ateos. Fue el propio Sartre quien dijo. Si Dios no existe todo está permitido. ¿Cómo podremos justificar ya que la lealtad es preferible a la traición ¿Cómo discernir lo lícito de lo ilícito cuando la Verdad y el Bien han desaparecido de nuestro horizonte moral?

Con esto no estoy negando la existencia de una moral laica, pues naturalmente que ésta existe. Lo que estoy diciendo, es que el tipo de moral laica hoy al uso es de tipo relativista, lo que significa, que las normas y los valores morales no son consideradas como entidades independientes por encima del hombre, sino creaciones del propio hombre; de modo que lo que se venía atribuyendo a Dios, ahora se le atribuye al hombre, erigiéndose en el creador de los valores y de la moral. Vuelve a aparecer el «homo homini deus» que tanto gusta al laicismo. Previo a este debate moral abierto en nuestra sociedad, existe una cuestión importantísima que está por dilucidar. Es la que se refiere a la participación de los cristianos en este debate público. Tal es la «causa belli» de la contienda. En este asunto, los «Pastores de la Iglesia» tienen claro que una cosa es tener cuidado de su grey y otra bien distinta, tratar de imponer su autoridad a ovejas que no son de su rebaño, tal como lo exige la libertad religiosa; ello no quita para que en cuestiones de moralidad, los católicos puedan expresarse públicamente por tratarse de una dimensión que a todos nos afecta independientemente de que seamos o no creyentes. Las exigencias morales son comunes a todos los ciudadanos y no se entiende por qué el papa, los obispos y los católicos en general han de quedar excluidos del debate público sobre asuntos de moralidad, que son competencia de todos los miembros de la sociedad, ¿no resulta discriminatorio que parte de la ciudadanía quedara fuera de este debate?

Los católicos somos también ciudadanos que queremos estar comprometidos no sólo con los valores religiosos, sino también con los valores cívicos y humanos, lo que pretendemos no es otra cosa que enseñar a ser respetuoso con la ley y la autoridad, estimular a trabajar por el Bien Común, tratar de poner en práctica la caridad, paz, justicia, misericordia y perdón que son la base de toda convivencia pacífica. Sin saber que futuro nos espera, los cristianos queremos ser hombres de esperanza y contagiar al mundo con nuestro optimismo.

Si lo deseas puedes conseguir este libro en  
**[www.esebook.com](http://www.esebook.com)**